

A. Pérez Viera

EL ALMA
DORMIDA

29 AD
CIÓN

10

PQ6629
E68
1896
c. 1

10440

DOBBINSON

MAN



1080021989

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

88/24



EL ALMA DORMIDA
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL

ALMA DORMIDA

(NOVELA MADRILEÑA)

FOR

ALFONSO PÉREZ NIEVA

SEGUNDA EDICIÓN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Velaz

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

BARCELONA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRENTA DE JOSÉ CUNILL SALA, CORTES, 212

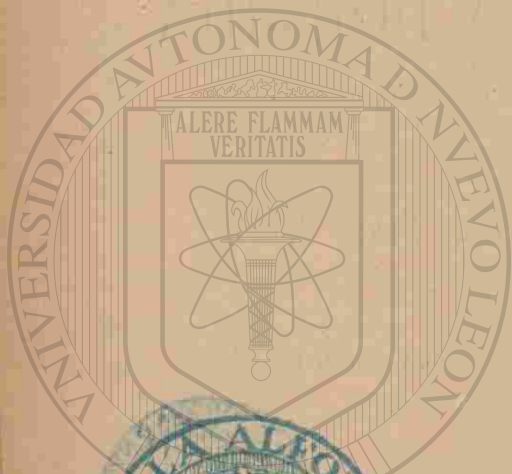
1896

46717

P06629

E68

1896



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AL SR. D. ALFREDO VICENTI

MI QUERIDO AMIGO: Por lo mismo que le admiro profundamente, no le llamo ninguna de esas zarandajas que, como nada cuestan, tanto repartimos á diario; me limito, pues, á poner su nombre al frente de esta «galería» de tipos de la clase medio, que ojalá Dios no resulte un corredor de casa de vecindad, y á felicitarle de que El Globo me haya deparado una amistad como la suya.

Su apasionado y afectísimo,

PÉREZ NIEVA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

610440



Es propiedad. Queda
hecho el depósito legal.



CAPÍTULO I

Las tres nada más y había tomado ya con todo sosiego su tacita de café en Fornos é ido después á limpiarse las botas á las Cuatro Calles!... ¡Hubiera jurado que no era tan temprano!... ¡Valiente plantón le aguardaba hasta la hora en que ellas debían bajar á Recoletos!... ¡Mire usted que desperdiciar así el sol!... Pero la moda ordenaba salir á paseo muy tarde y aunque Lola, á Dios gracias, pensaba cuerdamente, ¡cualquier día la mamá y la hermana desobedecían á la moda!... En fin, no tenía otro remedio que esperar resignadamente á que el reloj se dignara dar las cuatro.

Y Miguelito Cruz, andando despaciosamente, parándose de trecho en trecho como el que no sabe de qué manera matar el tiempo inalterable, tomó hacia la Cibeles por la acera de las Calatravas y se detuvo en la esquina del Ministerio de la Guerra para ver pasar la gente que se enderezaba en tropel á los toros. Aquella tarde era la del Domingo de Pascua de Resurrección; toda la Semana Santa se la había llevado diluviando con una insistencia marroquí, y el mismo domingo amaneció con una cerrazón tremenda, pareciendo el cielo una losa de asfalto; los abonados, con el alma en un hilo y esperando ver de un momento á otro el cartelito anunciando la suspensión del espectáculo, se preguntaban rabiosos: pero, ¿dónde se ha metido el sol? El sol estaba de viaje á los asteróides; pero, al pasar por el meridiano, oyó abajo, muy abajo, mugir de reses; mandó detener la carroza; envió á enterarse de lo que acontecía en la tierra á un rayo que atravesó la cerrazón llenando de esperanza á los aficionados, y... ¡justo!... ¡Aquel día era la primera

corrida!... ¡Por vida de las manchas con su chifladura!... Pues no podía faltar... y ordenando al auriga que volviese grupas se enderezó á escape hacia el globo, llegó al horizonte y en cuatro rayazos no dejó en el espacio ni el más mínimo girón de nube.

Despejado el cielo enteramente, todas las casas de un lado de la calle de Alcalá aparecían bañadas de un resplandor inmenso, quebrándose la luz en las vidrieras de los balcones como haciendo burla, con sus haces de reflejos, á los edificios de enfrente, que por la mañana habían carecido de sol por el nublado, y por la tarde se quedaban en la sombra. Sin consultar el almanaque se adivinaba el mes de Marzo, en las pollitas de las acacias no substituidas aún por los solterones de los pinos, apuntaban los botoncillos de la flor nueva, precursores de la época cercana en que ellas se vestirían de largo con sus frondas verdes; los jardines próximos, secos ya pero esponjados por los aguaceros de los días anteriores, soltaban un perfume oloroso y penetrante á primavera; la tempera-

tura era blanda y tibia; flotaba en la atmósfera una tolvana luminosa que rodeaba todos los objetos de un nimbo brillante y diríase que palpitaba en el espacio el beso amoroso, precursor de la inmensa conjunción de la naturaleza.

Rotos los anillos de la culebra de carruajes que aguardaba desde la Puerta del Sol al café de Fornos; relucientes las charoladas cajas de algunos; desporcillados y viejos otros; fingiendo carecer las ruedas de rayos por la velocidad de la marcha; al escape de sus tiros; cargados de personas en el interior, en la imperial hasta en los estribos; estruendosos y alborotadores tropes de ómnibus y calesas, persiguiéndose, cruzándose, adelantándose descendía por la calle de Alcalá con el empuje y el estrépito de una inundación. Los ómnibus y calesas más madrugadores regresaban al paso voceando los mayores con grandes berridos: "¡eh, arriba, á la plaza!..." y saliéndoles al encuentro los pelones de la gente, sin que los vehículos se parasen eran tomados al asalto á la mitad

del camino; un aluvión de coches de punto al trote de sus escuálidos jamelgos, mezclado con una turbonada de landós y victorias propios, que dejaba atrás á los de alquiler, avanzaba también en derechura al *circo*; de cuando en cuando pasaba una carretela con cuatro ingleses flemáticos, tiesos, mirando por su monóculo y cargados con los anteojos de campo cuya correa les colgaba del hombro á la cintura ó un milord honrado por apuesta dama con mantilla de blonda negra, ó el golpe de oro de los matadores, fulgurando en su trono ambulante de la casa de coches de Lázaro; allá, con su graujá á las ancas, galopaba un picador retrasado; por aquí, por allí, por todos los sitios caracoleaba trotando un enjambre de jinetes; éste paisano, aquél con el uniforme azul, negro y grana de artillería, el de más adelante con la guerrera celeste y el pantalón grancé de los lanceros ó dragones; los tranvías del barrio de Salamanca, del Hipódromo y del Este iban y venían atestados de viajeros avisando su marcha los conductores

con un silbeteo continuado; de trecho en trecho un municipal, á pie, y algún guardia civil de á caballo por las alturas de la puerta de Alcalá cuidaban del orden de los carruajes; y por las dos aceras, haciendo escala en los cafés, engrosándose con la gente que aflúa por las calles del Caballero de Gracia y del Barquillo, como si toda la población se hubiera echado fuera de casa en son de protesta por la llovizna pasada y ávida de esparcirse y de estirar las piernas, abigarrada, desigual, á trozos obscura, á trozos veteada por los trajes de las mujeres, semejando un matorral extensísimo de chisteras ó un sembrado inextinguible de plumas, inquieta, movida, ruidosa bajaba ondulando la multitud, brillando sus mil matices al herirla el sol como si hubiera estallado en fragmentos el arco Iris y ensanchándose ó deprimiéndose con el rumor continuo de un río caudaloso cercano á su desembocadura.

Miguelito Cruz se cansó de contemplar la humana marea, entróse en Recoletos y se sentó en una de las prime-

ras sillas lindantes con la vía de coches, desde cuyo lugar se distinguía el semicírculo de la fuente Cibeles costero á los jardines, hasta su terminación en la calle de Alcalá; aquel era un observatorio que ni de encargo. Miguelito compró el *Madrid Cómico* de la víspera, cortó los dobleces de las hojas, se entretuvo examinando los preciosos y chispeantes *monos* de la revista, y mientras, el paseo se fué llenando con los primeros borbotones de gente de otra riada más pacífica que el turbión de los toros. Miguelito se cansó también del periódico festivo, se lo guardó y miró la hora en su reloj de plata...

¡Las cuatro y media y sin dar señales de vida!... ¿Cómo se retrasarían tanto?... Ellas, que acostumbraban á caer en el paseo, alrededor de las cuatro y veintel... ¡Verdaderamente no se explicaba semejante tardanza!... ¡Dios mío!... ¡Si no vendrían!... ¡Si les habría pasado algo!... ¡Bah!... ¡Hubiera sido muy casual!... ¡De seguro!... ¡Alguna genialidad de doña Felipa!... ¡Y que tenían proyectado bajar á Recoletos

no le cabía duda! Si no recordaba mal, Lola le citaba "donde siempre"... ¡A ver... á ver! ¡Llevaba la carta encima!... ¡Justo!... ¡Donde siempre!... ¡Es claro!... ¡Pues buena era la hermanita para desperdiciar un tiempo tan hermoso!... ¡Pero nada!... ¡En vano se desojaba clavando las pupilas en la plazoleta de la fuente de Cibebes!... ¡No venían!...

Y Miguelito Cruz mordiscándose furioso el musgo nuevo de su bigote naciente y batallando porque el reflujó de su cólera no se le escapase en un tropel de palabrotas, no acertaba á estar quieto en la silla; tan pronto se inclinaba con rapidez como se repantigaba bruscamente con grave peligro de que estuviesen poco encajadas las tuercas del asiento; devorado por la impaciencia sacaba el reloj, lo consultaba; acaso sin enterarse de la hora lo guardaba, tornaba á mirarlo y volvía á metérselo en el bolsillo; después cogía un cigarró de la peraca, le mudaba el papel derramando la mitad del tabaco, lo encendía y se lo fumaba en tres chupetones con el mismo afán que si

estuviera en el claustro de la Universidad después de examinarse y en espera de la salida de las notas; de cuando en cuando distinguía entre el tropel de cabezas de la muchedumbre dos sombreros blancos con viseras negras y golpeándole el corazón en el pecho con un martilleo espantoso murmuraba el bueno de Miguelito: ¡Gracias á Dios!... ¡Ahí están!... Los sombreros se acercaban... ¡Maldito sea!... ¡Una ilusión menos!... ¡Eran otros sombreros!... Dos ó tres veces sintió impulsos de subirse sobre la silla para alcanzar más espacio con sus miradas... No se atrevió á empinarse por no llamar la atención!... ¡Vuelta al reloj! ¡Las cinco menos cuarto!... No pudo aguantar más, se levantó de un arranque y se fué á buscarlas en derechura á la calle de Alcalá, colándose por los claros del gentío, aguantando sin chistar los encontrones y rompiendo el oleaje de la multitud que bajaba hacia los paseos, como un bote solitario que se engolfa en el mar.

La subida de la calle de Alcalá no era tan fácil como Miguelito Cruz se

figuraba; bien pronto le cortó el paso un remolino de gente junto al Ministerio de la Guerra y tuvo que salirse al arroyo para poder continuar su ruta: andando con lentitud, fijándose en cuantas personas pasaban, esquivando un atropello de los jinetes y carruajes que corrían al borde de la acera, siguió hasta la calle de Peligros y allí se paró desalentado. Ni por esas... ¡no venían!... El relámpago de un pensamiento le iluminó de repente el cerebro. ¡Tal vez se le hubieran escapado sin haberlas visto!... ¡En aquel barullo!... Su angustia le hizo aferrarse á tal idea con una tenacidad de naufrago, volvió pies atrás; sorteó la verja de la Cibeles y se entró nuevamente por Recoletos dispuesto á registrarlo de cabo á rabo.

La estación primaveral, llegada pocos días atrás á la Corte para cumplir su compromiso de decorar los paseos urbanos con bastidores de frondas, había llenado ya de hojitas nuevas el cordaje de ramas de Recoletos con gran contento de los pájaros, que próximos á unirse en matrimonio, volaban de

copa en copa buscando la más soleada y alegre para alquilar un rincón donde hacer el nido. Los recuadros de los jardines estaban de desestero, bien que todavía ostentasen la mayor parte sus alfombras de invierno de tierra obscura, pero por algunos sitios les asomaba la esterilla de verano de verde yerba.

Aquella tarde, como de domingo, tenía mucho que ver el paseo. La vía enlosada por la que discurre la muchedumbre arriba y abajo, desde la plazuela de la Cibeles hasta la rotonda de la casa de la Moneda, hallábase cuajada de gente muy aderezada y compuesta, revelando en sus atavíos el placer con que se había lanzado á la calle después de la encerrona de Semana Santa impuesta por la lluvia; la concurrencia era tan grande y tan compacta que cada cual se enteraba sin quererlo, de la limpieza del cuello de la camisa ó de la gola del vestido, del que iba delante, tan cerca andaban allí ojos y cogotes; á una y otra banda, aposentados en filas de sillas de hierro pintadas de amarillo, descansaban

muellemente dos pedazos inmensos de multitud, separados por la corriente humana que burbujeaba en medio yendo y viniendo.

Hallábase allí á la sazón la propia flor de la clase media, dando al paseo ese matiz *burgués* que le caracteriza; por todas partes se distinguían trajes femeninos compuestos, retcompuestos, vueltos del revés y variados según la moda de cada estación y con más años de servicio que un veterano de carabineros; capotas y sombreros oliendo á mano casera, como manda la economía, con los adornos de siempre colocados de modo distinto y reformados para disimular con alguna florecilla nueva; chisteras de día festivo y de la antepenúltima moda, que no hay cinco duros sobrantes para mercarse una todas las temporadas, y levitas y chaquets con los dobleces de estar guardada la prenda la semana cabal en la cómoda horteril. La gente era la de costumbre, aquí, en corro, mejor tumbados que sentados en los sillones, con las piernas estiradas sobre otras sillas, en indecente postura, un grupo de mo-

cetes barbilampiños, creídos ya unos calaveras desde que cursaban primero de Derecho, y se tragaban el humo del cigarro, hablando de recio, con groseras palabrotas y tacos y ternos y muy seguros de que no paseaba muchacha que les resistiese. ¡Como que la virtud es un mito!... Allí, una mamá aburrída y bostezadora, custodiando á sus cuatro hijas, lindos pimpollos muy peripuestos con llamativos faralares, enredadas en un charloteo de ojos y en una telegrafía de sonrisas con los estudiantes, pero inadvertido todo por la madre, distraída con la menos disimulada de las distracciones; allá dos amantes muy pegaditos, muy acaramelados, hablándose casi al oído y sin darles un ardite el público y el papel de barba que hacía junto á ellos la señora que les acompañaba; acá una viuda con niños cuidándose más de los grandes; por este lado un alferecillo flechando ó creyendo flechar á la pollita de junto; por ese otro una abonada á domingo que concurría asiduamente sin atrapar acomodo; ora pasaba de bracete una pareja de recién

casados, ella con el vestido de ceremonia y él de negro también, empuñando la sombrilla de raso de la cónyuge; ora avanzaba alguna joven, empecatadamente vestida, según el dialecto del paseo, excitando la atención general, surgiendo de la urdimbre de plumas, flores y lazos que resplandecía con los colorines de una carta geográfica un rumor inmenso de miles de conversaciones salpicadas de gritos y risas, en el que se adivinaban la murmuración y la envidia, los dos miasmas mortíferos que se evaporan envenenando la atmósfera de aquella gran laguna de Recoletos.

Vuelto todo ojos y comiéndose á miradas la gente de las sillas engolfóse Miguelito Cruz en la arrollada de personas del paseo; de cuando en cuando se paraba para fijarse bien en algún sombrero blanco con visera negra que se le antojaba conocido. ¡Ya se lo sospechaba él! .. ¡Habían llegado sin que las viera! ¡Pero luego, acercándose, se convencía de su equivocación y seguía! ¡Más de cuatro veces tuvo que refugiarse en los jardinillos, huyendo

de un encuentro importuno con algún amigote posma! ¡Sólo eso le faltaba!... Avistó por fin la figura de Colón que se yergue á lo alto de su elevadísimo pedestal con la apostura que corresponde al cabo de gastadores de la escuadra de estatuas de la Castellana, y allí permaneció desalentado en la plaza. ¡Era inútil continuar! ¡Jamás trasponían Recoletos! Entonces tornó al paseo hundiéndose de nuevo entre la gente. A poco una de las oleadas del público le arrojó sobre un montón de compañeros de facultad, que charlaban en corro formando un enredijo de piernas. Miguelito Cruz atisbó el arrecife y quiso evitarlo pero no le dió tiempo, descubrióle un discípulo que le gritó tendiéndole la mano: ¡hola ilustre! y el asendereado mozo se vió precisado á acercarse.

Compañían el grupo seis ó siete estudiantes de buena casa, acomodados todos, gente fumadora y locuaz, peor hablada que un carretero, y que comprobaban cuantos comestibles aparecían al alcance de sus ojos, apilando sobre los sillones *cacahuets*, barquillos y

otros manjares menudos que se engullían con gran algazara, sin dejar de piropear con la boca llena á cuantas mujeres transitaban á tiro de su lengua incansable. El arribo de Miguelito Cruz fué saludado con un coro de voces y cuchufletas.

—¡Dichosos los ojos!... ¡Desde que te dedicas á tomar paisajes por las alturas no hay quien te eche la vista encima!...

—¡Adiós Justiniano!... ¡Yo te auguro un sobresaliente como te toquen en los exámenes las Nuprias!...

—¡Picarón!... “¿Por qué no quiere usted ser médico de cámara?”

—¡Oye, tú, te sabrás de memoria la estadística de los que se estrellan en la calle de Segovia!...

—¡Dejarle!... ¡Hoy no ha habido buen erucero y el guardacostas trae cara de mal humor!...

—¡Pero siéntate á fumar un pitillo!... ¡Aquí tienes un sillón, tal!...

Y se oyó un taco redondo y terrible. Miguelito Cruz no pudo resistir el agua-cero, se sintió tirado por las mangas del gabán, por el vuelo del abrigo,

arrastrado como por una tromba que le ensordecía y renunciando á defenderse, riendo con una risa forzada y seca y balbuciendo con voz trémula por el sobo: ¡pero hombres, que me váis á romper el saco! ¡No seáis brutos!... se dejó sentar en la silla con que le brindaban.

—¡Vaya, saca la petaca y echa una ronda Miguelito!... exclamó uno de los estudiantes refregándose las manos. Miguelito Cruz obedeció con la resignación de un mártir, maldiciendo en sus adentros de semejante tropa; á uno de los compinches se le ocurrió que cada cual encendiera su cerilla y en medio de una explosión de risotadas irguieron todos á la vez los fósforos juntándolos como si fueran á pronunciar un brindis con luces; luego, el de más confianza con Miguelito Cruz ó el más imprudente dijo soltando una bocanada de humo:

—¡Eal!... ¡Cuéntanos cómo van esos amores!...

Miguelito Cruz comenzaba á amoscarse é iba á soltar un bufido, pero la suerte vino en su ayuda. Uno de los

estudiantes, sentado frente al fondo del paseo cortó en su origen el diálogo, tatarcando la marcha real y exclamó sin cesar en la tocata:

—¡Chin, ta, chinta, tachín... tachín!... ¡tachín!...

Entonces miraron todos hacia abajo y otro de los escolares añadió adelantándose a los demás:

—¡En nombrando al ruín de Roma!... ¡Ahí están las chicas del Viaducto!...



CAPÍTULO II

NINDUDABLEMENTE que las muchachas se llamarían de alguna manera y llevarían algún apellido, aunque fuese el de cualquier Gómez ó el de cualquier Rodríguez, pero la turba estudiantil conocíalas sólo por el mote con que la propia banda les había bautizado. Un día les gustó á los prematuros calaveras el palmito de las niñas y en pelotón, formándoles una escolta regia por el número, echaron tras ellas resueltos á averiguar su domicilio; las abonadas perpétuas á Recoletos, vivían en el tercer piso de una casa nueva que formaba esquinazo con la calle de la Mo-

estudiantes, sentado frente al fondo del paseo cortó en su origen el diálogo, tataréando la marcha real y exclamó sin cesar en la tocata:

—¡Chin, ta, chinta, tachín... tachín!... ¡tachín!...

Entonces miraron todos hacia abajo y otro de los escolares añadió adelantándose a los demás:

—¡En nombrando al ruín de Roma!... ¡Ahí están las chicas del Viaducto!...



CAPÍTULO II

NINDUDABLEMENTE que las muchachas se llamarían de alguna manera y llevarían algún apellido, aunque fuese el de cualquier Gómez ó el de cualquier Rodríguez, pero la turba estudiantil conocíalas sólo por el mote con que la propia banda les había bautizado. Un día les gustó á los prematuros calaveras el palmito de las niñas y en pelotón, formándoles una escolta regia por el número, echaron tras ellas resueltos á averiguar su domicilio; las abonadas perpétuas á Recoletos, vivían en el tercer piso de una casa nueva que formaba esquinazo con la calle de la Mo-

rería, donde se abría la entrada del edificio, dando la vuelta la fachada á las escaleras de piedra bordadas de jardines, que arrancan del hondón de la de Segovia empinándose con énfasis para rebasar á su vecino el Viaducto. A la otra mañana del día en que la siguieron, dos de los escolares se plantaron desde muy tempranito en el lomo del puente, decididos á no perder de vista los balcones de las niñas y á saludarlas en cuanto se asomasen; lo más probable era que no respondiesen; pero la mayor, por lo menos, "tomaba varas" y todo se reducía á hacer "una plancha" de las mayúsculas y á perder la clase de Romano.

Un buen rato llevaban acechando las vidrieras y haciéndole la competencia en paseos á los guardias de Seguridad que custodiaban el Viaducto, cuando los dos galanes distinguieron á Miguelito Cruz, uno de sus compañeros de banco en el aula, que venía despaciosamente pegado á la barandilla y sin quitarle ojo á las casas recientes de la Cuesta. ¡Vaya un lance chusco!... ¡A que también andaba Miguelito de

conquista!... ¡Eh!... ¡Que se abrían los balcones de las niñas y se asomaba la menor!... ¡Tomal... ¡Pues si Miguelito Cruz la saludaba sin quitarse el sombrero y ella le respondía sonriéndose, y se enredaban luego en una de señas que dejaba tamañito á la telegrafía óptica!... ¡Ah, bribón, qué oculto se lo había tenido!... ¡Por eso él no perdía su paseo diario á Recoletos aunque lo aspasen y siempre rehuía la compañía de los amigos!... ¡Ea, ya estaba fuera de turno el pretendiente de la pequeña!... Pero quedaba la hermanita. Los novilleros habíale descubierto á su camarada desde la salida del Viaducto, donde les sorprendió al concluir uno de sus paseos la presencia de Miguelito Cruz sin que éste les advirtiese enfrascado en observar los edificios; al cabo de un rato, con la procaacidad nacida de la confianza avanzaron lentamente hacia su compinche y ya cerca de él le gritaron: ¡Caíste en el garlito, buena pieza!... A Miguelito Cruz le supó á quina el encuentro pero no cabía el disimulo y confesó el noviazgo, suplicando á sus colegas que no lo

divulgasen. Entonces, callándose el adorador de la pequeña su fracaso y pensando el de la mayor sacar partido de las relaciones de su condiscípulo le confió, en secreto, "sin que pasara de los tres" que andaba cortejando á la hermanita. ¡Pues pierdes lastimosamente el tiempo—le dijo Miguelito Cruz—porque tiene amores formales con un comandante de caballería, de guarnición en Barcelona, que muy pronto vendrá á Madrid para casarse con ella!... La noticia fué para el pisa-verde una ducha inesperada y se quedó frío; al pronto se enfurruzó y juró y perjuró que no cedería y que la muchacha tomaba varas y... Pero después, acostumbrado á los trapicheos modistiles y á las conquistas fáciles, y no sintiendo por la jovencita más que el rescoldo de un capricho, se asustó ante la lucha y renunció á sus propósitos generosamente porque lo que es que "tomaba varas" era seguro y tan seguro. No se sabe si cumplieron ó no su palabra los dos estudiantes, de no revelar nada de los amores de Miguelito Cruz ó lo charlaron en reserva

á otros que á su vez lo extendieron en confianza; el caso es, que al mes y pico la clase entera de Romano, y especialmente los asiduos de Recoletos sabían dónde quemaba incienso Miguelito Cruz en holocausto á Eros y quiénes eran las chicas del Viaducto, á las que todos continuaban llamando con tal apelativo. Así iban los amores de Miguelito hasta aquella tarde y aquel momento en que el mozo oyó que venían las muchachas.

El primer impulso de Miguelito fué despedirse de sus amigos, temiendo alguna imprudencia de la turba, y escapar; pero las niñas se hallaban muy cerca y tuvo que permanecer sentado en su silla. En estas las niñas llegaron al grupo; la hermana mayor y la madre, aunque habían visto de lejos á los estudiantes pasaron sin mirarlos pero con la cabeza erguida como el que sabe que es observado y quiere demostrar su desdeñosa indiferencia, y la pequeña, disimulando su turbación y con las mejillas salpicadas por las amapolas del rubor al notar que Miguelito no estaba solo, le soltó á hur-

tadillas y atisbándole con el rabillo del ojo, el rayo de una mirada.

Las chicas del Viaducto eran propiamente el tipo clásico de la mujer madrileña, bonitas, más en conjunto que en detalle, el mayor atractivo de su rostro no consistía en la puridad de líneas de las facciones sino en la luz suave, de aurora, de la simpatía que les bañaba el semblante con un resplandor sutilísimo; las dos tenían ojos grandes, oscuros, cortesanos, cándidos y puros los de la pequeña, llenos los de la mayor de los borbotones de malicia y de los efluvios de sabiduría mundana, que hasta las criaturas de diez tiernos abriles poseen en la ciudad del Manzanares, tal vez por el poco recato de los padres que no se paran en considerar que los niños piensan con las pupilas y razonan con los oídos, cuando todavía no hay en su cerebro más que gérmenes de fósforo; por lo demás medían poca estatura hasta ser bajas, no obstante los cuatro dedos de los tacones, y su cara adolecía de la palidez y su cuerpo de la debilidad que engendra la escasa

alimentación disfrazada púdicamente con el nombre de anemia, bastando ver aquellos miembros endebles para comprender que faltaban en la sangre tantos glóbulos rojos como cintas y lazos sobraban en el vestido. Porque las chicas del Viaducto presumían con fundamento de elegantes y apuestas, y á la verdad, los trajes á rayas de lanilla y los sombreros de castor blanco que aquella tarde llevaban podrían no proceder de París y, sin embargo, ostentaban una finura francesa y un corte irreprochables.

Apenas se alejaron las muchachas unos cuantos metros, Miguelito Cruz se apartó de sus amigos, que ya no intentaron detenerle, diciéndole al despedirle:

—¡Oye, á la bestia de la Apocalipsis de la mamá, que se compre otra capota, que parece con esa un tambor mayor francés de gran gala!

—¡Buena suerte, *musiú*, y cuidado con la barandilla no te precipites á la calle de Segovia!

—¡La sogá tras el caldero!...

Allá se quedaron gruñendo; Migue-

lito Cruz no oyó más y se metió por los jardinillos para acechar á su novia, procurando que ésta le viera, pero componiéndose de suerte que no fuera notado ni por la mamá ni por la hermanita. De sobra se sospechaba Miguelito, conociendo el carácter de su suegra futura, que algún capricho suyo sería la causa del retraso de aquella tarde, y como buen enamorado pagó la berrinchina sufrida con su novia y la puso un ceño terrible á sabiendas de que cometía una injusticia; pero al cabo desarmó su furia la sonrisa de ella y concluyó por desarrugar el entrecejo, y preguntarla cada vez que le miraba, con un arrugue de nariz expresivo que ya conocía la muchacha, qué diantres les había ocurrido para no venir antes; la niña, imposibilitada de responder á las mudas interrogaciones de su novio, se contentaba con atisbarle y al fin, aprovechando cualquier coyuntura, le enseñó con disimulo una carta muy dobladita que sacó del manguito de pieles.

Las chicas del Viaducto no tuvieron tiempo más que para llegar á la esta-

tua de Colón y volverse; las sillas del paseo ibanse quedando desocupadas, enfilándolas de nuevo los cobradores; muchas familias se retiraban ya hacia arriba, aclarándose poco á poco la muchedumbre de Recoletos y llenándose luego sus desgarros con los borbotones de gente que la Castellana escupía; los faroleros, erguidos de trecho en trecho, con la garrocha al hombro, coronada por un ojo candente, empezaban á encender el gas; un tropel de coches con las linternas ya encendidas descendía del Retiro por la calle de Olózaga, llenándola de estrellas errantes y torciendo después en derechura á la Cibeles mientras la niebla del crepúsculo se apoderaba del arbolado y obscurecía la multitud como el mar cuando comienza á envolverle la noche. Miguelito Cruz, hundiéndose en las sombras y aprovechando la penumbra creciente para acercarse, seguía en pos de su novia lo más próximo que le era posible; ya encendido todo el alumbrado atravesaron la Puerta del Sol entrándose por la calle Mayor, donde disminuyó la afluencia de gente

obligando á Miguelito á cruzar á la otra acera y á dejar que Lola se adelantase algo; como él sospechaba, entráronse por el solitario pretil de los Consejos á fin de cortar camino; entonces, al pasar por delante de un farol para que él la viese, tiró Lola al suelo una carta y él la vió, apresuróse á cogerla y atarozado por el espoleo de la impaciencia, la abrió á puñados y se puso á leerla á la luz del reverbero. Sólo constaba de cuatro renglones, trazados con lápiz, que decían: "Te escribo á escape estas dos letras para que no ignores que no ha sido mía la causa de nuestra tardanza en ir á Recoletos, sino un nuevo capricho de mamá que me ha costado un disgusto atroz; mañana te echaré carta á la hora de siempre contándotelo todo: te idolatra tu Lola."



DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



CAPÍTULO III

¿A venido ya mi hermano? preguntó á la criada que les abrió la puerta, la madre de las chicas del Viaducto.

— ¡Sí, señoral

— Pues encienda la lámpara del comedor y prepare la sopa mientras nosotras nos desnudamos.

Y dichas estas palabras se dirigió doña Felipa á su alcoba y las niñas á la suya. Juanita, la hermana mayor, sólo se despojó del sombrero y del abrigo y se quedó con su ropa de calle, pretextando no tener gana de vestirse de nuevo, mientras Lola, la pequeña, se quitó completamente sus

atavíos y se puso una falda de casa, de lanilla verde, con blusa á tablas y ceñidor de la misma tela; luego, después de alisarse Juanita el flequillo delante del espejo, salieron las dos al comedor donde estaba ya doña Felipa, ataviada con un traje negro de salir, descendido por el uso á la categoría de doméstico, y una corbata de tul. cosa que constituía para ella la mayor de las elegancias, hasta el extremo de tildar de cursis á sus amigas que no gastaban semejante adorno. Doña Felipa hallábase enredada en cortar la torcida del quinqué, porque "tenía picos", gruñendo de las sirvientas que quieren ganar cincuenta reales y no saben aderezar las luces; por fin niveló la mecha, prendió un fósforo y encendió la lámpara, diciendo á la criada, que presenciaba la operación con un ceño adusto por la regañina, á la vez que le entregaba las tijeras:

—Avisé usted al señorito Manuel y traiga la comida...

El haz de reflejos que se escapó del quinqué colgante, exparcióse por la estancia, surgiendo bruscamente los

muebles, de la sombra proyectada por la vela que iluminaba la habitación. La poca holgura de la pieza no consentía muchos embelecós; así á un lado se alzaba el aparador de pino imitando á nogal, no muy agobiado por cierto de loza y cristalería y ocupando por entero una pared, junto á la ventana, abierta al patio, forrada de tela con las iniciales azules cosidas al forro del respaldo, veíase la butaca en que doña Felipa se sentaba á hacer media después de comer; enmedio estaba la mesa, cuyas patas desaparecían bajo las faldas rojas del tapete, descubriéndose por las aberturas de la bayeta la lumbre del brasero, las cuatro sillas necesarias se erguían pegadas á la mesa para ocupar menos sitio; un reloj redondo; por bajo de él un almanaque catalán, y varios cromos franceses colgados en los tabiques, adornaban el comedor, consonantando este ajuar tan modesto con la sencillez de la vajilla, que sólo ofrecía sobre los blancos manteles las dos botellas del agua y del vino y el cubierto de cada cual colocado delante de su asiento.

A poco oyóse cercana una tosecita asmática, y el señorito Manuel entró en la habitación siguiéndole doña Felipa que volvía de lavarse las manos infeccionadas por "el peste" del petróleo; sentáronse á la mesa y la criada trajo la sopa. Bastaba ver á don Manuel y á doña Felipa para sacarles el parentesco; no podía dudarse de que eran hermanos; las mismas facciones, los mismos gestos, las mismas actitudes, igual ambiente fisonómico tenían uno y otro sin salvar el sexo, pues por extraña casualidad, el rostro de doña Felipa reflejaba una dureza más propia que de la suya de la faz varonil de don Manuel, que poseía por el contrario en ella una dulzura suave y simpática. Doña Felipa pasaba del medio siglo de su existencia y lo llevaba tan bien, que no blanqueaba ni una hebra en su pelo castaño, señal segura de egoísmo, porque sólo cuando duerme el corazón puede llegarse á la cumbre de la vida sin canas en los cabellos; su cara redonda, ancha, carnosa, con algo de color de hígado en las mejillas ofrecía los pómulos salientes que como

los arrecifes en el mar delatan en las fisonomías un interior borrascoso y violento; el rostro de la buena señora parecía laminado por la brutalidad y por si no, allí estaban sus ojos en los que lejos de cabrillear la luz del pensamiento, negreaba la cerrazón de un cerebro siempre lleno de nubes; el carbonero de la esquina sintetizaba su opinión respecto á doña Felipa, diciendo con su ruda sencillez asturiana, que era muy animal. Su hermano don Manuel andaría al caer de los sesenta años y se le asomaba un achaque en cada arruga, retratando su semblante la queja continua del que se siente dominado por la vejez.

Doña Felipa empuñó el cucharón, lo hundió en la sopera que cansada de bordar de gotas de brillantes la tapa, echó al aire sus tenues vapores é "hizo platos". Don Manuel vació en el arroz un papelito de bicarbonato y después de mediar un vaso de vino y de agua de Insalús, metió la cuchara en la sopa, interrumpiendo el bocado para toser. La comida empezó; Juanita y su madre se mostraban impacientes,

expansivas, decidoras, como si por sus adentros se les desbordase el júbilo y les subiera al rostro el aluvión de la alegría; las dos zampaban alocadamente y sin casi darse cuenta de lo que hacían se atascaban de encurtidos y pan, engulléndose enteros los pepinillos, á los que doña Felipa profesaba gran devoción y los que ella misma aliñaba porque los de las tiendas, maldito si se "apetecen." En cambio Lola masticaba con la fatiga que acarrea la inapetencia y se le conocía que se esforzaba por aparecer contenta y sonriente; pero en sus párpados, un poco encendidos, se advertían los rastros de fuego que deja el turbión del llanto al pasar por los ojos.

Habían acabado la sopa y doña Felipa, después de limpiarse los labios, se echó al cuerpo un vaso de agua que debió saberle á atmibar á juzgar por la satisfacción con que dijo relamiéndose:

—¡Estaba rabiando de sed!

Don Manuel la dejó hacer y luego, con el tono solemne del sacerdote que ve profanado su ídolo, exclamó dirigiéndose á su hermana:

—Tú reventarás un día; te lo pronostico... No tienes ni noción de lo que es higiene. ¿Pero no comprendes que eso es un disparate?

—¡Pues es menester que sepas tú que nunca me ha hecho daño, y estoy más fuerte que tú, que tanto te cuidas!

Don Manuel, convencido de que argüir á su hermana era igual que argumentar al granito, no rechestó, y queriendo torcer el coloquio preguntó sin dirigirse á persona determinada.

—¿Habéis paseado mucho?

Doña Felipa, entretenida en recibir el cocido, no paró mientes en las palabras de su hermano, y Lola fué la que contestó á la vez que quitaba el plato sucio á su tío, dándoselo á la sirvienta:

—¡Poco! ¡Salimos muy tarde de casa! Así no tuvimos tiempo más que de entrar y salir en Recoletos!

—¡A propósito! exclamó Juanita metiendo baza en el charloteo. ¿Te has fijado, mamá, en lo que se gastan las gorritas? ¡Es que ya no se vé un som-

brero ni para un remedio! ¡Yo creo que éramos las únicas que los llevaban!

—¡Pues iremos mañana á casa de Abati á comprar dos formas y á que nos enseñen una gorra hecha, dijo doña Felipa, á la vez que distribuía los garbanzos; luego siguió usando su mulletilla habitual: ¡Es menester que sepas tú que hay que salir á comprar una porción de cosas! estamos en descubierta con todo el mundo, debemos la mar de visitas! ¡Necesitáis chaquetitas de primavera! ¡A tu hermana no le hace falta todavía, pero tú no puedes pasar sin un vestido! ¡Tampoco tienes zapatos! ¡Y no es cosa de que vayas á ver á nadie hecha una facha!

Y á la vez que doña Felipa desarrollaba este espléndido presupuesto de gastos, hacía esfuerzos heroicos de imaginación para dividir equitativamente entre todos la jicara de garbanzos que á lo sumo habría en la fuente, echándote al fin á cada cual un montoncito que, revuelto con la verdura, engañaba la vista, fingiendo mucho bulto y dejándole á la criada un resi-

duo insignificante, porque ella era "de poco comer".

Don Manuel necesitó á esta sazón un palillo, los que la sirvienta había olvidado colocar en la mesa, y Lola no esperó á que acudiera la criada; se levantó y se lo trajo del aparador sin que Juanita mostrara intención de moverse. En todo el curso de la comida notábase en Lola un gran cuidado é interés por su tío y una dulce solicitud que parecía complacer á éste en extremo, sonriendo á su sobrina halagado por aquella ráfaga de cariño que le oreaba el alma con algo de rayo de sol.

Un golpe de tos violento acometió á don Manuel, y fijándose al fin en tal circunstancia, exclamó doña Felipa con acento regañón:

—¡Buen catarro has pescado!... ¡Te empeñas en ir al Retiro, y es menester que sepas tú que ahora está chorreando agua, de húmedo!

—¡Ején... ején... ején!.. repuso don Manuel medio asfixiándose. ¡Precisamente hace ocho días que no lo piso!

—¡Pues esta noche no sales y te

acuestas temprano á sudar!... ¡La chica te comprará *La Correspondencia!*

Trajeron la carne y el tocino y aparte para don Manuel, que no gustaba de ninguno de los dos, un filete excesivamente delgado con media docena de patatas fritas, por junto. Suerte y no poca era la de doña Felipa con que su criada fuera de "poco comer", y aun así se vió y se deseó la buena señora para fraccionar entre los comensales la media libra de vaca, dessubstanciada é insípida por la cocción, y el escrúpulo de tocino; tocaron á hebra; un tenedor se escapó con fuerza de manos de Juanita y después de chirriar en el plato pegó con fuerza en una copa, haciéndola vacilar y derramándose un poco de vino en el mantel. ¡Jesús, qué tonta estoy! murmuró Juanita apartándose por instinto para evitar el salpiqueo. ¡Quién sabe si el tenedor habíale hablado en su lengua de plata al cristal y á la loza, como para protestar unánimemente de aquel lujo desordenado de Juanita, en nombre de los glóbulos rojos y de los jugos del estómago vencidos por las galas y las

blondas! Don Manuel, cortando dos puntas del filete, obsequió á sus sobriñas con dos tajaditas y á todo esto Juanita y su mamá, moviéndose con la inquietud del que "está deshecho por la impaciencia", miraban el reloj de la pared á cada instante; dejaban de verlo, tornaban á clavarle las pupilas y el reloj sin señalar más que las siete y media.

De seguro don Manuel no se acordaba ya de que aquella noche venía Pepe León á Madrid; el desasosiego de su hermana y de su sobrina le trajo el hecho á la memoria y preguntó á Juanita:

—¿A qué hora llega ese muchacho?...

—¡A las ocho y media!... repuso la niña, jugando airadamente con un cuchillo con el que tocaba el tambor sobre los manteles... ¡Pero como aquí los trenes traen siempre retraso!... ¡Sabe Dios!...

—¡Pareces un artículo de fondo de *El Liberal!*... le dijo don Manuel riendo la exclamación. ¡Pues sabe tú que, según una frase célebre, el día más

feliz de la vida es el de la víspera!...

—¡Se conoce que ese sabio tenía horchata de chufas en las venas!... repuso Juanita mirando de nuevo al reloj.

Sacaron el postre: un platito con bollos; cada quisque tomó un empuñonado, y enseguida Juanita corrió a lavarse las manos y á quitarse el delantal; doña Felipa se fué á encender el quinqué del recibimiento; la criada entró á recoger el servicio para quitar la mesa, y Lola, cogiendo del aparador una cocinilla económica y un tarro de vidrio, lleno de flores rojizas diminutas, se sentó junto á su tío y le dijo dulcemente, prendiendo fuego al alcohol:

—¡Voy á hacerte la manzanilla!...



CAPÍTULO IV

A las ocho de la mañana siguiente, estaba ya Miguelito Cruz estacionado en el Viaducto, frente á los balcones de casa de su novia; todos los días aguardaba en el mismo sitio á que Lola abriese los cristales, parecía una alondra esperando al sol. La pareja de Orden público, que vela por la humanidad en aquellas alturas, había llegado á considerar al estudiante como á un camarada; al principio desconfió del joven viéndole rondar por la barandilla y atisbar por entre los barrotes de hierro, pero muy luego advirtieron los guardias la verdad del lance y di-

feliz de la vida es el de la víspera!...

—¡Se conoce que ese sabio tenía horchata de chufas en las venas!... repuso Juanita mirando de nuevo al reloj.

Sacaron el postre: un platito con bollos; cada quisque tomó un empuñonado, y enseguida Juanita corrió a lavarse las manos y á quitarse el delantal; doña Felipa se fué á encender el quinqué del recibimiento; la criada entró á recoger el servicio para quitar la mesa, y Lola, cogiendo del aparador una cocinilla económica y un tarro de vidrio, lleno de flores rojizas diminutas, se sentó junto á su tío y le dijo dulcemente, prendiendo fuego al alcohol:

—¡Voy á hacerte la manzanilla!...



CAPÍTULO IV

A las ocho de la mañana siguiente, estaba ya Miguelito Cruz estacionado en el Viaducto, frente á los balcones de casa de su novia; todos los días aguardaba en el mismo sitio á que Lola abriese los cristales, parecía una alondra esperando al sol. La pareja de Orden público, que vela por la humanidad en aquellas alturas, había llegado á considerar al estudiante como á un camarada; al principio desconfió del joven viéndole rondar por la barandilla y atisbar por entre los barrotes de hierro, pero muy luego advirtieron los guardias la verdad del lance y di-

ciéndose con la socarronería aprendida en los cuarteles, que no entraba en su "consinía" el impedir el suicidio que el mozo escogía, no volvieron á ocuparse de su persona.

Lola no tardaba nunca en abrir las vidrieras y se asomaba sin peinar, sujeto aun el flequillo por las tiras de periódico con que se lo rizaba por la noche. Al verse sonreíanse con involuntaria alegría; aquellos dos corazones llegaban al solsticio de la felicidad y con la lente de telescopio que pone el amor en los ojos se distinguían mutuamente el relámpago de la boca, por que las sonrisas tienen un nimbo como las cosas santas y los rayos de luz. Pasaban los jornaleros á sus obras, las criadas á los mercados, las modistas á los talleres; el hormiguero de toda población que despierta iba y venía por las dos aceras del lomo del puente; nada de esto advertían los amantes, cegada la retina por los resplandores de su aurora suprema. Las mañanas en que le tocaba escribir á Lola, le mostraba la carta y le hacía seña de que fuese á recogerla. Miguelito

Cruz bajaba á la escalinata de piedra del declive, y entonces Lola, inclinándose sobre la baranda y sacando muy afuera el brazo para que la misiva trocada por los dobleces en una pelota de papel, no se colara en los pisos inferiores, soltaba la carta que caía con los revuelos de un copo de nieve. El estudiante la recogía, se la guardaba en el bolsillo, y, saludando con la mano á la niña, se marchaba á clase, volviendo sin cesar la cabeza para mirar á su novia, hasta que se sorbía su silueta la distancia; ella también se entraba en cuanto le perdía de vista; el libro despiadado y el plumero cruel cortaban el idilio como la hoz que despunta el heno; pero Lola no quería que por su causa faltase Miguelito á cátedra, ni podía estar al balcón, apresada dentro por la limpieza de la casa, que corría á su cargo.

A la tarde volvía al Viaducto el futuro abogado; Lola no salía casi nunca y se sentaba á coser en el balcón, detrás de los cristales ó con la vidriera abierta, según la temperatura que hiciese; su madre y su hermana íbanse

de visitas ó de compras y así se quedaba la niña sola y feliz, á sus anchas, con su ropa blanca, sus tiestos y su novio en frente. Miguelito Cruz se paseaba, en tanto, por la acera del puente fronterá á la casa de Lola, y ella tira que tira de la aguja, atisbándole á él, y él chupa que chupa en el cigarro, mirándola á ella, se les iban las horas sin sentir, contemplándose, reconstituyendo con la imaginación los detalles de sus personas, que la distancia les borraba; á él le extasiaban los piecitos de ella, que no veía; á ella le encantaba la expresión del rostro de él, que no alcanzaba á distinguir; pero como el supremo placer del amor es adivinarse, se adivinaban y se lo decían, que para algo tienen alas de ave los pensamientos: para volar. Todos los amantes poseen una exquisita organización de sordo-mudos. Lola y Miguelito Cruz se entendían á maravilla con sus guiños y sus señas, y de cuando en cuando se enviaban en un rayazo de sus pupilas, uno de esos besos que saben dar desde lejos los ojos. Los pájaros que habitan en los aleros cercanos se

sabían ya de memoria á los dos jóvenes, y distinguiéndolos un día y otro de charla óptica, se piaban para su buche:—¡Qué atrocidad; pues no usan pocos requilorios los hombres para hacer un nido!...—En vano le azotaba al estudiante la ventisca de la sierra en las tardes de invierno, trocando las alturas del Viaducto en una cima de los Alpes; Miguelito Cruz aguantaba el turbión rebujado en su capa; en esos días apenas si columbraba la silueta de su novia detrás de los cristales, pero veía los hierros del balcón, las macetas sin flores, los ladrillos de la fachada, los árboles próximos, y se sentía satisfecho; el amor tiene la tontería sublime de las proyecciones, y cuando los ojos de la cara no divisan al ser querido, los ojos del alma se contentan con los objetos que le son afines; el corazón no podría vivir sin estos reflejos. Lola no contaba con otro medio para recibir las cartas de su novio que echar un hilo por el balcón en cuanto anochecía y antes de que doña Felipa llegara; así, siempre que Miguelito la escribía, enseñábase

préviamente la epístola desde el Viaducto, y luego se la ataba á la hebra, izando Lola con sumo cuidado el frágil cable que le subía un puñado de ilusiones en el hervor de Abril vertido en el papel por aquellos veinte años que la adoraban; la carta resplandecía para ellos en la sombra con un parpadeo de astro, lo cual no era otra cosa sino la tolvanera de luz de la dicha que les llenaba por igual el espíritu. A veces algún vecino que gustaba de asomarse á tomar el fresco, retrasaba la ascensión del hilo. — ¡Habrás visto!... ¡Estar en el balcón de su casa!... ¡Mayor abuso no se daría jamás! ¡Y doña Felipa que no tardaría en venir!... Lola desde las alturas de su piso, acechando al importuno para no perder tiempo en cuanto se metiese, no sabía á qué Santo encomendar el que el vecino se marchase, y trémula, impaciente, angustiada, nerviosa, se preguntaba qué haría para no quedarse sin su carta, mientras abajo Miguelito Cruz, desesperado también, se desfogaba maldiciendo hasta de la ascendencia de "aquel tío", lamentando no

tenerlo al alcance de su puño y diciéndose cómo diantres se arreglaría para reanudar la corriente eléctrica, interrumpida por semejante aislador; por fin el indiscreto se iba y la cerrazón que les nublaba momentáneamente su ventura se deshacía, sin descargar el chubasco. De esta suerte, en aquel sitio apartado y umbrío había siempre un poco de primavera, cualquiera que fuese la estación reinante...

Los cuatro renglones que Lola le dió aquella tarde al volver de paseo anunciándole que le escribiría la causa de su retraso en bajar á Recoletos, y sobre todo la amargura que de ellos trascendía; hicieronle sospechar á Miguelito, que algo había ocurrido y venteó la catástrofe. Espoleado por la impaciencia, recogió á la siguiente mañana la carta de Lola, y dándole luego á los tornillos de las piernas se plantó en cuatro saltos en la Universidad, llegó á tiempo que entraban en aula los alumnos de su año y subiéndose á los últimos bancos donde acostumbraba á sentarse, mientras el ca-

tadrático se desgañitaba perorando desde la mesa, sacó Miguelito Cruz del bolsillo del gabán el cuaderno de apuntes y ocultando disimuladamente con dos de sus hojas la carta de la niña, comenzó á leerla fingiendo que repasaba la lección para que sus compañeros no le atisbasen.

Decía así la carta, con el adorable desaliño de la mujer: "Te escribo ésta á escape, mi querido Miguel; porque temo que mamá note luz y me descubra, pero no quiero dejar de echarte carta mañana porque comprendo cómo estarás y con razón; á mí en tu caso me sucedería lo mismo; gracias á que me conoces bien y de sobra sabes que no consistió en mí la tardanza.

"Yo no debía decirlo porque, aunque sea lo que sea, es mi madre, pero á tí que tanto te adoro no debo ocultarte nada; la culpa de que bajáramos tarde á Recoletos fué de ella; ya te lo figurarías. Es que yo no he visto nada igual ni de tan poco fundamento; es preciso verlo para apreciar su falta de luz.

"Imagínate que esta noche llegaba á Madrid Pepe León, mi futuro cuñado, que viene con licencia á la corte, á trabajar su pase á Cuba, como efectivamente llegó y pretendía mamá que ya que tío Manuel no podía bajar á la estación fuéramos nosotras; ella, Juanita y yo á esperarle. ¡Qué te pareces!... ¡Tres señoras solas y por añadidura la madre de la novia yendo á aguardar á un hombre!... ¡Como es natural yo me opuse á tal disparatón!... ¡Nunca lo hubiera hecho!... Me puso como un reverendo trapo y no sé cuántas atrocidades me dijo. ¡Que si yo tenía muchos humos y quería mandar más que todos, y que si eso era dar lecciones á su madre y que nada tenía de particular que fueran á recibir á Pepe León!... No le faltó más que pegarme; chillando empezó á desnudarse, ya no salíamos y gracias á que Juanita estaba vestida bajamos á Recoletos, después de la trifulca y casi cuando iban á encender los faroles, como tú viste.

"No sabes lo que llevo llorado, Miguel mío; soy muy desgraciada; mi

madre no me quiere y cuando llegan estas ocasiones me conenzo más de su falta de cariño. ¡No me digas que no, por consolarme!... ¡Yo veo cómo se portan otras madres con sus hijas y la mía maldito lo que procura por mí!... ¡Por eso te quiero á ti el doble, porque sólo á ti tengo en el mundo que me comprenda y me haga feliz!... No sigo más, estoy violenta; escribiéndote á ti no concluiría nunca, pero no hay otro remedio que hacer punto. ¡No me olvides ni un instante; amor mío, y ya que no puedo pagarte de otro modo te pagaré requeteandote.

“Me voy á soñar contigo, y recibe un millón de besos de tu Lola. Dispensa la mala letra pero te escribo muy deprisa.”

Miguelito Cruz concluyó su lectura; en aquel momento, el catedrático, explicando la patria potestad echaba mano de toda su elocuencia académica, florida y pegajosa, para probar con un rimbombante período en defensa de la tutela de la mujer lo inmarcesible y sacrosanto

del amor de madre. Miguelito Cruz se guardó la epístola, cerró los apuntes y se sonrió con una sonrisa ex-céptica y helada.

JANIL

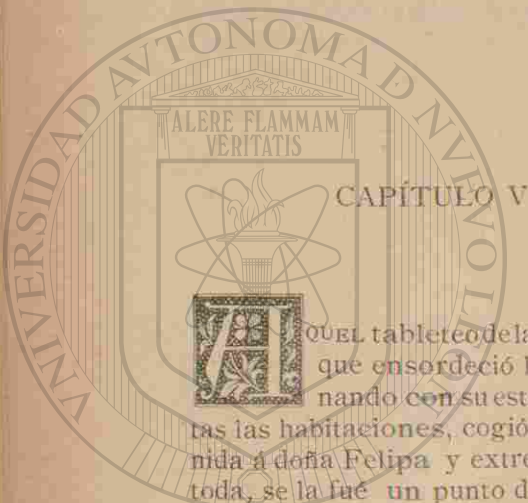


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



nita leía el folletín de *La Correspondencia* á la luz de la lámpara, sin que en su atildado traje se descubrieran el hilacho más mínimo que indicase que ayudaba á su hermana en su costura. ¡Es Pepe!... murmuró Juanita regocijada al escuchar el campanilleo. Se oyó descorrer el cerrojo y abrirse la puerta; luego chirrió cercano un ruido de espuelas que cesó detrás del portier y alzándose el cortinón apareció en el umbral la gallarda figura de Pepe, preguntando: ¿hay permiso?...

—¡Adelante!... contestó amablemente doña Felipa. Pepe entró, se cuadró delante de su futura suegra y haciendo el saludo militar exclamó con fingido respeto ¡á la orden, mi jefe!... Luego dió la mano á Lola y á Juanita; cogiendo una silla se sentó junto á ésta, y simulando pegarle un ligero papirotazo en la nariz, la dijo con cierto aire chulesco: ¡hola, chiquilla!... Juanita retiró la cabeza sonriendo y su madre respondió á la ocurrencia del mozo con un ¡qué bromista es usted!... en cuya frase se adivinaba cuánto le complacía el chiste. Lola calló pero cruzó



QUEL tableteo de la campanilla que ensordeció la casa atronando con su estallido de notas las habitaciones, cogióle desprevenida á doña Felipa y estremeciéndose toda, se la fue un punto de la calceta que hacía, calados los anteojos y sentada en su butaquita del comedor. ¡Qué demonio de hombre! murmuró la buena señora con acento gruñón, pero sin gran enojo, poniendo todo su cuidado en desenredar el revoltijo de la media. Lola, que repasaba la ropa de la semana, medio oculta detrás del enorme cesto del planchado rebosando enaguas y camisas, no pronunció palabra. Jua-

por sus ojos un relámpago y se inclinó sobre su costura para disimular el disparo de rubor que le encendió las mejillas.

Pepe León vestía su uniforme de comandante delanceros, que nunca abandonaba, so pretexto de que el militar no debe vestir de otro modo; pero según malas lenguas, porque siempre tenía empeñada la ropa de paisano. Propiamente no se le podía llamar bello al buen comandante, pero era guapo; carecía de la hermosura varonil, más ó menos perfecta, pero siempre algo ruda y descuidada, que es patrimonio del hombre, pero poseía en cambio, ese conjunto de atractivos á lo mosquetero que tanto seduce á las muchachas; ojos oscuros, llenos de osadías, y muy grandes; bigotes rubios y sedosos de guías punta arriba, en fuerza de cosmético, encantos que, combinados con la celeste guerrera y el pantalón rojo, una fama de afortunado en amores y un ruidillo de espuelas, son capaces de llevarse tras sí cuantos corazones de mujer se cruzaran en la calle. Pepe León andaría rondándole

á los cuarenta; pero los disimulaba á todo trance, á pesar de lo cual se veía de sobra que no le brillaba el cráneo por que fuese de pelo muy claro como él decía, sino porque las lagunas de la calvicie le habían tomado por suya la cabeza desde mucho tiempo atrás; entre sus compañeros no ocultaba que media dentadura era postiza, porque según su frase, no exenta de gracia, se le pasaron al enemigo una porción de dientes y andaba al presente mal humorado con ciertas arrugas profundas, que le empezaban á rayar la cara como los surcos de un terreno añoso y que le empujaban al empleo inmediato de viejo. En su rostro ajado y fofó, en sus pupilas fatigadas, en todo él se adivinaba al veterano incansable de las lides del mundo, jefe de carrera perpétuo de la escolta de S. M. Venus, y acaso y sin acaso condecorado con la cruz laureada de Santa timba y la medalla de la orden del vino; por lo demás conocíase en su continente que se pagaba de la figura y se cuidaba de ella; hablaba con afectación atusándose el mostacho; procuraba adoptar

maneras elegantes y de gran duque, confundiendo la desenvoltura con el desparpajo adquirido en el servicio y oía por igual á cuadria y á colonia.

En los seis ó siete días que Pepe León llevaba de vuelta en Madrid no había tenido tiempo aún de satisfacer del todo su ansia de charlar con la novia. Aquellos diez meses de ausencia, pasados con su regimiento en Barcelona, hasta que consiguió una licencia para la corte á fin de trabajar aquí su pase á Ultramar, exigíanle ahora un derroche de conversación, punto en el que era inagotable el comandante, poseedor de una lengua muy expedita. Hombre ligero y superficial, con algo de ardilla, para él constituía el sumo ridículo permanecer callado junto á una hembra y mucho más si se trataba de su amante, prodigándola toda suerte de lisonjas y hablándola con el lenguaje afectado y frívolo de la imaginación, impropio del amor, que es tartamudo. En seguida, pues, que dijo tres ó cuatro chirigotas, cortó con mucha maña la charla general y mientras Juanita la tomaba con la colcha

de hilo que traía entre manos, Pepe León empezó á mosconearla casi al oído contemplando como unía rosetas y rosetas con la aguja de hueso. Doña Felipa, sin interrumpir su labor, echaba de cuando en cuando su miradita á Lola y la hacía en voz baja alguna observación sobre los zurcidos con que tramaba los rotos de las prendas, sin que la muchacha replicase á semejantes consejos, desprovistos de la autoridad que presta el ejemplo. Al cabo, y no teniendo con quien hablar concluyó doña Felipa por dormirse y comenzó á dar cabezadas.

Así, juntos, disfrutando de cierta holgura y cotejándolos, comprendiase que la Providencia había traído á aquellos dos seres al mismo camino, para que se encontrasen y se uniesen por la ley de la afinidad como dos moléculas idénticas. La vista del hombre no alcanza á ver nada á cierta profundidad de la hondura de sima del corazón, vaya usted á saber lo que Pepe León sentiría por Juanita y si ardería en su pecho un apetito carnal al rojo blanco, abrasándole con su

lumbre de ascua, hasta el extremo de pensar en el matrimonio como un medio de satisfacer sus deseos, ó si reinaría en sus espíritus el dulce calor de ese cariño puro que es el sol de invierno de las almas honradas. Lo probable es que Pepe León alimentase un capricho inmenso y tenaz, aferrado á su voluntad rebelde, acostumbrada á saltar por toda suerte de obstáculos, que le dominaba y le hacía su esclavo, atarazándole con el incentivo de la posesión de la mujer y llenando toda su vida. Juanita á su vez quería al comandante sin parar mientes en la causa de su efecto: ni tomarse el trabajo de analizarlo; un día se vió requerida de amores por Pepe León, sedujéronla las estrellas, le halagó la idea de ser amada nada menos que por un jefe; ¡qué dirían sus amigas, las envidiosas de Jiménez só sobre todo! y alentada por su madre á no despreciar semejante partido, dijo-le que sí á su galanteador y aceptó sus relaciones. Pepe León, no se andaba por las ramas; á los quince días habló á Doña Felipa, solicitando su permiso para entrar en casita, y acompañarles

acompañarles además siempre que salieran, probando así que sus intenciones eran rectas y que venía "con buen fin". Juanita rabiaba por lucir á su novio, porque se lo vieran al lado; antes de la visita oficial á su madre, ya ella le había iniciado la respuesta, y como la misma señora no deseaba otra cosa, el comandante obtuvo la venia apetecida. Después, su desenvoltura, su carácter alegre, todo luz, el relato de sus hazañas militares, la generosidad que le distinguía, sus magníficos bigotes rubios y su apuesto continente, la encalabrinaron la cabeza y llegó realmente á prendarse de su lancero; la impudicia de él la subyugó; dotada de un talento natural bastante claro, en seguida comprendió que se las había con un calavera y la sedujo la idea de tenerle rendido á sus pies y de llamarle suyo. Jamás se tomó la molestia de considerar el peligro que entrañaba el unirse con un hombre semejante, ni le pasó por el magín el que un día, satisfecho su apetito carnal y apagado el fuego voraz que le consumía, tirase otra vez la oveja hacia el monte. El

lujo, la categoría, el brillo, todo el porvenir de esplendores de que gozaría junto á su esposo, el ser en un mañana cercano una de tantas en el remolino de oro de la sociedad, la llamaban con invencible voz de sirena, y dejándose llevar por la visión tentadora, la alargó los brazos sin mirar que iba avanzando por los bordes resbaladizos del abismo. ¡Bah!... ¡De casado sentaría la cabeza!... ¡Su misma madre se lo decía!... ¡Todos los hombres la corren!...

Se completaban; ella, acaso por instinto, tal vez por cálculo, comprendiendo, con su sagacidad de mujer que su defensa era ser siempre deseada; que el fruto que se codicia eternamente es el que devoramos con los ojos y al que sólo alcanzamos con las yemas de los dedos, mostrábase apasionada, impetuosa, ardiente, pero parca, comedida y sobria; inyectábale, por decirlo así, sus caricias en dosis homeopáticas, pero cuando parecía próxima á entregarse y á ceder, se recobraba de pronto, como la gata que se deja palpar el dorso y saca inesperadamente

las uñas. Con tal conducta, excitado y repelido, él, el hombre de piedra, que tantas favoritas había sacrificado á su capricho, siguiendo su marcha de triunfador, sin cuidarse de sus víctimas, sentíase ahora débil y vencido, con la docilidad del negro sujeto por el látigo, ante aquella muñeca endebles, de cuerpo de *biscuit*, de cara de niña y de cutis de seda, que le abrasaba con el chispeo de sus miradas y se le huía de las manos cuando creía tenerla cogida, mostrándole la felicidad como los relámpagos que con su fulgor instantáneo indican el camino, borrándose todo después en la noche.

Juanita y su novio cuchicheaban, moviendo un rumor de pitorreo de pájaros, al otro lado de la mesa, y hundidos en la sombra; toda la luz de la lámpara iba á dar de plano sobre doña Felipa y de esta suerte no perdían ellos ninguna de sus actitudes mientras la buena señora, al despertar, llenándose bruscamente las pupilas de resplandores, apenas si distinguiría á los dos amantes envueltos en la pe-

numbra; ya sabe el amor lo que hace. Lola se cansó de coser y arrebujaando las prendas las guardó en el cesto, luego se fué de la habitación, miró al salir maquinalmente á los novios, y con un arranque brusco volvió la cabeza hacia otro lado y se le agolpó la sangre á las mejillas. Juanita había suspendido su labor y jugaba con el ovillo de hilo botándole suavemente en la mano izquierda, mientras Pepe León, clavándole en las propias pupilas un rayazo de fuego de las suyas, la tenía cogida la mano derecha al amparo del tapete y se la estrechaba hasta causarle daño. Lola desapareció con pres-teza; doña Felipa roncaba; en cuanto se vieron solos, todo lo que á él le hervía dentro se le agolpó á la boca; pegó los labios en la blanca mano de su novia sin dejar de acechar á doña Felipa y estalló el beso suave y contenido, que apenas produjo el ruido de un aleteo, para que la digna señora no despertase. ¡Que viene mi hermanal, murmuró de pronto Juanita, apartándose asustada y tornando á su colcha; el comandante se apartó refunfuñando

y Lola entró de nuevo en el comedor con un libro debajo del brazo, y tropezó adrede en una silla para que doña Felipa sacudiera la modorra que le soldaba los párpados. Doña Felipa se enderezó de repente, tomó por instinto la media, poniéndose á trabajar con afición, como si quisiera desquitarse, y sin darse cuenta moduló un bostezo que no llegó á su grado máximo, gracias á que Lola, que se había sentado á leer allí junto, la tiró del vestido diciéndola en voz queda:—¡Mamá, por Dios! El bostezo murió en una mueca y no pasó de un leve gruñido, y la buena señora acordándose entonces de los novios, les asestó una mirada todavía turbia y soñolienta. El comandante, al notar que era observado, se encaró con doña Felipa, y entre afectuoso y burlón, exclamó columpiándose en su asiento:

—¡Vamos, que no lo ha echo usted malo, señora mía!...

—¡Se equivoca usted!— contestó ella esforzándose en contener los desprecios de las quijadas.—¡He oído cuanto hablaban ustedes!... ¡Pero como una

se levanta tan temprano, me quedé un poco traspuesta!...

El comandante se sonrió y á pique estuvo de replicar: ¡valientes orejas!... Pero guardó silencio, y Juanita fué la que añadió sin cesar en su teje maneje:

—¡Siempre dices lo mismo, y luego pareces un órgano!...

Todos se echaron á reír, incluso la propia doña Felipa, y Lola remachó el asunto exclamando:

—¡No sé por qué no se acuesta, sabiendo que yo no me recojo hasta las once!...

Es de suponer que Pepe León se alegraba para sus adentros de la terquedad de su futura suegra.

En esto se le antojó al reloj de pared dar la hora, y contando doña Felipa los timbrazos en voz alta, exclamó al perderse el último en el aire:

—¡Las nueve!... ¡Ya no tardará en venir Demetrio!

Tal anuncio obscureció el rostro de Pepe León con la sombra de una nube, y trocándose su cara en una pura interrogación, preguntó disimuladamente á su novia:

—¿Quién es Demetrio, tú?...

—¿No te acuerdas?...—replicóle Juanita.—¡El tendero de telas de la calle de Postas, que pretende á mi hermana!... ¡Aquel bajito, feucho!... ¡Si lo conoces!...

—¡Sí, sí!... ¡El amo de aquel comercio que hacía hondonada!...

—¡Ese mismo!...

—¿Pero tiene relaciones con Lola?...

—¡No; pero los jueves y domingos viene, como amigo, de tertulia, y hoy es jueves!...

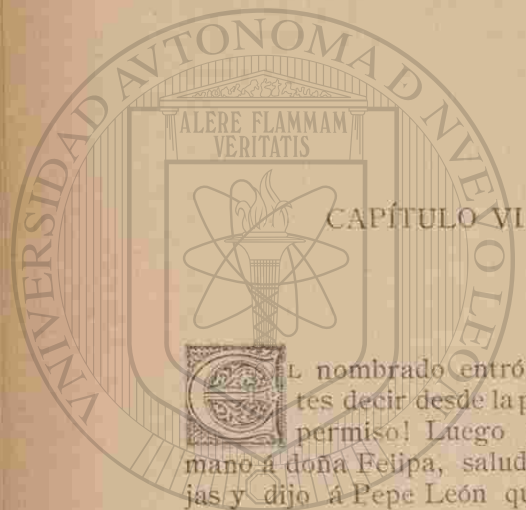
Juanita y Pepe León hablaban por lo bajo. Poco después repiqueteó de nuevo la campanilla y doña Felipa exclamó desde su butaca con el tono profético de un oráculo griego:

—¡Ahí está Demetrio!...



en seguida el hortera en la persona de Demetrio. La sonrisita de almíbar, aprendida detrás del mostrador en holocausto al dios público y las maneras cortadas, breves, un poco teatrales, le delataban; los santos y los tenderos tienen un ambiente que les descubre; por instinto esperábase al oírle hablar que dijese el precio ó la clase de una tela, y se le echaba de menos en la mano la vara de medir. Era, por ende, Demetrio el símbolo de lo vulgar. Ni aún en su falta de belleza ostentaba ningún rasgo típico; á veces una nariz descomunal ó un color cetrino dan á la fisonomía carácter propio. Sus ojos se parecían á todos los ojos; sus facciones no discrepaban en nada de las del resto de los hombres; podría haber pasado muy bien por hermano de todo el mundo, y para colmo de desdichas, si la cara alzaba tales puntos, el cuerpo, con sus brazos colgaderos y larguiruchos y las piernas tórtigas y flacas, completaba la histriónica figura del pobre diablo.

Por dentro era Demetrio como por fuera: liso. No había que buscar en sus



El nombrado entró, no sin antes decir desde la puerta: ¡con permiso! Luego tendió una mano á doña Felipa, saludó á sus hijas y dijo á Pepe León que se había puesto de pie. ¡No se moleste por mí! —¡no es molestia!— replicó el comandante. Doña Felipa intervino y presentó mutuamente á los dos hombres... ¡Don Demetrio López, uno de nuestros mejores amigos!... ¡Don José León, mi hijo futuro!... Cambiáronse las cortesías y apretones de manos, de rúbrica, y todos se sentaron...

Sin saberse su profesión venteábase

pupilas brillos ni resplandores; sus miradas no pasaban más allá de la crinolina y del madapolán. Cuidado que apenas llegaría á los treinta y cinco de edad, pero á no dudarlo sus pensamientos se hallaban en su cerebro como empaquetados y distribuidos en alguna anaquelera, y esto explicaba la carencia de todo arranque; en la fisonomía del buen tendero no se reflejaba el fulgor de fragua característico de las pasiones cuando las aviva y azuza la juventud, ni en su frente se vislumbraba el martilleo continuo de la voluntad en el yunque de la vida. Nada, era aquel un hombre sin tempestades ni aludes, un alma en las nieves perpetuas; charlaba no poco fuera del local del comercio pero sin alterarse en lo más mínimo; diríase que en vez de hablar despachaba ideas y palabras; entraba en lo posible que amase á alguna mujer, tan entraba que ya la quería y con firmeza y tesón, pero sin decirselo, silenciosamente, sin determinarse á saltar por encima de su extraña timidez, dejando hablar un poquito á los ojos y nada á la lengua. De que

no le había más bueno en el mundo no cabía sospecha, y sencillo, sin nubes, todo corazón y honradez se conservaba tan virgen y tan recto como cuando vino de las astúricas montañas á barrer la tienda de la calle de Toledo de Madrid, donde comenzó á aprender el arte del mostrador.

Demetrio llevaba en la mano un envoltorio que por la forma parecía una caja ó un libro, liado con la habilidad de dedos que denuncia al comerciante. En cuanto se sentó, desarrolló el periódico con que traía tapado el paquete y cuyo diario dobló cuidadosamente por instinto de clase, guardándolo en el bolsillo, y luego, tomando el tomo empastado oculto por el papel, se lo dió á Lola diciéndola con cariño, pero sin atreverse á dispararla una mirada.

—Aquí tiene usted la novela de Fernández y González que deseaba leer, para que vea que yo no me olvido nunca de mis amigas!...

Lola cogió el volumen replicando con cierta frialdad cortés, ¡muchas gracias!... y sin añadir una letra abrió el ejemplar y se puso á ver las lámii-

nas. Doña Felipa, á quien no se le iba ninguna, plegó las cejas con cierto encono y disimulando su iracundia exclamó cariñosamente para entibiar el hielo de su hija:

—¿Es usted muy bueno con nosotras, Demetrio, y ya sabemos que nos quiere de todas veras!...

—¿Puede usted asegurarlo, D.^a Felipa!... balbuceó algo cortado Demetrio.

Juanita y Pepe León callaban y hacían esfuerzos por no soltar la risa; ¡este hombre es tonto de remate!... pensaba el militar. Demetrio le miró casualmente y entonces, pareciéndole al comandante ridículo su silencio, exclamó aprovechando la coyuntura del libro para trabar conversación:

—¿Es usted aficionado á la literatura?...

—¿Quién, yo?... repuso el comerciante ¡deliro por ella!... ¡Para mí el mayor gozo es leerme una buena obra!... ¡Sobre todo la novela histórica me entusiasma! ¡Mi autor favorito es Ortega y Frias! ¡Pero ya no se escribe como antes; eso se ha acabado; el gusto está perdido; yo recibo todas las

semanas dos ó tres cuadernos de publicaciones á que estoy suscrito y no lo he dejado ya por no quedarme con tomos descabalados!...

Demetrio pronunciaba con afectada pulcritud, soltando los ados y los idos sin comerse la d, ó sea sin la contracción que el uso autoriza, resultándole la dicción sumamente enfática. El comerciante hizo una pausa y luego siguió encarándose con Pepe León:

—¿Usted no conoce á Ortega y Frias?...

El comandante no entendió la pregunta y contestó con naturalidad:

—¡No señor, no lo he visto nunca!...

—¡Si no digo que usted lo conozca personalmente, sino sus novelas!...

El error cayó en gracia; todos se echaron á reir; el mismo Pepe León coreó las careajadas y exclamó después, soltando lo que se le vino á la boca tal como le pasó por las mientes:

—¡Ah!... yo creí que usted se refería al autor, ¡Pues no, no conozco nada suyo!... ¡Con esta vida azarosa de la milicia, qué se yo el tiempo que hace que no agarro un libro, y en mis años

de academia yo no leía más que á Paul de Kok!...

A Juanita no la gustó la confesión, porque se puso algo seria y sin duda debió advertirle de algún modo expresivo que no se deslizara, acaso arriándole un pisotón por debajo de la mesa, pues el comandante arrugó el entrecejo y miró á su novia como pidiéndola explicaciones.

Lola sujetó segunda vez la risa al oír la espontánea declaración de su cuñado venidero, y doña Felipa, tomando cartas en la charla, exclamó dirigiéndose al comandante:

—¡Pues es menester que sepas tú que Ortega y Frías es uno de los que mejor escriben hoy!...

—¡Escribían, mamá, que se ha muerto!... la interrumpió Lola yéndole á los alcances para remediar en lo posible las que soltara...

—¡Bueno, mujer, lo mismo dá!... ¡Qué materialista eres!... ¿Usted ha leído, Demetrio, "El tribunal de la sangre"?

—¡Cuidado el interés que tiene esa obra!... ¡Si es que parece que le pasa

á una!... ¡Digan lo que quieran no hay siglo como el diecinueve!...

La mollera de doña Felipa se quedó, sin duda, satisfecha de la frase, pues la señora interrumpió su charla un momento atajando un punto que había dejado escapar en su éxtasis. Como ninguno de los presentes se interesaba por la supremacía de tal ó cual siglo, dieron por sentado que el contemporáneo era el mejor, y mientras el comandante hacía incapié por reanudar su diálogo íntimo con Juanita, y Demetrio atisbaba á Lola, que le huía las miradas, doña Felipa continuó impertérrita, entrándose con la osadía de todos los cerebros dormidos por los andurriales de la literatura.

—¿Vamos á ver? ¡El *Quijote*!... ¿Ustedes han leído el *Quijote*?... ¡Yo declaro francamente que no he podido embestirlo!... ¡Es menester que sepan ustedes que aquello se le ocurre á cualquiera!...

Ninguno de los oyentes acababa de entender la obra inmortal de Cervantes; la luz del sol no llega nunca á ciertas simas. Sin embargo, Lola

recordaba muchas de sus escenas de cuando ejercitaba en el análisis en el colegio; después habíalo leído más extensamente aunque sin concluirlo, y si bien su carencia de educación literaria la impidió siempre apreciar del todo las grandes bellezas del libro, á su talento natural, dotado de una fuerza ingénita de observación, no había escapado la inmensa trascendencia del Quijote y admiraba, sin darse cuenta del por qué, lo que allí resplandecía, como los niños á quienes embelesa por instinto la llama. Así, pues, Lola fué la que replicó á su madre:

—¡Pues yo encuentro mucha verdad en el *Quijote*, mamá!... Mira que á Sancho se le ocurren unas cosas...

—¡Pues, hija como yo no soy una sabia como tú, confieso que me aburre!... ¡Luego!... No puedo; ¡vamos, se me resisten los términos que tiene... follón... hi... de pu... qué se yo cuántos más! ¡Es menester que sepas tú que eso es una indecencia!... ¡No le falta más que echar *silletas*!...

Todos rompieron á reír oyendo la ocurrencia de doña Felipa, que se

quedó tan oronda, soltando ella también una carcajada desmedida. Lola sin embargo, sólo se sonrió y se puso colorada, haciendo con disimulo una seña á su madre para que se reportase. Pepe León exclamó regocijadamente y con algo de chunga.

—¡Pero, doña Felipa, usted no reparó en la época en que se escribió ese libro!...

Doña Felipa se sentía orgullosa de su gracia, y juzgó oportuno insistir en ella; replicó, pues, riendo á gritos y con unas voces descomunales:

—¡Pues era una época bastante ordinaria!...

A Lola se le pintaba un gran disgusto y conocíasele la mala impresión que los disparates de su madre le producían, no ya por su calidad, sino por la complacencia con que los menudeaba, poniéndose en ridículo. Tenía doña Felipa una de esas risas fáciles y prontas prendidas á los labios con alfileres, que estallan con cualquier motivo, alborotadoras hasta avecindarse á la tos, brutales y oscuras, que son anejas á la falta de inteligencia y que revelan el

enrarecimiento de la masa encefálica; las personas que así se ríen, viven con los ojos tapados y no se conocen nunca.

Doña Felipa, lenguaraz de suyo y acostumbrada a no dejarse domeñar por nadie, hasta en la conversación pretendía sobresalir y era, por añadidura, de carácter alegre y chirigotero, y amiga de referir cuentos y chascarrillos. Incapaz, luego, de distinguir la risa de la educación de la hilaridad producida por la verdadera gracia, juzgábase ocurrente y chistosa, soltando con la menor coyuntura aquellas carcajadas y aquellas anécdotas impropias de sus años, y que desesperaban á Lola, tan discreta, tan comedida, tan pulcra y tan empeñada inútilmente en que su madre aprendiera una profunda máxima, de admirable enseñanza para la vida: la de saber callar á tiempo.

—¡A mí lo que más me incomoda del *Quijote*, dijo á esta sazón Demetrio, es el lenguaje antiguo! ¡Yo creo que deberían arreglarlo al castellano moderno y ganaría mucho!

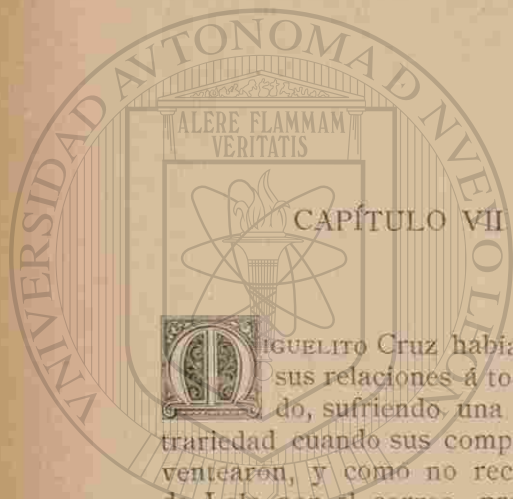
Demetrio se quedó tan á orondo con su salida, pero doña Felipa no se queda-

ba muy conforme y añadió de remate:

—¡Desengáñese usted, aunque la mona se vista de seda!...

Sin sentir se habían echado encima las diez y media de la noche; ya no quedaba tiempo para jugar una brisquita por señas, á lo que se mostraba grandemente aficionada doña Felipa. Don Manuel no tardaría en venir del café... ¡tac, tac, tac! ¡Ahí estaba! Acababan de sonar en la puerta de la calle tres aldabonazos! Entonces y "para no hacer bajar dos veces la escalera á la criada" despidiéronse los dos hombres, la sirvienta se adelantó con una vela en alto, encendida, siguiéndole Demetrio y Pepe León; todos tres se hundieron en la obscuridad de la escalera; á poco oyóse chirriar la llave en el portal, se escucharon en el silencio del sitio voces de personas que hablaban y luego se despedían, y por último repercutieron en los escalones las lentas pisadas de don Manuel que subía en pos de la muchacha, siguiendo su luz como viajero que se orienta en las sombras de la noche por el haz de reflejos de la estrella polar.





MIGUELITO Cruz había ocultado sus relaciones á todo el mundo, sufriendo una gran contrariedad cuando sus compañeros las ventearon, y como no recibía cartas de Lola por el correo, precisamente para que en su casa no extrañasen tal correspondencia, nada sabía su familia de estos amoríos. Miguelito Cruz era por temperamento formal y recogido; durante sus años de bachillerato, en los que sacó siempre las mejores notas, tenía pocos amigos, y apenas si gustaba de los juegos bulliciosos de la infancia, que son en los niños tan naturales como la espuma blanca en

las caídas de las torrenteras; su mayor gusto se cifraba en la lectura, de viajes sobre todo, empleando cuanto dinero recaudaba de padres y tíos en coleccionar las obras de Julio Verne, que constituían su embeleso; su madre le llamaba á Miguelito Cruz mi viejecillo. Llegó la edad de elegir una carrera; el muchacho no sentía inclinación determinada por ninguna, y cediendo á las instigaciones y deseos de su tío el juez de primera instancia de Salamanca, decidióse por estudiar Derecho, con la idea de ingresar en su día en la judicatura. El padre de Miguelito había cuidado de apartar siempre á su hijo de las compañías viciosas, y el mozo alcanzó sano de cuerpo y alma sus veintidós años, concluyendo lo austero de la educación de redondear aquel carácter sobrio y reposado de suyo, que tendía ingénitamente al aislamiento. Importa advertir que no existía en Miguelito Cruz ni el más leve rastro de romanticismo ni de floñez, ni el que se hubiera criado recogido y muy apegado al hogar, significaba que sólo brillase en su en-

tendimiento la faceta de candidez propia de las criaturas mimadas y consentidas. En primer lugar, su padre no le había cortado los vuelos; se limitó a arrancarle las plumas más largas de las alas, para que con el estrabismo rosado de los veinte años juveniles no se remontara más arriba de la atmósfera respirable y beneficiosa para el espíritu; su ingreso en la Universidad, el roce de sus compañeros, la mayor holgura de que disponía, su intuición avivada y esclarecida por aquella existencia más de mundo, le descubrió una nueva luz, que él no sabía de donde brotaba, pero que le arrasaba, fascinándole con sus rayos; entonces su corazón se vistió, por decirlo así, de largo, se abrió á aquel efluvio de vida, y puso su planta en ese pasadizo fragil de cristal que va de la adolescencia á la juventud, y que hay que atravesar de puntillas para no romperlo y despeñarse. Su genio poco comunicativo le salvó; no tuvo esos amigos imprudentes y prostituidos que enlodan todos los albores y de los cuales es tan difícil defenderse; un día se

dejó conducir por la visión incitante de la voluptuosidad al fondo de la sombra, gustó el placer, pero tuvo fuerzas para huir de los brazos de aquella diosa del lodo, que intentaba aprisionarle para siempre, y se impuso á la carne. Por entonces conoció á Lola, y su amor le purificó de nuevo, como esas corrientes de aire que ventilan las habitaciones viciadas.

Miguelito Cruz adoraba á Lola con todo el calor estival de los veinte años, y aunque ella le había ocultado meses y meses lo que en su casa acontecía, la tibieza de cariño que su madre le profesaba, el lugar secundario que le cabía en suerte en su hogar, llegó un punto en que el estudiante, coordinando frases sueltas, recordando tristezas no explicadas, *atando* lágrimas furtivas, vislumbró algo, y oyendo la voz instintiva de sus impresiones y el efecto que doña Felipa le producía, dijole una noche á su novia en la tertulia donde se hablaban:—¡Tú tienes disgustos con tu madre!...—Lola no pudo negarlo; la pregunta le cogió tan de improviso, que se le humedecieron los

ojos, faltando poco para que la concurrencia advirtiese su emoción. Entonces, apremiada por él, le confesó todas sus penas, á borbotones, haciendo esfuerzos gigantes para dominarse y aparentar que hablaba de cosas fútiles y apacibles. A partir de la confianza de Lola, el cariño de Miguelito Cruz cambió de cuadrante, y con ese afán romántico de proteger la desgracia, propio de las pasiones adolescentes, adquirió su amor la ternura paternal del pájaro por la cría. Si hubiera podido á esta sazón se habría casado en el acto, á cierra ojos, sin vacilar.

Lola y Miguelito Cruz se habían conocido en la tertulia de estos amigos de doña Felipa, á donde la madre iba con sus dos hijas todos los jueves por la noche; allí se hablaron los dos novios al principiar sus relaciones, doce ó catorce veces en junto, precisamente cuando menos lo necesitaban, en el período tímido en que la sabia Providencia ha establecido el usté, el paseo delante del balcón, la mirada desde la esquina, todos esos preámbulos adorables que dan tiempo á que el amor fer-

mente y se robustezca adquiriendo el vigor del vino añejo. Doña Felipa advirtió bien pronto el amorfo de Lola, y durante unos meses fingió ignorarlo, enterándose mientras de las condiciones de "aquel chico". Desde luego no le produjo buen efecto el que estuviese empezando su carrera, y le causó peor impresión el que no contase con otra fortuna que su trabajo y lo poco que le dejara su padre á partir entre seis hermanos, que no sería por cierto mucho, tratándose de un médico numerario del hospital. En estas el buen Demetrio, en cuya tienda compraba de antiguo doña Felipa, dejó traslucir el interés que Lola le inspiraba y comprendiendo la sagaz señora lo pronto y lo conveniente de semejante proporción, puso su veto á los amores de su hija con el estudiante, empezando por cesar de asistir en absoluto á las tertulias donde se veían.

Pero las relaciones de Lola y Miguelito Cruz no terminaron; cuando la pasión llega al deslumbramiento, es difícil extinguirla; los amantes se ven mutuamente espléndidos, se sienten

uno dentro de otro, y sus almas se funden de tal manera que es imposible señalar cuál corresponde á quién y separarlas. El estudiante no había amado nunca; Lola tampoco; la carencia de la tertulia que les alejaba y les impedía hablarse era la primera espina que les clavaba la adversidad; la idea de que ya no podrían dirigirse la palabra en lo sucesivo, les produjo ese ahogamiento que se siente al caer de la altura, pero sus corazones vírgenes, sin carecer todavía ni de una sola de sus ilusiones, no se dejaron abatir por el golpe y Lola no dudó un momento de Miguelito Cruz, y Miguelito Cruz se volvió á prometer á sí mismo el hacerla su esposa.



CAPÍTULO VIII

PARA dar una idea gráfica y redonda del carácter de doña Felipa baste decir que tenía las condiciones del agua; no hay nada tan turbulento ni tan dócil como una corriente que abandonada á sí misma se pierde y se malogra, y bien conducida fructifica el terreno por donde pasa. Doña Felipa, con su cortedad de alcances, con su negrura de entendimiento, con su falta de educación, era en el fondo buena pero llevaba en su propio genio su mayor enemigo. Diós, que nada deja en el aire, viendo la pujanza del torrente le puso por va-

lle la roca y casó á doña Felipa con un hombre enérgico y viril, de luminoso talento y voluntad inflexible, que supo imponérsela y se la impuso, llevándola á dominar con la fuerza hipnótica con que los caracteres de hierro subyugan á los espíritus tornadizos una vez que éstos se convencen de su impotencia ante la impenetrabilidad de quien las enfrena. Pero doña Felipa quedó pronto viuda, se encontró libre y con dos niñas cuando más necesitaba material y moralmente de su esposo, y el edificio, privado del puntal que le sostenía, se desmoronó.

El marido de doña Felipa, empleado en una casa de banca, no había podido dejar á su familia viudedad ni orfandad de ninguna clase con que defenderse de la miseria. Pero el buitre del hambre no llegó á clavar su garfa de fiero en las tiernas carnicitas de las pobres criaturas y don Manuel, el hermano de doña Felipa, un solterón renganchado que tenía de sobra con sus veinte mil reales como oficial de Hacienda, se hizo cargo de todos, y el cuervo de la desgracia tendió su vuelo

á buscar otros chicos sin padre por los quicios de las puertas, y en las noches de invierno.

Pero el hermano no era el marido. Don Manuel puso en manos de doña Felipa las riendas de su casa, abrióle su bolsa para que nada les faltase á ella y á sus hijos, quiso mucho á sus sobrinas y nada más; teniendo madre, á ella le competía la educación de las criaturas, doña Felipa no podía dar sin embargo de lo que no poseía: la luz no surge jamás de las sombras y las niñas crecieron, crecieron como eran, con su natural bueno ó malo, al modo de los árboles sin cultivo, y llegaron á mujeres, perfectamente vírgenes del cepillo de carpintero de la educación; la que tenía sinuosidades y asperezas en el alma con ellas se quedó y con ellas siguió viviendo, sin que nadie se ocupara de arrancarles del corazón las ramas malas de la vanidad, de la envidia y de la soberbia. Pero por achaque harto frecuente, las dos hermanas resultaron distintas y antagónicas en absoluto. Lola se parecía más á su padre; Juanita por el con-

trario tiraba á su madre y era por fuera y por dentro un retrato suyo, y dejándose llevar cada una de las corrientes magnéticas de la simpatía, Juanita y doña Felipa se encontraron semejantes y se unieron, Lola se echó hacia atrás, y se aisló por instinto al verse sola y de esta suerte nació el desequilibrio en la familia.

La identidad de temperamentos é inclinaciones entre Juanita y su madre acabó de echar á perder á ésta en lugar de favorecerla; sintióse robustecida al verse secundada, despertósele una vanidad grande que no era sino un reflejo de la de su hija, y la herpe del lujo apareció un día en la epidermis del espíritu de las dos mujeres. Pero los veinte mil del hermano no daban mucho de sí y precisaba el hacer economías para sostener el presupuesto novísimo. Doña Felipa se encargó de obtener la aquiescencia de don Manuel, ordenador general de pagos de la casa, y con su astucia femenina, comprendiendo que de sopetón sería imposible conseguir nada, desechó la sangría optando por el acónito; poco

á poco le fué metiendo á su hermano en la cabeza la necesidad de que las niñas, al menos Juanita, la mayor, vistieran con el decoro propio de su clase; expúsole que ya estaban en edad de buscarse una proporción que asegurase su porvenir y que no podían vestir por tanto como unas hospicianas, y tan buena maña se dió que logró al fin salirse con la suya. Don Manuel no tuvo la energía que el marido; por el mismo desamparo de su hermana y de su sobrina se creyó más obligado á ceder y se perdió.

No aumentando los ingresos y si los gastos, no había otro remedio que atacar á la comida; la pitanza se redujo á lo extríctamente indispensable, guardándole á don Manuel una consideración extremada; respetó doña Felipa el principio de su hermano, aunque reduciéndolo en cantidad y en calidad, y desde entonces empezó para éste el reinado de las sardinas y de la salchicha, alternando; en tiempo de fresco poníale un cuarteroncito de salchicha, y en el resto del año tres sardinas, comenzando lo uno cuando se acababa

lo otro. Don Manuel veía tales miserias, y tres ó cuatro veces protestó de semejante tacañería, consiguiendo sólo que le aumentaran otro trocito de embutido, lo que no le satisfizo, pues no pedía para él solamente sino para todos; pero doña Felipa le abrumó á consideraciones sobre lo caro de la vida en Madrid, trató de justificar el empleo de los fondos confiados á su custodia, la tomó, por último, por la dignidad, mostrándose lastimada con aquella censura tácita de sus actos, que equivalía á una patente de mala administradora, y como siempre y haciéndole ver lo blanco negro, concluyó don Manuel por darle una satisfacción y casi casi por animarla á que persistiese en sus propósitos hasta llegar á la dieta absoluta.

Fuera de la cocina, que corría á cargo de una mala criada de á cuarenta reales, suficiente para lo que allí había que guisar, todo el arreglo de la casa pesaba sobre Lola, que no se daba un momento de reposo; ella atendía á la limpieza; ella repasaba la ropa de la semana; ella, con su habilidad

ingénita, desbarataba y reconstituía sus vestidos y los de su hermana, perfeccionándolos á la moda, y ella ideaba la manera de adornarse sombreros y capotas, con lazos y plumas de otros casquetes, pero con una elegancia tal que siempre parecían recién comprados. Todo este cúmulo de cosas descansaba en los hombros de Lola, sin que Juanita se dignase ayudarla nunca, como no fuera para coser en las composturas de trajes, y para eso en las propias prendas; bien es cierto que todo el tiempo lo necesitaba para cencerrear en el piano, cuyos estudios seguía en el Conservatorio con la pretensión de obtener el título de profesora. La música, pues, le ocupaba á Juanita la mañana entera en preparar la lección; luego se iba con su madre á cátedra por la tarde y ya en la calle, "lo aprovechaban", como decía doña Felipa, para hacer las compras necesarias y las visitas que debiesen á sus amigos. Doña Felipa era incapaz de ayudar á su hija en lo más mínimo; su condición regalona no se prestaba á grandes fatigas; en cambio, como to-

das las personas ineptas, gustaba sobremanera de criticar y censurar y de meterse en cuanto hallaba á mano, entendiéndose ó no del asunto. De tal suerte y con especialidad en el trueque de trajes con arreglo á las últimas prescripciones del buen gusto, abrumábale á Lola con extemporáneos consejos, proponiéndole los figurines más descabellados y las modas más cursis; como era natural, Lola rechazaba semejantes ingerencias, en cuyos lances acaso los únicos de su vida, contaba siempre con el apoyo de Juanita que no podía menos de reconocer la superioridad de su hermana en estas materias. Entonces se enfurecía doña Felipa, juntaba las cejas, que en ella era la señal suprema de la cólera, y se pasaba seis ú ocho días sin dirigir la palabra á sus hijas, pero incomodada más hondamente con Lola, acaso porque Lola dirigía el doméstico obrador, acaso porque siendo á la que menos quería, le duraba más tiempo su resentimiento y le ulceraban más su amor propio exagerando las observaciones que ella le hacía.

Lola era de natural manso y apacible y soportaba pacientemente su desdicha, procurando agradar y suavizar asperezas y conformándose con su suerte, sin que se la oyera quejarse nunca. A veces, muy pocas, faltábale la calma; cualquier injusticia ó cualquier respuesta soez le revolvió todo aquel limo de amargura, todo aquel fondo de pantano, que su madre y su hermana le creaban en el pecho un día y otro con su conducta; y sin poder contenerse se encaraba con ellas, con la violencia de los caracteres tímidos cuando se enfurecen y abren al fin un cráter á la lava de sufrimiento hasta entonces contenida. Siempre estas disputas solían ser motivadas por doña Felipa, y como Lola acostumbraba á callarse, cuando se defendía acusábale su madre de intransigente y dura y aunque la niña tuviese razón, empeñábase la tozuda señora en pasar por víctima. Pero, por regla general, como Lola sufría en silencio y cedía, daba pocos pretextos á la lucha; dotada de un amplio espíritu, perdonábale á su madre el que se llenara la boca ala-

bando las disposiciones artísticas de Juanita, sin tener una palabra de elogio para ella; libre de la lepra de la envidia, no le dañaban ciertos detalles mezquinos: como el que la vistiesen con lo que su hermana dejaba de usar, comprándole ropa nueva en rarísimas ocasiones; y de tal suerte, si no enteramente venturosa, vivía casi feliz con la felicidad triste y dulce de la resignación.

Lola era la sobrina favorecida por don Manuel; el carácter reposado de éste no compaginaba con el callejeo y las locuras de Juanita y doña Felipa, y gustaba mucho en cambio de la quietud y del juicio de Lola, además don Manuel sentía por la niña, no sólo el cariño nacido de la inclinación, sino un profundo afecto originado por la gratitud. Doña Felipa, sin dejar por eso de querer á su hermano, tratábale con cierta brusquedad fraternal rayana en el despego, y Juanita le consagraba una atención muy superficial y subordinada á las teclas y á los pinguos. Algunas veces, en los momentos de desmayo de la vida que tiran de

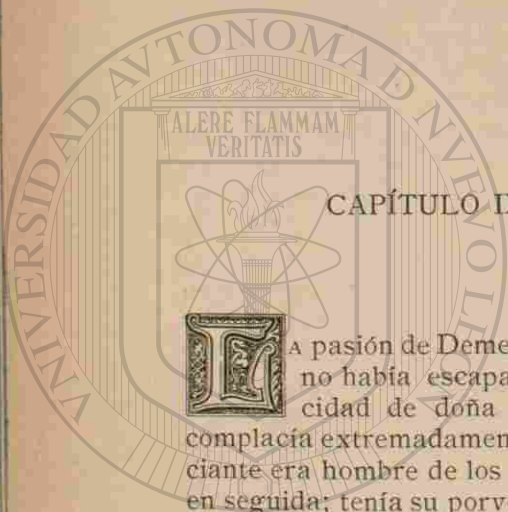
nosotros al abismo, pensaba don Manuel en el proceder ingrato de su hermana y de su sobrina, pero no podía abandonarlas; al fin poseían su sangre y las amaba; había que dispensarles sus defectos; en el fondo no escondían maldad; que eran así... y el recuerdo plácido de Lola concluía de llevarse tales pesimismo como el viento del Norte arrambla con las vedijas de los nublados. Lola cuidaba de su tío con un esmero exquisito, le regañaba como si aún estuviera jugando con la muñeca; atendía á todos sus caprichos de viejo, respetándole los achaques de la edad; habíale cogido el tino y estudiado los gustos para que nada le faltase; le adivinaba los pensamientos y desviviéndose por complacerle, se hallaba el pobre señor de modo tal bien asistido y tratado y no carecía de ese mimo sutil que tanto place á la senectud, inundándole el alma, cansada de una placidez perpetua de mediodía. Don Manuel á su vez, no permitía que nadie más que Lola le asistiera; distinguíala sin rebozo, la obsequiaba frecuentemente y la adoraba con una

adoración paternal. Este afecto entrañable no concluía de agradar á doña Felipa, intoxicada por la envidia; pero era impotente para contrarrestarlo y se limitó á tildar de ñoños al hermano y á la hija, sin comprender la intensidad de su ternura.

Lola no había querido nunca, hasta el presente, á ningún hombre. La inesperada revelación de su amor la deslumbró con el chispazo de un relámpago; su vida continuó siendo la noche perpetua; pero ya tenía el alma llena de resplandores. Un día Miguelito Cruz la declaró su afecto; ¡ella, siempre menospreciada y desatendida en un nido sin calor, verse amada!... ¡Parecióle mentira! ¡Dios se compadecía de ella! ¡Tener una madre y no poseer su sonrisa es una desgracia inmensa, un golpe avieso que descarga la naturaleza por la espalda!... La sonrisa del novio vino á iluminar con su haz de luz aquel corazón cuyas sombras no borró jamás el reflejo bendito de la sonrisa materna... ¡Al fin, tras de tantos turbiones que le escaldaron las mejillas con la llovediza de gotas de las tor-

mentas del alma, al fin lloraba una vez de felicidad!... ¡Qué hermoso es el llanto de la dicha!... ¡Miguelito Cruz era buenísimo, la adoraba, sabía decirle unas cosas!... Todo lo que ella echaba de menos en su propio hogar lo llevaba él escondido en el corazón... Lola comprendió que empezaba entonces á vivir, dióle gracias á Dios con una fe profunda por aquel amanecer, y se refugió en el amor de su novio, con el ansia con que los pájaros nuevos buscan el nido en la primera volada al verse solos en el espacio. Por suerte de Lola tropezaba con un espíritu diáfano y recto, como el de Miguelito Cruz, y podía ampararse de su cariño sin el peligro que corre la mujer en estas crisis de la vida, de enlodarse las alas para siempre.





CAPÍTULO IX

LA pasión de Demetrio por Lola no había escapado á la sagacidad de doña Felipa y le complacía extremadamente. El comerciante era hombre de los que se casan en seguida; tenía su porvenir asegurado, y no mal asegurado, pues la tienda de la calle de Postas, acreditada de antiguo y siempre llena de gente, le daría muy buenos sportillos de pesetas; mejor proporción no podía salirle nunca á una muchacha que sólo contaba con un par de ojos negros, el día y la noche. Estas consideraciones no carecían, á la verdad, de fundamento; pero en el fondo no latía sólo el deseo

desinteresado y puro de una madre que sueña con la felicidad de su hija; el egoísmo, la idea de quitarse cargas y cuidados de encima impulsaba también á doña Felipa, y en prueba de ello lo que más la seducía de Demetrio era el poseer ya su medio de vivir, y por tanto, el estar en condiciones de contraer matrimonio en el acto. Nada de analizar caracteres, ni de pararse en cotejar genios ni de estudiar los puntos de contacto que existieran entre Demetrio y Lola; poseía él un buen capital y bastaba.

Esta ligereza de apreciación de doña Felipa era, ni más ni menos, una de tantas facetas de su carácter superficial é inconcebible. De sobra le constaban á ella, por personas veraces de respetable crédito, las circunstancias que atañían á Pepe León; sabía su pasado borrascoso y su historia nada favorable en punto á formalidad y medida; le constaban las aficiones mujeriegas y dilapidadoras del mozo; pero gastaba en la bocamanga de la guerrera las dos estrellas de comandante, y no se requería más para ella; Juanita

le haría sentar la cabeza; el que no la corre antes, la corre después; sobre que nada de particular tenía que todo fuera una pura calumnia de sus amigas, envidiosas de la suerte de Juanita. Y de aquí no había quien apease á la buena señora, que con la brutalidad que le cegaba los ojos no veía lo expuesto de jugar con la llama, el peligro de confiar una hija á un libertino.

De la misma doña Felipa había partido la idea de que se reunieran los jueves en su casa, y ella en persona invitó al comerciante á echar una brisca y una parrafada todas las semanas, allanándole así el camino y descubriendo en parte el gozo que le producía el sentimiento naciente en Demetrio. Aquello era algo más que indiscreto, indigno; la madre descendía desde su pedestal y se rebajaba hasta el extremo de salirle al encuentro al galanteador de su hija, en vez de esperararlo en su sitio; pero doña Felipa no entendía de semejantes distingos; dió un paso tan expuesto con la mayor naturalidad, y le pareció muy bien; ella le llamaba á esto franqueza. Jua-

nita, consagrada á su comandante, ni se enteró del hecho; pero Lola, que no tenía nada de tonta y que ya había advertido los halagos de Demetrio cuando iban á la tienda, y las miradas de él, contenidas por su condición tímida, llevó muy á mal la invitación; y le costó una sofoquina tremenda y un disgusto grandísimo; sin embargo, no era posible retroceder, y hubo de conformarse á la fuerza con las tertulias semanales.

Mucho tiempo hacía que Demetrio amaba en silencio á Lola, guardando oculta cuidadosamente su pasión con el misterioso celo con que una vestal escondería el fuego sagrado. Aquella parroquianita tan juiciosa tan aplicada, tan sesuda, poseía una gravedad encantadora que contrastaba con sus años floridos; nada hay tan interesante como un rostro joven sombreado por algo de viejo, que da un aspecto de simpática formalidad á la fisonomía. Todas estas condiciones de Lola entusiasmaban á Demetrio, que soñaba en sus adentros con ver á la niña al frente de sus negocios, regentando la

tienda y siendo el alma de aquel hogar apacible y suave como las piezas de raso de sus anaqueles, y en el que no habitaba la ambición ni repercutían más rumores que los crugidos de las telas al ser desgarradas por los dependientes. Pero las pretensiones de doña Felipa, el lujo de que alardeaba y el desdén con que le había oído hablar de los horteras, en las múltiples veces en que la buena señora soltaba la lengua imprudentemente, sin medir sus palabras, cerraron los labios á Demetrio, empeñado, en su modestia, en empequeñecerse. El buen comerciante luchó con todas sus fuerzas por ocultar lo que sentía; pero sus pensamientos se le escaparon sin notarlo por los ojos, y cuando él creía encontrar una oposición terrible en doña Felipa, se halló con que la buena señora, lejos de rechazarle, le distinguía con sus deferencias, poniéndole cara de pascua y llevando su amabilidad hasta invitarle á que fuera á su casa todos los jueves por la noche. El agua permaneció nivelada y quieta hasta que descubre el más mínimo agujero por donde mar-

charse; la voz de la esperanza, que á él se le antojaba enmudecida para siempre, le gritó de pronto, animándole á persistir en sus propósitos; secundado por la madre, no se le figuró imposible conseguir algún día el que aquella Lola fuese su mujercita, y así como antes, huyendo su temperamento apacible de la lucha, y repugnándola con la aversión del ciervo que prefiere la huida al combate, no dijo una palabra de su sentimiento, ahora espoleado por la ayuda que presentía y venteaba en la madre, se propuso hablar á Lola, y sin precipitarse, sin extremos, sin arranques dramáticos, de que era incapaz, exponerle sus pensamientos y ofrecerle su amor, y con él cuanto tenía.

Desde entonces acechó Demetrio todas las ocasiones que se le ofrecieran para hablar á solas con la muchacha; expió continuamente á doña Felipa y á sus hijas, fingiendo encontrarlas por casualidad en el paseo é incorporándose á ellas, con el fin de echar delante con Lola; otras veces les acompañó desde la misma casa, y aunque la

niña, tratando de esquivar la declaración que la amenazaba, huía de él, procuraba no ponerse á su lado, y evitaba toda suerte de oportunidad á que pudiera su galanteador aferrarse, á lo mejor cualquier circunstancia imprevista la colocaba á tiro de frase de Demetrio, y con tiempo y ocasión de oír á la fuerza cuanto le placiese decirla. Pero lo que de lejos le parecía al comerciante tan fácil y hacedero, trocábase de cerca en un obstáculo invencible; el grano de arena se convertía en montaña; sucedíale que llevando intención decidida de confesar su pasión á Lola, se le ataba la lengua en el momento crítico; todas cuantas frases había pensado, para soltarlas, se le borran de improviso de la mente como las cifras trazadas en la pizarra que se lleva la esponja húmeda; no se acordaba una letra de la declaración repetida hasta aprenderla de memoria, y desaprovechando coyunturas magníficas, caminaba una calle entera, verbigracia, junto á Lola, sin ocurrírsele nada ni saber por dónde empezar su confesión. Y cuidado que doña Felipa, coad-

yuvando al mismo fin, se distraía de una manera *horrorosa* y no le interrumpía jamás por no cortar sus confidencias. Para la buena señora, cuantas tardes salían acompañadas de Demetrio, se le antojaban la escogida por éste para declararse; pero al dejarlas en la puerta de su casa el semblante triste y aburrido del comerciante le indicaba á doña Felipa que aún no había volcado el costal de sus cuantas en los oídos de Lola. Demetrio se convenció de que jamás rompería el témpano de hielo de su timidez, y varió de sistema, pensando en la pluma.

Pepe León seguía yendo de noche á casa de su novia; Lola hacía compañía hasta las nueve, á cuya hora se recogía, quedándose los amantes punto menos que solos, puesto que doña Felipa comenzaba á cabecear y concluía por hundirse en un profundo sueño. Una noche, precisamente de jueves, el comandante se retrasó mucho y llegó cuando todos estaban ya reunidos; Pepe León traía un rostro alborozado y resplandeciente; por cada

poro del cutis le asomaba el reflejo de estrella de una buena noticia; entró despaciosamente, con premeditado reposo; complacióse en prolongar la curiosidad que se pintaba en todas las caras, y luego, sentándose en su sitio, se desabrochó la guerrera, sacando un sobre grande del bolsillo interior de la prenda, desdobló un oficio, que fué corriendo de mano en mano, y encarándose con doña Felipa la dijo atropelladamente:

—Participo á usted, ilustre señora mía, que hoy, como prueba este documento, he obtenido el pase á Cuba con igual categoría que la que aquí disfruto.

A doña Felipa se le encendió la cara, soltó la media, calóse sus anteojos y la emprendió con el oficio, ansiando leer aquellos garrapatos, que simbolizaban la felicidad. A Juanita le produjo la buena nueva la impresión de un martillazo; ya la esperaba, pero sin embargo, la aturdió, y experimentó un deslumbramiento, como si de pronto le hubiesen metido el sol en la cabeza. Aquel traslado á Ultramar equivalía á

la boda; con efecto, Pepe León, después de recibir los plácemes de todos se encaró con doña Felipa y la dijo:

—¡Ya lo sabe usted!... ¡Desde mañana mismo es preciso ocuparse en arreglar los papeles, porque tengo el tiempo tasado; Juanita es de Madrid, yo también; así, pues, creo que no habrá dificultades y que podremos tomaros los dichos la semana que viene!...

La conversación versó aquella noche acerca de la boda; discutióse sobre el carácter que se le daría, acordando celebrarla en familia; se convino festejar el acto de los dichos comiendo juntos, invitando á Demetrio al banquete, y por último, se le convidó con un puesto como testigo que él aceptó de buen grado, realmente porque tomaba parte, de corazón, en la alegría de todos y acaso pensando en que la comida podría darle ocasión oportuna para volcar sus sinsabores.





QUÉNDAME una cebolla!... ¡Añade agua á ese guiso!... ¡No tanto mujer!... ¡Qué poco tino tienes!... ¡No se te puede mandar nada!... ¡Echa aceite en la alcuza, que se ha concluído!... ¡Cuidado con verterlo en el sueto!... ¡Retíralo, retíralo!... ¡Ya manchaste las fosas!... ¡Quita, quita!... ¡No he visto criatura más animal!... ¡Sí, á buena hora mangas verdes!... ¡Ya es inútil que pongas la aceitera sobre un plato!... ¡Pásale un estropajo á la baldosa antes de que se concluya de empapar!... ¿Has apartado el arróz?...

¡Pero mujer, si te dije que lo quitaras de la lumbre!... ¡Qué pedazo de bestia estás hecha!... ¡Nada, que no se puede una fiar de nadie!... ¡Toma, toma, machaca esos ajos!... ¡Es que todas son igualitas, igualitas, no saben ni aún poner el puchero y ofrézcalas usted dos duros al mes cuando la que menos se deja pedir cincuenta reales!...

Y doña Felipa arrebatado el rostro por el calor del hogar, con el pelo tapizado de una nevada de chispitas de ceniza, dos ó tres chafarrinones negros en un carrillo y su gran mandil puesto, iba y venía del fogón á los vasares y de los vasares al fogón, entraba á la despensa, sacaba un jarro de agua de la tinaja, tomaba este cacharro, soltaba el otro, echaba en el almirrez los ingredientes de los guisos para que la chica los moliera, graduaba el punto de los platos que hervían al fuego y atendía á todo á la vez, con un gran dominio de lo que hacía y sin cesar ni un instante de denostar á la criada, y de tildarla de bestia y de zopenco sin que la sirviente, dotada de una prudencia que el ama hubiera

querido para sí, replicase palabra á su señorita. La cocina, de ordinario tan apacible, acostumbrada sólo al humillo del aceite al freir los huevos del almuerzo y habituada á no ver sobre los azulejos del fogón más que patatas para los guisos y la cazuela con los garbanzos en agua, por la noche, estaba desconocida con aquella invasión de comestibles; extrañando el humo inopinado de tantos pucheros y cacerolas había sido preciso abrirle la ventana del patio para que se le pasase el ahogo, y queriendo que las demás habitaciones de la casa participasen de su dicha, llenaba el pasillo de un humazo picante que se colaba hasta el comedor. Los cacharros participaban del mismo asombro que las paredes y se mostraban vacilantes y aturridos; el exbote de sardinas, depositario ahora de la sal gorda se daba de coscorrones, sin querer, con el del pimientón, al hallarse ambos sobre los azulejos del hogar; el jarro de la tinaja sentía mareos de tanto bajar y subir por las obscuridades de la enorme vasija y la cuchara de palo, echa á espu-

mar modestamente la olla, pugnaba por esconderse, avergonzada de toda aquella aristocracia de merluza, de ternera y de jamón que se condimentaba al fuego en las panzudas cacerolas, absortas de que alguna vez las hubiesen descolgado del tabique donde relumbraban cubiertas de polvo. Las dos hornillas, atestadas de carbón, resplandecían con un fulgor rojo, como si por dentro atizase la lumbre algún ciclope, y se oía el hervir de peroles y cazuelas, abrasadas por el calor de infierno con que las ascuas golpeaban sobre el vientre de los cacharros, para hacerles huir de aquel sitio y dar escape á los ramilletes de chispas que la sirvienta les arrancaba con el soplillo. Por todas partes se distinguían cuchillos, cucharas, espumaderas, películas de ajos, montones de patatas, ramas de laurel; allí el plato de la harina, aquí la lata de las anchoas, allá la lechuga, en la mesa el tocino para mechar la carne, la masa amarilla de la mayonesa, la pasta destinada á las cocretas y á los rellenos, los bizcochos de las natillas, en los vasares un re-

voltijo de chismes; por donde quiera que se mirase, la aglomeración y el desorden de las muchas cosas; algo del aspecto de los ejércitos abigarrados y heterogéneos de Jerjes. Sólo en un rinconcito, solitaria, olvidada, triste, sintiéndose extraña é importuna, la olla de los garbanzos presenciaba apenas tanta alegría...

Aquella no era tarde de cocido; por la mañana habíanse tomado los dichos Juanita y Pepe León, y como la oficina de don Manuel impedía el almuerzo en familia, so pena de haberlo hecho antes de ir á la calle de la Pasa, lo que "no pegaba ni con cola", según frase de doña Felipa, festejarían el suceso comiendo todos juntos á las siete de la noche, en cuya hora regresaba del Ministerio don Manuel. La buena señora alardeaba de guisandera, y Pepe León, que conocía de otras veces las manos de doña Felipa para cocinar, fué el primero que propuso encargarle á ella del programa y de la elaboración del banquete doméstico, con la condición inexcusable de que hubiera natillas en el festín. La idea fué apro-

bada unánimemente; doña Felipa aceptó la misión, sin tratar de excusarse, ni siquiera por fingida modestia, sino alabándose, por el contrario, y hasta vociferando que se las apostaba con la mejor cocinera, y que en Madrid no sabían hacer nada sino á fuerza de aceitazo. Este día acompañó ella á la criada y se encargó de la compra, y en cuanto vinieron de la Vicaría se metió en la cocina, liándose "como una fiera" con el fogón y los cacharros que si hechos al modesto cocido, habían de probar que servían también para comilonas delicadas y de etiqueta.

Un reloj de pared dió las cinco de la tarde vibrando en el patio el débil *tintineo* de los alambres golpeados por el martillo; á poco contestóle con sus lentas campanadas otro reloj; luego un tercero sonó por los pisos inferiores, y por un instante pareció la casa un *carrión*. ¡Cómo se ha pasado el tiempo, — pensó doña Felipa, — y la comida sin concluir! ¡Es que parece que la lumbre se empeña en fastidiar cuando hay más prisa! — Un campanillazo te-

rrible alborotó el pasillo; la criada soltó el aventador y corrió á ver quien era. — ¡El señorito Pepe! — dijo la criada volviendo á la cocina.

Al corto rato, Juanita apareció en la puerta, y detrás de ella sonó el ruido de espuelas del comandante. La muchacha trafa en las manos un estuchito de piel negra, con la tapa levantada en cuyo interior resplandecía un sencillo brazalete de oro, destacándose sobre el forro azul del estuche; Juanita venía contemplándolo con deleite, andando sin mirar, y reflejándose en el rostro la alegría que el regalo le causaba.

— ¡Mira, mira mamá! — exclamó Juanita corriendo á su madre y mostrándole el estuche. — ¡mira qué preciosa pulsera me ha traído Pepe!...

Doña Felipa, suspendiendo un instante la mayonesa que endilgaba á esta sazón, con el cuchillo en una mano y en la otra una enorme remolacha que partía en ruedas, echó los ojos al brazalete y pintándosele un gran contento en las miradas díjole con acento jubiloso á su hija:

— ¡Preciosos!... ¡Qué cosa tan elegante!... ¡Es menester que sepas tú que Pepe tiene muy buen gusto!...

— ¡Muchas gracias!... gritó el comandante desde el pasillo donde se había quedado escuchando. De pronto entró en la cocina, á la vez que su suegra decíale gruñendo á la sirviente.

— ¡Podías tener cuidado de estas cosas y no que nos encontramos ahora, cuando hay más prisa, con que la pimienta se ha concluido!... ¡Anda por él á la tienda de al lado!... ¡Pero ya estás aquí!...

Pepe León había entrado en la cocina y la recorría de punta á punta con más detenimiento que Napoleón á sus huestes en la mañana de Austerlitz; salió la criada y entonces, mientras doña Felipa exclamaba sin mirarle: ¡Qué bonita alhaja has comprado, hombre! El se colgó el paño de secar las copas, atándosele por detrás con un nudo, y tomando un plato sopero donde nadaban media docena de huevos en su propia clara, le preguntó á doña Felipa con fingido respeto:

— ¿Mandaba algo la señora?...

Doña Felipa volvió la cabeza, le vió, y la extraña figura que formaba el comandante, con sus estrellas y su uniforme, batiendo huevos, la arrancó á la buena señora una carcajada estrepitosa, y luego otra y por fin tuvo que suspender lo que hacia para dejar á la risa que se escapase en una lluvia de perlas de saliva por la boca y en un tropel de lágrimas por los ojos. A las carcajadas acudió otra vez Juanita que se había marchado á guardar la alhaja en el cajón de la cómoda, y reparando en la rara catadura de su novio, le dijo, no sin darle salida también á la hilaridad:

—¡Qué mamarrachista eres, hombre!... ¡Quitate eso!

La criada volvió con la pimienta, vió al comandante y descubriendo en su rostro una cándida sorpresa preguntó sonriéndose:

—¿Pero el señorito sabe guisar?...

—¿Que si sé?—repuso Pepe León,— una *mijita*. Pues si me dieran á mí cinco duros por cada vez que me hecho en campaña la comida... ¡Ya quisiera yo que mis asistentes hubieran sabido cocinar como yo cocino!...

¡Siempre he tenido yo necesidad de enseñarles!... ¿Dónde está el pan rayado para las cocretas?

Acercóse al fogón, cogió la espumadera, envolvió la masa de carne en el pan rayado, la bañó en el huevo y, modelando una por una las cocretas las fué echando en la sartén; luego, con la agilidad y destreza del mejor pinche, agarró la espumadera por el mango, y volteó la fritura en el aceite para que se dorase bien por todas partes. Lola, llamada por la bulla, apareció en la puerta de la cocina y en estas la campanilla sonó de nuevo, tornó á abrir la criada y el buen Demetrio se plantó allí también atraído por la algazara, en cuanto colgó el gabán en la percha.

Concluyó el militar su operación Juanita le obligó á quitarse el improvisado mandil y agarrándole de un brazo, y mientras él dejándose arrastrar exclamaba dirigiéndose á doña Felipa: ¡Conste que me he ganado mi tajada! Se le llevó la muchacha al comedor para que hicieran juntos la lista de las personas á quienes había que mandar dulces. Juanita y su futuro sentáronse junto al

balcón para aprovechar la última luz del crepúsculo, y armándose Pepe León de un lápiz, comenzó á escribir nombres en el sobre de una carta que sacó de la guerrera. Lola ponía en tanto la mesa, distribuyendo el servicio sobre "el mantel bueno", marcado en su parte central con dos cifras rojas enormes y de muchos ringorrangos; aquel era un día de servilletas nuevas, de pepinillos y salchichón, de vajilla reservada; había que sacar los cubiertos de plata en honor á los convidados, y las copas de la Granja regaladas á su hermana por don Manuel y que ella conservaba como un tesoro... Demetrio, repantigado en la butaquita del comedor, seguía con ávidos ojos á Lola y admiraba su destreza en disponer los sitios, su maña para doblar las servilletas alrededor del pan, el tacto con que cuidaba hasta de los menores detalles, su golpe de vista, el talento, la laboriosidad, las condiciones caseras, el juicio y el comedimiento que todo aquello revelaba... y maquinalmente, por instintivo impulso, estrechaba con nerviosos dedos la carta declaratoria que

traía en el bolsillo, resuelto á no dejar pasar el día sin entregársela á Lola.

Sólo Dios y Demetrio sabían las amarguras que aquella carta simbolizaba. Persuadido el buen comerciante de que su lengua jamás llegaría á expresar lo que le cosquilleaba en el corazón, había determinado declararse por escrito á la niña. Pero el honrado tendero no contaba con que la pluma no se maneja como la vara de medir, y él, que se apostaba á echar sin equivocarse la cuenta más laberíntica y que dominaba el mostrador en absoluto, cogió una noche papel y tintero, y se la pasó en claro, sin acertar con una idea, ni hallar modo de poner media palabra en las cuartillas. Toda una semana se le fué á Demetrio dándole vueltas en el magín á la dichosa epístola; sus dependientes llegaron á desconocerle, mostrábase distraído y meditabundo; él, que nunca confundía el género, sacaba uno por otro y se trabucaba al cambiar en los cobros; por la noche veían luz en su cuarto hasta muy tarde. Por fin, después de tantos

sudores y vigiliias, endilgó una declaración amorosa; pero á él mismo, á pesar de su escaso gusto literario, le pareció detestable, y tras de mucho tachar arriba y abajo, la rompió. La Providencia vino entonces en su ayuda; una mañana, al abrir la tienda, sorprendió al chico que la barria, dando de mano á la escoba y leyendo un folletito de cubierta color de rosa; Demetrio arrambió con el libro y riñó con acritud al muchacho; á solas luego hojeó el cuaderno y ¡cuántas gracias dió al Altísimo por haberle proporcionado tan preciosa caza!... Titulábase aquel librito "El verdadero correo de los amantes", y no era sino un formulario de cartas amorosas. Al pobre comerciante le faltó tiempo para leerse el folleto que se le antojó de perlas, y en cuanto llegó la noche preparó un plieguecillo de satinado papel, le intermedió la falsilla y á seguida de hacer dos ó tres rasgos de pluma en el margen de un periódico para soltar la mano, principió la deseada epístola con su mejor carácter de letra. El librito no tenía autor conocido, y Demetrio lamentó

con toda su alma esta omisión; hubiera deseado aprenderse, grabarse eternamente en la memoria el nombre del incógnito padre de todos aquellos gárrulos y gongorinos períodos, henchidos de fútiles pensamientos y respunteados con una dicción barroca y horrible. Sobre todo, un modelo, el que copió, que hablaba de sentir "ese amor que reduce al hombre á la simple condición de un niño", se le figuró digno de *La Cabaña de Tom*, que era su obra favorita. A la siguiente mañana, sintiéndose feliz por haber resuelto el problema, convidó á café á sus dependientes, sin darles cuenta del por qué del obsequio y dejándoles absortos de rasgo tan inusitado.

Demetrio había esperado á los novios en la Vicaría; luego de exponer su declaración se marchó á su tienda, y á poco más de las cuatro se encaminó á casa de doña Felipa; las horas se le figuraron siglos hasta que se vió otra vez en aquel comedor de sus sueños. Pero todo el valor de que se creía dotado se le desplomó en presencia de Lola; innumerables ocasiones en que

Juanita salió de su habitación, dejándolos solos, metió rápidamente la mano en el bolsillo para sacar la carta, la agarró, y con ella cogida se quedaron los dedos allá adentro, sin poder tirar del brazo, como si se le hubiese quedado paralítico; Lola notó algo de lo que á Demetrio acontecía, pero no le dijo una palabra. Y sucedió lo que sucede siempre: el pobre mozo, que había desperdiciado una y otra oportunidad, se decidió á darle la carta á Lola en la ocasión menos propicia, estando presentes, aunque algo apartados en el balcón, Juanita y el comandante.

Lola colocaba la pirámide de platos para repartir, delante de la silla presidencial que ocuparía doña Felipa. Demetrio se acercó de repente á la niña, como despedido por la butaca, y todo encarnado, trémulo, atragantándose, la dijo muy bajito:

—Tengo que darle á usted una cosa...

Lola le miró de frente, con los ojos llenos de preguntas, azorada. La idea de una declaración le asaltó el ánimo y la dejó aturdida ante lo imprevisto del arranque, como cuando el cuerpo

recibe en el baño una ola que no se ha sentido llegar. Su primer impulso fué echar á correr y que Demetrio se quedase con la palabra en la boca. Pero él no la dió tiempo; de un tirón sacó la carta medio arrebujaada y la dejó caer en uno de los bolsillos del delantal que Lola llevaba puesto; después, trémulo, silencioso, sin poder respirar, apenas, de la emoción, se sentó de nuevo en la butaca.

Lola no se acabó de dar cuenta de lo que le había sucedido y se quedó absorta, hecha una estatua, mirando fijamente la pila de platos, que se le figuró en su aturdimiento una columna tremenda. Tan lejos estaba ella de esperar la osadía de Demetrio, que cuando quiso rechazar la cartita, ya la tenía en el bolsillo; era tarde para devolvérsela. A todo esto doña Felipa, terminada ya su tarea culinaria, entró en la habitación peinada y vestida para comer y diciendo á voces:

—¡Pero estáis casi á oscuras!...

Pepe y Juanita cuchicheaban en el hueco del balcón, sin ocurrírseles pedir luz y sintiéndose, por el contrario,

complacidos en aquella claridad suave y débil del crepúsculo. Afuera, á través de los cristales, se distinguía la espesa trabazón de barras de hierro de uno de los enormes estribos del Viaducto, que subía hasta la altura del piso de doña Felipa; sin asomarse, desde adentro del comedor, la silueta del gigantesco soporte, llenaba todo el espacio que la vista descubría, limitado por el hueco del balcón; entre el férreo engranaje fulguraba el cielo con el baño luminoso y tibio que le presta la anochecida, y de esta suerte resultaba más negro el contorno del estribo que parecía estar dibujado al carbón sobre el fondo radiante del horizonte.

—¡Enciende la lámpara! dijo doña Felipa á Lola. La muchacha obedeció y su madre continuó, sentándose en su butaquita y tomando la media para no perder tiempo:

—¡Ya está todo listo!... ¡El tío puede venir cuando gustel...

Lola concluyó de poner la mesa y á poco tableteó la campanilla; era don Manuel. El buen empleado entró en el comedor y saludó á Pepe León y á De-

metrio, preguntándoles "cómo les había ido desde por la mañana"; luego exclamó amablemente: "supongo que me permitirán ustedes quitarme la levita". Lola le trajo la bata de su dormitorio, y como doña Felipa dijese que el arroz no esperaba, sentáronse todos á la mesa, y la criada trajo el primer plato de la comida.

JUANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



coser, se bajó Lola á consultar el caso con su amiga Luisa López, la vecina del segundo de la izquierda. Era esta muchacha hija única de un alto empleado del Municipio, muy semejante en gustos é inclinaciones á Lola; ambas habían simpatizado desde que se conocieron, y aumentando con el trato su cariño, concluyeron por quererse con la confianza ciega de la juventud. Unida por tales lazos á Lola, y siendo la base de su amistad sus afinidades de carácter, era natural que no hiciese Luisa muy buenas migas con doña Felipa y Juanita, reverso de la medalla de Lola. Y como las antipatías son recíprocas, madre é hija no miraban á su vez con mejores ojos á Luisa López, originándose de aquí una gran frialdad de relaciones y el trato estrictamente necesario para guardar la armonía debida entre vecinos. Esto, sin embargo, no rezaba con Lola; la misma Luisa López le había dicho:— Tú baja y sube cuanto te plazca, pero no extrañes que yo no te pague tus visitas, por las razones que puedes comprender.



AQUELLA noche tuvo mal sueño Lola; cualquier muchacha, en su caso, sin dar maldita la importancia al lance, puesto que ella no quería á Demetrio y se proponía rechazar sus pretensiones, hubiera cogido su carta, devolviéndosela bonitamente sin abrir, y en la compañía de cuatro letras, enviándole el par de calabazas más hermoso que recibió mortal nacido. Pero Lola no era capaz de semejante resolución, y mucho menos tratándose de un amigo de su familia. ¡En buen compromiso la había puesto el tal comerciante!...

A la siguiente mañana, en cuanto acabó la limpieza y antes de ponerse á

Lola cogió á Luisa López bordando cuidadosamente en cañamazo unas zapatillas y en ocasión en que no estaba en casa la madre de Luisa. En cuanto Lola entró en el gabinete advirtió su amiga el aire preocupado que traía.

—¡Alguna cosa mala vienes á decirme!— exclamó Luisa López adelantándose á Lola.

—¡Y tan mala!...—repuso ésta sentándose en un sofá.

—¿Has reñido con Miguelito Cruz?

Lola miró á su vecina con unos ojos cándidos, tan llenos de horror, que Luisa López no necesitó la respuesta; se echó, pues, á reir ante aquellas pupilas asustadas, y siguió:

—¡Bueno!... ¡Me alegro!... ¿Entonces qué demonios te pasa?

Lola tardó un poco en contestar, y luego juntando las manos y enlazando los dedos, respondió con un acento de pesar infinito:

—¡Que se me ha declarado el comerciante, mujer!...

Luisa López soltó una careajada con toda la boca y se le llenó el rostro de risa, desparramándosele por sus fac-

ciones la hilaridad como esos golpes de ventisca que el viento esparce en polvo de agua. Lola la dejó que se desahogase y dijo luego con enfado:

—¡Pues á mí maldita la gracia que me hace!...

Luisa López se reportó algo y ya más serena le preguntó á su amiga.

—Cuenta, cuenta ¿cómo fué la cosa? ¿Cuándo se declaró?

—¡Ayer! y Lola refirió el lance á Luisa López, que no pudo permanecer seria y la soltó de nuevo. Pero al ver que realmente se apenaba Lola, diciéndole con gran perplejidad: ¿Y qué hago yo ahora con la carta?—exclamó Luisa López formalizándose:

—Tú no le quieres, ¿verdad?

—¡Digo!...

—¡Bueno!... ¡Pues coges la carta sin abrirla, la metes bajo un sobre y se la envías á su casa!...

—¡Es claro!... ¡Eso sería lo mejor!... ¡Pero me parece tan fuerte el desaire!...

—¡Entonces!... ¡No le contestes!... ¡La callada por respuesta y como si nada hubiera pasado!...

—¡No me disgusta esa idea!...

—Pero has de procurar que no te sorprenda con otra!...

—¡Cá!... ¡Yo te respondo de que una segunda carta no es á mí á quien se la entrega!...

Luisa López había vuelto á su labor; de pronto preguntó:

—¿Qué tal Miguelito Cruz?... ¿Le va entrando á tu madre?...

—¡Mujer, estoy muy disgustada!— repuso Lola. —¡Yo que soy enemiga de los escándalos y de la lucha!... ¡Cree-rás que mamá no ve por otros ojos que por los de Demetriol!...

—¡Me lo suponía!...

—¿Por qué?...

—¡Qué se yo!... ¡Como ya tiene su posición hecha, y no mala posición, por cierto!... ¡No creo yo que tu madre sea capaz de soportar unas relaciones largas!...

Lola no contestó; tal vez pensaba en lo mismo que su amiga. Luisa López suspendió el bordado y levantándose y sacando un manojó de llaves del bolsillo, dijo abriendo el cajón de arriba de una cómoda:

—¡Voy á enseñarte el esenciero

que he comprado para tu hermana!...

Lo sacó; figuraba una cubeta de vino llevada en un carretón dorado por un chicuelo de porcelana. ¡Precioso!...— exclamó Lola admirando de todas veras el obsequio —¡Como escogido por tí!... Luisa López se sonrió contestando con dulzura: ¡Aduladora!... En esto dió un reloj las diez de la mañana y al oír la hora, dijo la niña con acento asustado:

—¡Jesús, que tarde!... ¡Y yo me estoy aquí hecha una tonta teniendo tanto que hacer!... ¡Adiós, adiós!...

Y se fué á su casa.



se encargaron Juanita y Lola, ó en puridad, Lola y Juanita, pues la primera, "que no servía para el piano", según su madre, dábase gran maña para los asuntos caseros, y ella, sin dejarse aturdir por el aluvión de ropa que su hermana le iba poniendo á su alcance sobre la cómoda, en los respaldos y asientos de las sillas, hasta en el suelo, cogía las prendas, las doblaba cuidadosamente y combinaba los bultos en las profundidades de los mundos, de suerte que cupiese todo. Juanita se reconocía incapaz de semejante arreglo y se concretaba á traerle á Lola los trajes, á sostener la tapa del cofre para que no le cayera encima, mientras la niña, encorvada sobre el borde del baúl, apisonaba con todas sus fuerzas paquetes y envoltorios á fin de encajar las bandejas. Doña Felipa no metía baza en la operación, escarmentada ya de Lola, que con "su genio insoportable se incomodaba por nada." Como los novios se trasladaban á un clima cálido, toda la ropa que Juanita se había hecho era de verano, y fué más fácil acondicionarla; los regalos de boda



MANEció el día de la boda. El comandante tenía ya su pasaporte en el bolsillo y preparado todo para la marcha; convínose, pues, en que se casarían á las nueve, almorzarían á las doce en La Perla, y á las cuatro partirían á la estación á tomar el expreso que había de conducirles á Santander, donde embarcarían con rumbo á Cuba, después de veinticuatro horas de descanso.

La tarde anterior se empleó entera en perjeñar el equipaje, de cuya faena

y otras chucherías se guardaron en la maleta; entre ellos iba el esenciero de Luisa López, que á doña Felipa se le antojó pobre, pero en cambio de mal gusto. Por el contrario, el corte de vestido con que Demetrio obsequió á Lola le pareció á su madre digno de "una emperatriz." Cuando el comandante llegó por la noche, estaba el equipaje concluído, y sólo restaba por cerrar uno de los mundos, al que no podría echarse la llave hasta el día siguiente de que Juanita se quitara el vestido de ceremonia.

A medida que se aproximaba el momento de trasladarse á la iglesia, crecía la preocupación de la novia, y á lo mejor se le obscurecía el semblante y se le advertían esos mordisqueos de labios de que se vale la voluntad para ahogar las lágrimas dentro de los ojos. Por muy superficial y ligera que fuese, no se le ocultaba á Juanita la trascendencia de su decisión; aquel paso del matrimonio, sin retirada posible, que vale tanto como encerrarse en un cuarto y tirar después la llave por la ventana, y aquel viaje á tan luengas

tierras, le encogían el ánimo con ese aliento de sima que exhala lo desconocido, y necesitaba ver al lado al comandante, para atreverse á mirar impávida á la negrura del porvenir, buscando las palabras de su novio á la manera que el pájaro busca el sol huyendo de las brumas. Otro tanto le acontecía á Lola, que según moría la mañana sentíase sin el valor con que creía contar en los instantes de prueba; la flaca naturaleza se declaraba vencida y cada vez que atisbaba á su hermana veíase en un apuro para no soltar el llanto y no perder su serenidad aparente. Sin embargo, otra causa entristecía también el corazón de Lola, la que Juanita, en su aturdimiento, no notaba: la conducta de su madre.

Doña Felipa, enjutos los ojos y enteramente despejado el semblante, sin que se lo nublara la cerrazón de ningún pesar, habíase levantado temprano, saludó á sus hijas como de costumbre, con un beso al aire, pero preguntando los carrillos, y con el aplomo del que se halla hueco por dentro y no siente, se ocupó de varias fruslerías,

del brazalete, de si pegará esto, de si parecerá ridículo lo otro, y luego, dejando á Lola y á su amiga la del segundo que vistieran y peinaran á Juanita, sin pretender ocultar la alegría que le burbujecía en el pecho, riendo sin motivo, por cualquier cosa, más chirigotera y locuaz que nunca, empezó á ocuparse de su atavío "para no hacerse esperar"; diríase que ella era la novia y manifestaba una impaciencia que ni la misma Juanita descubría. Nadie hubiera sospechado ante el júbilo de aquella mujer, tan impropio de sus años de otoño, en cuya época de la vida comienza á adquirir el espíritu la majestad de las cosas augustas y venerables; nadie hubiera sospechado que pocas horas después habría de quedarse, quizás para siempre, sin una hija de quien la separarían en lo futuro los dos abismos sin orillas de la distancia y del tiempo. Semejante calma era horrible en tales instantes; Lola lo comprendía así, y más de cuatro veces estuvo tentada de decirle:—¡Pero, mamá, por Dios!... ¿Cómo es posible que marchándose

Juana tan lejos estés tan tranquila y tan conforme?...—No le hizo ninguna advertencia, sin embargo, por no agriar las cosas y provocar tempestades. Y luego ¿para qué? Tanto montaba dirigirle la palabra al vacío. ¿Pero era posible?... ¿Aquella madre no tenía lágrimas, no tenía suspiros, no le quedaban recuerdos de la cuna?... Cuando un árbol cae al suelo todo el bosque tiembla y se extremece; doña Felipa dejaba partir á su hija, impasible, con el reposo de la piedra. ¡Qué espanto son las almas sin el sublime amor del nido!...

No hubo, por tanto, amonestación de madre á hija, ni conferencia cariñosa sobre los deberes de la mujer casada. A las nueve menos minutos, don Manuel que se había brindado á ser padrino, doña Felipa, Juanita y Lola, se aposentaron en una carretela de alquiler pero sin número y se encaminaron á la parroquia; Luisa López á quien de cumplido invitó doña Felipa, excusó su asistencia al acto, comprendiendo que se trataba de una mera fórmula.

Pepe León, de uniforme, acompañado de un amigo y colega del ejército y del buen Demetrio, los cuales le habían servido de testigos, esperaba á su prometida en la iglesia. Los novios desposáronse y se velaron en una capillita del templo y terminada la ceremonia, de vuelta en la sacristía, Lola no pudo contener el llanto que se le agolpaba á los ojos con la fuerza del agua en la compuerta de la exclusiva; Juanita que necesitaba poco y que ya sentía en los suyos las primeras gotas de otro aguacero de lágrimas, no trató de contenerlas y las dos hermanas se abrazaron en silencio. Doña Felipa oprimió también contra su pecho á la recién casada, y entera, impasible, sin mostrarse conmovida, mirando al cura y queriéndola echar de fuerte, dijo con acento de extrañeza: ¡Ave María!... Pero ¿por qué lloráis de ese modo?... ¡Pues ni que se fuera á morir Juanita!... Luego abrazó á su yerno exclamando regocijada y rabiando por soltar un equívoco: ¡Aprieta!... ¡Tu mujer no se incomoda!... D. Manuel, algo avergonzado y corrido, se dis-

traía adrede viendo con afectado interés una casulla, y el amigo de Pepe León contemplaba la escena con aire de socarronería, tal vez pensando para sus adentros en lo que tenía de garañón la suegra de su amigo. Firmóse la partida de matrimonio, y se encaminaron á la fonda; al salir, una murga que les esperaba en la puerta de la iglesia, disparóles de pronto los primeros compases de un vals; don Manuel les dió un par de pesetas para que callaran y tomaron los coches, adelantándose doña Felipa que subió la primera, como si le corriera prisa.

Lola, y sobre todo Juanita parecían desgañadas; ésta apenas probó bocado, y lo poco que almorzó lo hizo á remolque y en fuerza de súplicas y de consejos de su marido. En cambio doña Felipa no se paró en menudencias; atascó á dos carrillos, repitió de algún plato, empinó el codo y sin soltar de la boca el chiste y la risa continuas, propúsole á su yerno "que echara un brindis." El comandante que le había dado una regular embestida á las bote-

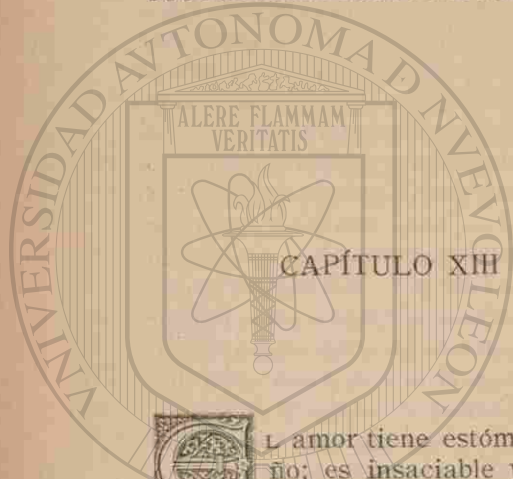
llas, se levantó copa en mano y brindó galantemente por las suegras de "buena sombra" obteniendo de doña Felipa otra explosión de hilaridad ruidosísima. Don Manuel, un poco amostazado; clavaba en su hermana los ojos con cierta fijeza que ella no entendía; el amigo del comandante por falta de confianza, Demetrio por temperamento y el nuevo matrimonio y Lola por la parte de protagonistas que allí desempeñaban, comían con gravedad, satisfechos pero apacibles y sin estar melancólicos, y sin dejar de cruzarse de banda á banda frases y dichos, algo de tristeza revolaba en el aire tocando con su ala invisible á todos los asistentes al nupcial almuerzo. Sólo la algazara de doña Felipa contrastaba con la mesura de los demás, resultando más bulliciosa en aquel fondo de sombra de la mesa.

El tren partía á las cuatro y media; las horas se les habían ido volando, sin sentir, y apenas tuvieron tiempo de regresar á casa, vestirse la ropa de camino, guardar la de etiqueta y enviar por delante los baules con dos mozos de cordel; los coches estaban

contratados para todo el día; el amigo militar y Demetrio despidieron á los novios en su mismo domicilio, y acondicionándose los cinco en una sola carretela, partieron á la estación. En el andén se reprodujo el llanto de las dos hermanas; entonces doña Felipa creyó prudente también hacer una mueca con honores de puchero, poniendo una cara muy afligida; don Manuel se conmovió al despedir á sus sobrinos más de lo que él se calculaba, y, por último, arrancó el tren, llevándose á los novios, sin que se le ocurriera á aquella madre preguntar con el corazón á lo desconocido qué suerte le tenía reservada á su hija sombra adentro de lo futuro.

árbol, para ver á su novia á veinte metros de distancia, sin poderla estrechar una mano ni serle dado oír el silbo leve de sus palabras, más dulce que las palabras mismas. El frío no le había hecho mella nunca, ni le importó jamás el viento un adarme; luego se dijo que debía lindar la calle de Bailén con la Siberia, y le pareció insoportable el huracán que soplabá á menudo por tales alturas. Entonces comenzó á escribir á Lola sus cuitas pintándole sus ansias por acercársele, su sed de *beberle el aliento*, su hambre de oírla declarar la adoración que por él sentía, muy bajito, de labio á oreja, de cara á cara; ella le contestó manifestándole idénticos deseos y lamentando la imposibilidad de realizarlos por lo mismo que eran para los dos la plenitud de la dicha.

Un medio había de aproximarse: hablar Miguelito Cruz á doña Felipa, formalizar sus relaciones y pedirle permiso para entrar en su casa á charlar con la novia, medio muy del gusto del corazón que se pasa de honradote en la aurora de la juventud y execrado



El amor tiene estómago de niño; es insaciable y siempre pide más. Al principio se contentaba Miguelito Cruz con cualquier cosa, con una flor que Lola hubiese llevado en el pecho, con poseer un pañuelo suyo, con recibir sus cartas llenas de latidos y de gurrapatos. ¡Nada más feliz que besarse con los ojos y hablarse con los dedos! Después se le antojó tonto eso de pasarse horas y horas en el Viaducto, vecino á las nubes, como un gurriato sin nido y sin

por la fantasía que siempre ha tenido algo de libertina y calavera. Cierto; la verdadera poesía del amor es lo misterioso, lo oculto, el tapadillo, la reja, la serenata, la cita á deshora, el beso en la obscuridad, el abrazo por entre los barrotes, el pudor de Psiquis vencido por los labios de fuego de Sileno; pero nada de esto era posible en aquel balcón, que desde los escalones de la bajada á la calle de Segovia parecía colgado de una nube y desde la barandilla del Viaducto semejaba estar suspendido en el aire, y para llegar al cual se necesitaban por lo menos el par de alas de cualquier gorrion. Miguelito Cruz sentía además un escrúpulo, nacido de su conciencia recta; creía, y no creía mal, demasiado pronto el tener con la madre de Lola una conferencia de tanta importancia. ¿Qué iba á prometer él cuando aún no le había echado la sonda á su porvenir ni sabía nada, más allá de las brumas que envuelven lo futuro para todos los jóvenes que empiezan? Que era un estudiante de segundo de Romano, con muchas ilusiones y que

quería entrañablemente á su hija, con la cual se casaría, sabe Dios cuando. ¡Valiente embajada para las orejas de doña Felipa!... ¡Imposible!... De sobra conocía Miguelito Cruz á su presunta suegra, á pesar de no haberla tratado. ¿Qué hacer, pues!... ¡Nada!... Esperar... ¡A lo azul sólo se llega esperando y creyendo!...

Ocho meses eternos llevaban Lola y Miguelito Cruz sin hablarse desde que doña Felipa le privó de su rincón de la tertulia. En vano el estudiante se quebraba los sesos buscando el modo de aproximarse á su novia: dos únicas soluciones había encontrado como consecuencia de sus cavilaciones y las dos fueron rechazadas por Lola, que no se atrevió á aceptarlas por miedo á su madre. Una vez le propuso Miguelito Cruz á la niña que saliera con la criada, aprovechando cuantos pretextos le proporcionase la casualidad, por la mañana podía ir á la compra, verbi gracia; ya tenía á mano un achaque. El la esperaba en un sitio determinado, y de esta suerte charlarían en la calle. ¡Imposible!...

En primer lugar, ella no salía sola nunca con la chica, y sobre no permitir que le acompañara á ningún lado la sirvienta, extrañaría doña Felipa tan repentinas aficiones, cabalmente en Lola, que era en extremo recatada. Entonces su madre, que vivía muy alerta, no dejaría de figurarse la verdad del caso, la acecharía, ¡quién sabe!... ¡Estas cosas no pueden permanecer ocultas mucho tiempo!... Se descubriría todo y no habrían ganado sino hablarse media docena de veces, perdiendo probablemente la libertad relativa de que gozaban, en virtud de no acompañar Lola á su madre en sus visitas, y con la cual tenían la mayor parte de las tardes, sus dos ó tres horas de balcón y Viaducto. Luego le repugnaba un poco á la muchacha eso de que la vieran como una modistilla de palique con un hombre.

El segundo medio era más peligroso, pero menos público. Se reducía á charlar por el ventanillo de la puerta cuando doña Felipa no estuviera en casa; aquí se requería comprar la aquiescencia y el silencio de los porte-

ros, cosa fácil mediante una buena propina; eso corría de cuenta de Miguelito; él pasaría por el Viaducto á la hora acostumbrada; si doña Felipa proyectaba salir, colgaría Lola en la barandilla del balcón un trapo blanco; esta señal no podía excitar las sospechas de nadie, y evitaría una equivocación terrible cuando hubiera tendida ropa á secar; entonces dejaría Miguelito Cruz el Viaducto y acecharía el portal del edificio para no perder tiempo y subir en cuanto doña Felipa volviese la esquina; de no haber trapo en la barandilla, significaría que la buena señora no callejeaba aquella tarde. Semejante proyecto le pareció á Lola más irrealizable aún que el otro. La vecindad se enteraría á escape, comenzarían los chismes y los cuentos, no faltaría quien los delatase, eso sin contar con lo fácil, lo casi seguro de ser sorprendidos... ¡Jesús!... ¡No quería ni pensarlo!... Pero Miguelito Cruz se mantuvo firme; escribióla que no existía semejante peligro; en cuanto sintiese subir gente echaría escalera arriba, y como el piso de Lola era tercero

y las buhardillas traseras é inhabitables, nadie le vería, y doña Felipa entraría en su casa sin sospechar la presencia de Miguelito Cruz en el último tramo. Todo estaba muy bien dispuesto, pero la idea de que les sorprendiesen le producía á Lola verdadero pánico, y aunque el corazón le dictaba una respuesta afirmativa cuando se ponía á escribir, no se atrevía á acceder á las pretensiones de su novio y muchas veces tuvo que tachar un *sí* que la pluma estampó en el papel sin permiso de nadie.

La boda de Juanita produjo en Miguelito Cruz un miedo terrible de que sus proyectos naufragasen. Nada más natural que faltando una hermana acompañase la otra á su madre ó suprimiera ésta sus cabildeos y sus visitas. Miguelito Cruz sabía su influencia sobre Lola y no desconfiaba de que consintiera en hablar por el ventanillo. Sus temores se confirmaron á medias; Juanita se ausentó para siempre; doña Felipa se hizo por necesidad menos callejera y aunque siempre que podía se llevaba á remolque á su hija,

tuvo que acostumbrarse á salir sola á sus compras la mayor parte de las veces, porque alguien había de cuidar del arreglo de la casa.

Miguelito Cruz sabía lo que esperaba. Lola no pudo resistir mucho tiempo el deseo de hablar con su novio, que le abrasaba también el corazón con el hálito ardiente de todas las cosas contenidas. Cuando le llega al alma su Abril no hay manera de refrenar sus latidos, como no hay modo de sujetar la sávia en el árbol, en seguida que se siente acariciada por el primer arrullo de la primavera. Un día recibió al fin Miguelito Cruz la anhelada carta en que Lola accedía á franquear la verja del ventanillo á sus palabras amorosas; la noticia produjo al estudiante una alegría inmensa; á la tarde siguiente, trémulo de emoción y abriendo unos ojos enormes, llegó el mozo al Viaducto; en la misma entrada se paró un momento, queriendo atisbar desde allí si se distinguía algo blanco en el balcón de Lola confundido entre los demás, en la hilera de hierros que la distancia fingía formando una sola ba-

randilla. ¡Dios mío!... Acaso era sólo una imagen, nacida de esos reflejos de que nos llena los ojos la felicidad, pero a Miguelito Cruz se le antojó que veía colgadero un trapo blanco. ¡La señal convenida!... ¡No cabía duda!... El mozo se plantó en cuatro saltos frente a la casa de su novia, miró ansiosamente y... ¡sí!... ¡sí!... doña Felipa salía, el trapo blanco colgaba en el balcón, sin que nadie pudiera sospecharse que aquel pedazo de lienzo era al presente un símbolo de ventura; entonces Miguelito Cruz se bajó a la escalinata del jardín y se puso a acechar el portal de la casa de Lola. A poco salió doña Felipa y despaciosamente, balanceándose, con su andar tardo y pesado se alejó cuesta arriba y se perdió por la calle de la Morería, desapareciendo detrás del esquinazo de su embocadura. Miguelito Cruz, reprimiendo su impaciencia, aguardó un cuarto de hora, podía haberse olvidado algo a doña Felipa y volver de improviso encontrándose aun cerca, por fin; persuadido de que su suegra futura se encontraría ya á buena dis-

tancia, muy encarnado, sobreponiéndose á su temblequeo nervioso y procurando aparecer indiferente entró en el portal, pasó con aplomo por delante de la portería y sin que advirtiera apenas la comadre que la ocupaba que subía un hombre á los pisos, y deteniéndose en los descansos, para serenarse, avistó la puerta del cuarto de Lola, se acercó de puntillas, se puso á escuchar por el ojo de la cerradura y no sintiendo dentro el rumor más mínimo, murmuró Miguelito Cruz desalentado: ¡no se oye nada!... ¿Qué hacer?... ¿Cómo iba á tirar de la campanilla para acusar su presencia?... ¡Era incomprensible semejante quietud!... Pues Lola bien le había visto llegar desde detrás de los cristales... Se le ocurrió pegar con los nudillos en la puerta; pero ¿y si salía la criada á abrir?... De pronto percibió un ruido metálico, ligero, chirrioso, que le obligó á levantar la cabeza; á través de los agujeros de cedazo de bronce del ventanillo vió descorrerse la tapa, asomar dos ojos *suyos*, conocidos, brillantes, con ese chispeo que no confunde

nunca el corazón, y oyó un acento cariñoso, el de Lola, que le preguntaba temblando, muy bajito:

—¿Hace mucho que estás ahí?

La voz de Lola, vibrando en el oído de Miguelito Cruz al cabo de tantos meses, le produjo un efecto inesfable; sintió en el pecho como un rebosamiento de ternura; tuvo impulsos de arrodillarse delante del ventanillo, y con el rostro transfigurado por la luz sutil y tenue de la alegría replicó:

—¡Muy poco!...—Y añadió después:

—¡Bendita seas por tu condescendencia; no sabes lo que anhelaba volver a oír tus palabras.

Entonces Lola, a través del ventanillo, respondió con un acento infiltrado de adoración infinita:

—¡No me bendigas tan ligero, que también lo he hecho por mí!... ¡Tenía ya unas ganas rabiosas de hablartel!...



CAPÍTULO XIV



Es una verdad venerable que el amor no puede permanecer escondido. Miguelito Cruz, lleno de la imagen de Lola, no vivía sino en el Viaducto, frente al balcón de su casa, ó en la meseta de aquel adorado piso tercero, charlando con su novia y convirtiendo el trozo de la escalera en algo como el rincón de un nido. El estudiante que era tragón, se tornó en desgano y le huyó el apetito voraz; fué enflaqueciéndose y chupándose; perdió el color sano de la adolescencia, disfuminándosele por el

nunca el corazón, y oyó un acento cariñoso, el de Lola, que le preguntaba temblando, muy bajito:

—¿Hace mucho que estás ahí?

La voz de Lola, vibrando en el oído de Miguelito Cruz al cabo de tantos meses, le produjo un efecto inesfable; sintió en el pecho como un rebosamiento de ternura; tuvo impulsos de arrodillarse delante del ventanillo, y con el rostro transfigurado por la luz sutil y tenue de la alegría replicó:

—¡Muy poco!...—Y añadió después:

—¡Bendita seas por tu condescendencia; no sabes lo que anhelaba volver á oír tus palabras.

Entonces Lola, á través del ventanillo, respondió con un acento infiltrado de adoración infinita:

—¡No me bendigas tan ligero, que también lo he hecho por mí!... ¡Tenía ya unas ganas rabiosas de hablartel!...



CAPÍTULO XIV



Es una verdad venerable que el amor no puede permanecer escondido. Miguelito Cruz, lleno de la imagen de Lola, no vivía sino en el Viaducto, frente al balcón de su casa, ó en la meseta de aquel adorado piso tercero, charlando con su novia y convirtiendo el trozo de la escalera en algo como el rincón de un nido. El estudiante que era tragón, se tornó en desgano y le huyó el apetito voráz; fué enflaqueciéndose y chupándose; perdió el color sano de la adolescencia, disfuminándosele por el

rostro esa palidez que presta al semblante la obsesión continua del cerebro; á él, tan recogido y aquietado, le faltaba ahora tiempo para comer y marcharse; nunca salía por la noche, no siendo al teatro; de pocos meses atrás ibase todas ellas por ahí, por esas calles, á dar barzones, sin rumbo fijo; el hogar se le echaba encima; andaba abstraído, como sonámbulo, sin mirar á nadie y sin que se diera cuenta llevábanle los pies pián, pián, hacia el Viaducto; ni él mismo se explicaba lo que le conducía allí á tales horas; nada; el sentirse más cerca de Lola; el contemplar desde el puente el reflejo de la luz de su cuarto; el adivinarla cosiendo y pensando en él... ¡Cuánto le complacía hundirse luego en las oscuras cercanías de Palacio!... Había llegado al período febril en que todo es sombra fuera de la mujer querida...

La madre de Miguelito Cruz adivinó bien pronto lo que le acontecía. Chocáronle el desasosiego y la preocupación del mozo, su falta de apetito, su tristeza; le preguntó si se encontraba enfermo, si le pasaba algo... ¡Nadal...

¡Nunca se había sentido tan bien!... Pero se turbó al contestar y escondió la vista. Siempre que la discreta señora entraba en el cuarto de su hijo, se le encontraba escribiendo... Eran apuntes de cátedra, según él; pero es el caso que las notas estaban tomadas en papel de cartas, y por entre las hojas del libro que Miguelito Cruz se ponía delante, en el pupitre, para disimular, asomaba á veces el pico de un sobre. La madre del estudiante le registraba los bolsillos al limpiarle la ropa, pero al pícaro no se le olvidaba nunca nada que le descubriese. Un día, sin embargo, entró en su casa y no se acordó de quitarse del ojal de la cazadora un capullo que Lola le dió por el ventanillo. Cuando quiso remediar la distracción era tarde; Miguelito Cruz había abominado siempre semejante costumbre. Su madre no necesitó más para convencerse de que su hijo estaba enamorado. Llegó en estas el mes de Junio, y el muchacho, en lugar de pasarse todo el día estudiando como en el curso anterior, no parecía por su casa sino á las horas

de almorzar y comer, hasta un punto tal, que á su mismo padre hubo de chocarle tan grande callejeo no habiendo clases y en vísperas de ser examinado... ¡Es que iba á repasar con un compañero!... Pero la madre de Miguelito Cruz no se tragó la pildora: habló á su marido, y éste, alerta ya, se propuso averiguar lo que tuvieran de cierto las conjeturas de su esposa, sin decirle á él una palabra.

Miguelito Cruz habíase prometido muy formalmente no faltar nunca á las aulas y estudiar sin descanso para arrancar cuanto antes á Lola de la tutela de su madre. Pero sucedió lo que sucede siempre; una mañana y otra y otra, embelesado con la presencia de la niña, que se asomaba á cada momento al balcón á la vez que limpiaba su cuarto, se le pasó la hora á hizo novillos; muchas tardes salía doña Felipa, había ventanillo y adiós Universidad y asignaturas; en cuanto al estudio, de tal suerte le podía la imaginación, que en todas las líneas de las obras de texto leía Lola Lola Lola... y aunque se esforzaba por reconcentrar el pen-

samiento se le iba en busca de su novia huyendo de aquella antipática ciencia. Llególe, pues, su turno en los exámenes y á pesar de la vela rizada que la madre del mozo le encendió á la Virgen y de las salves que Lola le rezó al acostarse aquella noche, salió Miguelito Cruz mal de las dos asignaturas en las que tuvo la osadía de presentarse; sus mismos compañeros reconocieron la justicia de la pena; no había contestado una jota. Cuando el pobre estudiante vió su nota de suspenso se quedó frío; era el primero que obtenía. Su primer impulso fué mentir y ocultar el descalabro, pero además de repugnarle el infundio ¿cómo se las iba á componer con la papeleta donde constaba la calificación obtenida? Suponer su pérdida trascendía á la legua á excusa y era incapaz de borrar el suspenso, como alguno de sus discípulos pensaba hacer, por medio del cloro, para sustituirlo con un aprobado suplantando la letra del secretario del tribunal. Decidióse, pues, á confesar su caída, y mustio y caviloso entró en su casa y

enseñó á su padre el papelito fatal; su padre lo leyó impasible, con una calma que asustó al pobre muchacho y no le dijo palabra; Miguelito Cruz huyó desde allí al Viaducto en busca de una frase de consuelo, seguro de que Lola le tendría conmiseración y quiso su suerte que doña Felipa saliera aquel día, por lo que el mozo se lanzó por las escaleras en cuanto la buena señora se marchó á la calle.

Lola conoció enseguida lo que le pasaba; pero su cariño era muy hondo y muy puro para reconvenir á su novio en lo más mínimo. ¡Qué le iban á hacer!... ¡En Septiembre saldría aprobado y no perdería el curso!... ¡Cualquiera tiene una caída!... En el amor hay siempre algo de culto religioso; todos los amantes se consideran mutuamente sagrados é impecables. Lola quiso echarse á sí propia la culpa del suspenso; ella le había entretenido; ella le distraía, faltaba á clase por verla... El rechazó indignado semejante especie... ¡Tenía buena memoria!... Precisamente ella le sermoneaba de continuo para que no dejase

nunca de asistir á las explicaciones, y sabía mejor que él las horas de cátedra. ¡Nada!... Si lo ocurrido era muy sencillo... á cualquiera le acontece... El sabía poco, sí, pero sabía para sacar el aprobado... Pero el Auxiliar de la asignatura le tenía *tirria*, por no sé qué contestaciones duras de Miguelito, una vez que el numerario no fué á la Universidad, y *dió* el Auxiliar la clase; los otros dos jueces eran opuestos en ideas, uno hegeliano, otro escolástico... y ¡claro!... Si complacía á uno descontentaba á otro. Lola no entendió jota del por qué del suspenso; pero Miguelito Cruz lo decía, y para ella quedó como indudable que su novio había sido víctima de una injusticia monstruosa.



QUÉ HABÍA llegado el mes de Julio. Demetrio hizo su balance semestral, operación que le facilitaba luego el arqueo de fin de año y sacó en consecuencia que el comercio se sostenía con desahogo de su venta propia, y que existía en caja un sobrante permanente que le permitía llamarse rico. Sólo le faltaba para ser feliz que Lola le correspondiese y contestase á su carta, pero... ¡ni por esas!... El tiempo se tragaba con su voracidad senil días y días; Demetrio continuaba yendo á casa de doña Fe-

lipa los jueves por la noche; la madre de la muchacha le recibía punto menos que abiertos los brazos y Lola á su vez le atendía con amabilidad sonriente, pero al hablarle se le mostraba con una indiferencia glacial, como si ignorase las pretensiones que él alimentaba y el fuego que ardía en su pecho. En alguna ocasión, á pesar del exquisito cuidado con que Lola procuraba esquivar las oportunidades favorables á Demetrio, cualquier salida de doña Felipa á otra habitación, sus mismas cabezadas, la dejaban indefensa y á merced de las palabras del comerciante. De sobra comprendía Demetrio que debía insistir tenazmente hasta obtener respuesta á su declaración, pero aquella diosa de hielo le imponía de tal manera que le faltaba el valor para hablarla y permanecía á su lado silencioso, con un torbellino en el corazón y con la lengua atada, por su timidez. ¡Es capaz de embucharse mi carta!... pensó Demetrio con un apuro infantil y entonces presintiendo que Lola no pensaba contestarle y que él no se atrevería jamás á

decirle esta boca es mía, con la docilidad y la persistencia del agua mansa que no salta nunca el obstáculo, pero que le sortea y busca otro camino á su corriente; se fijó en la madre y se propuso exponerla sus propósitos y descubrir por entero sus aspiraciones para que ella influyese en la voluntad de su hija.

Decidido á cambiar de sistema esperó Demetrio una coyuntura para interpelar á doña Felipa y abordar la cuestión, pero él quería entenderse con la madre de Lola, de suerte que ésta no se enterase de lo que él maquinaba, y no había por tanto que pensar en hablarle á la buena señora en su domicilio. Casi todas las mañanas entraba doña Felipa en el comercio de Demetrio á comprar cuantas telas y trapos necesitaba; en total se llevaba la eicatera mujer media vara de percalina, dos cuartas de lienzo, cualquier menudencia, pero ello le daba pretexto para sentarse á descansar un ratito y soltar la hebra interminable de su charla. Los dependientes de Demetrio trataban ya con cierta familiaridad á doña Felipa y el roce continuo,

y la acogida casi adulatora que el comerciante encontraba en su locuaz amiga, le daban grandes ánimos para ponerse al habla con ella.

Un día doña Felipa entró en el comercio de Demetrio á escoger percales; eran las doce de la mañana; los dependientes habían subido á comer y Demetrio se hallaba sólo en la tienda, inclinado sobre el mostrador y leyendo un periódico. Al ver á doña Felipa se irguió y corriendo á coger una silla con el apresuramiento afectado y servil de la clase, le dijo amablemente:

—¿Cómo le va á usted, señora mía?... ¡Siéntese aquí, fuera de la corriente de aire, que viene usted sudando!...

Doña Felipa se sentó respirando con el ruido de una foca y, dejando el portamonedas en el mostrador, comenzó á abanicarse con furia. ¡Qué calor hace hoy!... exclamó limpiándose el sudor con el pañuelo; después un poco más descansada, añadió dirigiéndose á Demetrio:

—¡Vamos á ver esas telas de que me habló usted el jueves!...

—¡Yoy á enseñárselas en seguida!— dijo Demetrio saltando el mostrador á la torera con la agilidad de un mono. Después, tira de aquí, tira de allá, hundiendo las manos en los anaqueles, comenzó á sacar piezas de percal; en un momento hacinó al alcance de doña Felipa una barricada de género, y tomando el más próximo lo volteó, des- arrollándolo con un movimiento de molinete, izó dos ó tres varas plegán- dolas con mucha coquetería, y soste- niendo en alto el bullón con la mano izquierda, exclamó á la vez sonriendo á doña Felipa con la más exquisita amabilidad:

—¡Vea usted este percal! ¡Mirele us- ted de lejos!— y lo retiró tres ó cuatro pasos.—¿Dígame si no parece de sa- tín? Es de la más alta novedad, de lo último que se lleva en París hoy día: Color melocotón en dulce.

Doña Felipa le examinó cuidadosa- mente, lo palpó, midió su anchura con la manaza abierta y movió dos ó tres veces la cabeza como asintiendo las palabras del tendero. Demetrio soltó aquella pieza, agarró otra, tornó á

desenvolver unas varas y volvió á pre- sentárselas á doña Felipa en artística plegadura, con intención de deslum- brarla.—¡Vaya una cosa elegante! Es- taba haciendo furor!... ¡Era el color de moda para trajes de playa: el de fon- do retama seca con florecitas de majole- ro!... ¡Qué molestia ni qué ocho cuar- tos!... Doña Felipa estaba en su casa, y Demetrio se complacía en servirla... Había más, ya lo creo... ¡Iba á verlos todos!... El comerciante continuó sa- cando telas, mientras Doña Felipa, deslumbrada por aquel aluvión de tra- pos, reflexionaba que todo podía ser suyo con que el corazón de Lola se ablandase; Demetrio, á su vez, pensa- ba en sus adentros que no debía des- perdicar una ocasión tan propicia para soltarle sus proyectos y sus aspiracio- nes á doña Felipa. Pero el pobre diá- blo no encontraba en su turbación manera alguna de encauzar el coló- quio, y en vano se desmadejaba los ses- sos, buscando un portillo por donde entrar en materia.

Doña Felipa escogía mientras seis ó siete telas, y señalándolas una por

una, preguntó á Demetrio:—¿A cómo es la vara de éstas?...

Demetrio, olvidando de pronto la amistad con doña Felipa, sus proyectos amorosos, todo lo que ambicionaba dejó paso en su espíritu al comerciante de pura sangre, y dijo, sin declarar el precio:

—¡Cuántas varas va usted á llevar!...

Doña Felipa echó la cuenta con ayuda de los dedos, y replicó, balbuciente y como dudando:

—¡Si no falla mi cálculo, necesitaré lo menos treinta!... ¡Son dos vestidos!... ¡Uno de calle para Lola, y otro de casa y de mañana para mí!... En fin, eso ya ella lo dirá... Pero ¿y el precio?...

—¡Bah!... No regañaremos—repuso Demetrio, en tanto que mascullaba en lo profundo de su mente: ¿cómo empezaría yo el melón?...

—¡No, no!—replicó chillando y riendo doña Felipa.—¡Quiero saberlo antes!

—¡Puesto que usted se empeña!... ¿Pero es que no quedaríamos amigos?...

—¡Ya está usted bueno!... ¡A ver!... ¡Suéltelo de la boca!...

—¡Pues, por ser para usted, se lo pondré á cinco reales la vara!...

—¡Echa!... ¡Echa!...

Volvió á asomar el comerciante. Demetrio cogió la tela, la zarandeó, la hizo crugir estirándola repentinamente, y luego dijo:

—¡Vea usted que es un percal que parece seda, legítimo francés, y ya puede usted lavarlo sin temor de que se despinte!...

—¡Sí... Sí!... Pero es menester que sepa usted que de todas maneras es muy caro!...

—¡Bueno!... ¡Ya nos arreglaremos!... ¿Va usted á llevarlo ahora?

—¡No, córteme unas muestritas!...

Demetrio cogió las tijeras y cortó seis ó siete pedacitos de los percales más vistosos. Algún ángel bueno le trajo á esta sazón á la memoria que Lola se quejaba de jaqueca el jueves último, y cogiendo la oportunidad por los cabellos, dominando su cortedad por un esfuerzo supremo de energía, como el que ahogándose en el fondo

se eleva á flor de agua de una patada en la arena, preguntó balbuciente á doña Felipa, á la vez que apartaba las telas para ladearse y disimular su turbación:

—¿Y cómo está Lola de sus dolores de cabeza?...

—¡Regular!... —replicó doña Felipa. ¡Es menester que sepa usted que siempre anda malucha!...

—¡Lola debiera cambiar de vida, siguió Demetrio, dispuesto á soltar un reguero de ados é idos. — ¡Bueno es que sea hacendosa y mujer de su casa... pero... ¡Hay que darle al cuerpo lo suyo... y al alma... pero todo equilibrado... medido... porque si no se le dá medido... ¡Vamos!... A Lola le conviene salir, hacer ejercicio, tomar el aire...

Demetrio se atragantó al llegar aquí y se enredó en sus equilibrios y en sus medidas. Doña Felipa, á quien ya le ardía en la boca la lengua, aprovechó la pausa para decir con su muletilla habitual:

—¡Pues es menester que sepa usted que siempre la estoy predicando eso

mismo: ¡que salga á paseo, que por qué no va á reuniones... ¡Desde que Juanita se casó no ha vuelto á pisar Recoletos!...

Doña Felipa se quedó tan fresca y tan orgullosa después de soltar semejantes preceptos higiénicos. Demetrio se decidió al fin, y con voz oscura, ardiéndole las mejillas, bañada la frente de una llovediza de sudor, sintiendo los golpazos que el corazón le sacudía en el pecho, exclamó desatinado y trémulo, más afanoso que nunca en arreglar los percales y sin atreverse á mirar á su interlocutora:

—¡Lola es de lo que no hay, doña Felipa!... ¡Esos son ángeles enviados por Dios á la tierra... ¡Mujeres así hacen la felicidad del hombre que las halla en su camino!...

Demetrio se detuvo en sus académicas imágenes asustado de su propia osadía. Doña Felipa no pronunció una sílaba fingiendo examinar con suma atención y no sé qué revoltijo de lienzo, que los dependientes habían dejado sobre el mostrador para arreglarlo después de comer, pero aparentando

no interesarle lo que Demetrio hablaba, seguía con angustia sus palabras, desparramándose por la cara de la buena señora, esa emoción luminosa que se asoma al rostro cuando por dentro resplandece la alegría. Ya no era posible retroceder y armándose Demetrio del valor desesperado de los tímidos cuando se encuentran sin retirada, exclamó queriendo echarlas de humorista y chancero, pero desmintiendo sus frases con el acento de verdad que se le escapó á borbotones de la boca:

—¡Voy á hacer el amor á su hija de usted... á ver si me quiere y me caso con ella!...

Doña Felipa aguardaba algo, pero no tan brusco, y realmente sorprendida miró á Demetrio, que se esforzaba por aparecer burlón sin considerar que su alma sería y honrada te desmentía desde los ojos. El entendimiento de doña Felipa era la propia bruma pero con la astucia ingénita en la mujer, comprendió que no debía descubrirse y exclamó afectando mucha risa:

—¡Ji... ji... ji!... ¡Qué bromista es

usted!... ¡Al demonio se le ocurre!...

—¡Pues como usted lo oye!... siguió Demetrio enardecido... ¡Por supuesto que cuento con su ayuda desde luego!... ¡Digo, yo creo que no me dará usted calabazas!...

Doña Felipa se formalizó un poco al notar que aquello iba de veras y aunque sin dejar el tonillo de bulla, replicó:

—¡Es menester que sepa usted que yo me consideraría muy honrada en ello!...

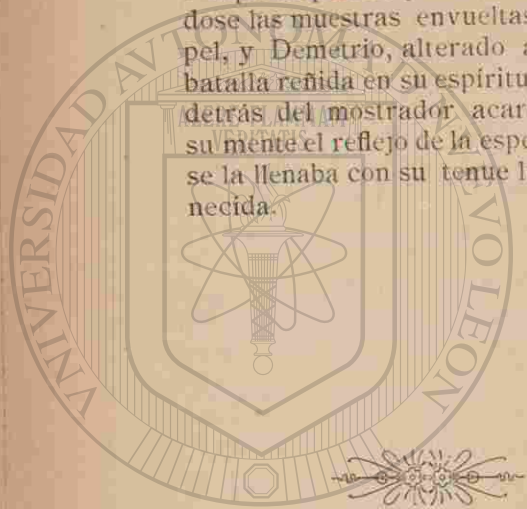
—¡Es que hablo en serio!... señora.

—¡Y yo!...

—¡Pues la cojo á usted la palabra!...

Demetrio se sentía casi malo por su audacia... ¡Dios mío!... ¡Y no se había acordado de hablar á doña Felipa de la dichosa carta que Lola tenía en su poder!... ¡Era preciso dejar aquel punto para mejor ocasión!... ¡Le faltaban ya ánimos para acabar de descubrir su pensamiento!... ¡Y aunque hubiera querido!... En estas los dependientes concluyeron de comer y bajaron á la tienda ¡Imposible seguir tal coloquio delante de testigos!... Entonces doña

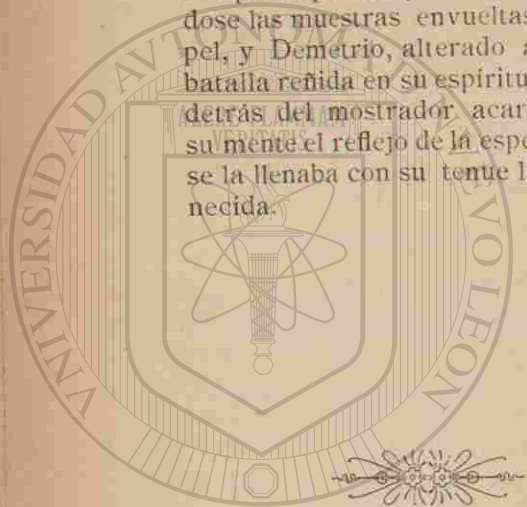
Felipa despidióse y se marchó, llevándose las muestras envueltas en un papel, y Demetrio, alterado aun por la batalla reñida en su espíritu, se quedó detrás del mostrador acariciando en su mente el reflejo de la esperanza, que se la llenaba con su tenue luz de amanecida.



CAPÍTULO XVI

Loca de júbilo por la espontánea declaración de Demetrio, encaminóse á su casa doña Felipa ansiando volcarle á Lola cuanto el comerciante le había dicho y resuelta á exigirla que aceptase el amor que el buen tendero la brindaba. Pensando como siempre, y en primer lugar en sí propia, veíase ya doña Felipa dueña del comercio, asegurando su porvenir, sin tener que pensar con pavor en el día en que su hermano mu-

Felipa despidióse y se marchó, llevándose las muestras envueltas en un papel, y Demetrio, alterado aun por la batalla reñida en su espíritu, se quedó detrás del mostrador acariciando en su mente el reflejo de la esperanza, que se la llenaba con su tenue luz de amanecida.



CAPÍTULO XVI

Loca de júbilo por la espontánea declaración de Demetrio, encaminóse á su casa doña Felipa ansiando volcarle á Lola cuanto el comerciante le había dicho y resuelta á exigirla que aceptase el amor que el buen tendero la brindaba. Pensando como siempre, y en primer lugar en sí propia, veíase ya doña Felipa dueña del comercio, asegurando su porvenir, sin tener que pensar con pavor en el día en que su hermano mu-

riese, y viviendo, á lo menos, sin privaciones ni escaseces de ningún género. Una nube, sin embargo, entoldaba el diáfano y clarísimo cielo de sus ilusiones, amenazando llevarse tanta felicidad: el recuerdo de las relaciones de Lola con el mequetrefe de Miguelito Cruz; era preciso á todo trance cortar este amorío, empresa no muy fácil con lo arraigado que ella tenía este cariño. Pero doña Felipa no se desanimó; estaba muy acostumbrada á mandar para arredrarse, y se prometió salirse con la suya. Monologuizando de esta manera calle Mayor abajo, se entró por el pretil de los Consejos, atravesó la de Segovia y avistó su casa. Lola se hallaba en el balcón aguardando sin duda á su novio; habíase asomado un instante, pero quiso su mala suerte que en ese instante llegara doña Felipa y la sorprendiera en acecho. Lola atisbó á su madre y se metió escapada, pero por pronto que quiso esconderse tuvo tiempo doña Felipa de descubrirla, y revolviéndose todo el limo de su iracundia, penetró en el portal y subió la escalera

la buena señora, bufando de cólera contra su hija.

Lola salió al encuentro de su madre; doña Felipa entró en el comedor, y con el entrecejo arrugado y la cara ceñuda y sombría, le dijo á la muchacha quitándose á la vez el velo:

—Mujer, ¡qué cosas tienes!... ¡Luego te quejarás si te duele la cabeza!... ¡Pues es menester que sepas tú que para pescar un tabardillo no se necesita más!... ¡De fijo que estarías esperando á ese hombre que te va á costar á tí algún disgusto, si Dios quiere, y á mí otro!... ¡Pues es menester que sepas tú que no estoy dispuesta á consentir que sigan así las cosas!...

Lola no esperaba la acometida; se le arrebató el color, agolpósele la sangre á los pulsos, que le cosquillearon como si le corriesen hormigas por las venas, sintió el aturdimiento que produce un martillazo en el cráneo y no replicó palabra. A doña Felipa no le entraba eso de delicadezas ni de consideraciones; toda ella tenía la ceguedad de la mano del perro, que planta sus dedos sin pararse en lo que lastima; así

no se le ocurrió á la buena señora aplazar su conferencia hasta meditarla bien, tratándose de un asunto tan grave como el porvenir de Lola, ni se le alcanzó lo discreto de esperar una oportunidad, de aguardar siquiera á la noche; el carácter brusco, pronto, impaciente de doña Felipa no soportaba prórrogas ni aplazamientos; aquella declaración sentida y leal de Demetrio, caldeada por el fuego de la honradez, que venía á coincidir con el anhelo constante de doña Felipa y á dar vida y realidad á sus ilusiones, revolvió el oleaje que hervía en el fondo de su pecho, y doña Felipa soltó en tropel cuanto ocultaba, con la violencia con que el *champagne* fermentando, y movido por el primer soplo de aire que toma la botella, despide el tapón con un disparo de espuma.

Lola se repuso de su sorpresa, cobró ánimo y quiso huir de la tromba que se le echaba encima, saliendo del comedor con cualquier pretexto.

—Voy á decirle á la chica que ponga la mesa—exclamó Lola.—Tío Manuel estará ya para venir del Ministerio.

Las horas veraniegas de oficina de don Manuel habíale obligado á variar sus costumbres, y comían al presente á la española. Pero doña Felipa atajó á su hija cuando ya se marchaba, y la dijo aposentándose en una butaquilla:

—¡No te marches!... ¡Tenemos que hablar!...

Lola se paró, sentóse en una silla, y muy pálida y tratando de disimular su inquietud, replicó sonriéndose con una sonrisa forzada, en la que palpitaba el temblequeo de labios de su emoción:

—¡Ave María, mamá!... ¡Pareces un juez!...

Doña Felipa no se dignó desarrugar el rostro, y sin mirar á derechas á su hija, ni andarse con preámbulos ni rodeos, exclamó con enfática entonación:

—Ha llegado la hora de las conferencias, Lola (confidencias quería decir); es menester que sepas tú que por sensible que te sea, no tienes más remedio que despedir á ese muchacho, como ya te aconsejé yo que hicieras, porque hija mía, el porvenir de la mu-

jer es casarse; tú ya no eres una criatura; Miguelito Cruz será un santo, no lo pongo en duda, pero está comenzando la carrera, de aquí á que la concluya faltan seis años, el mundo da muchas vueltas y ese chico hará lo que todos: mucho prometer y luego si te he visto no me acuerdo.

Doña Felipa hizo pausa para estudiar en el rostro de su hija el efecto que le producían sus frases. Lola, con los ojos bajos y la tez ardiendo, oía y callaba sin atreverse á contradecir á su madre, como esas espadañas cogidas por la tormenta que se doblan sin romperse, fustigadas por el huracán. Doña Felipa continuó:

Lo que tú debes hacer es no esperar á que te deje plantada; de ese modo, si ha pensado divertirse contigo, se lleva chasco. Créelo, es menester que sepas tú que esas relaciones de niño no te convienen porque te quitan cualquier proporción que se te presente. Ya ves, yo, tu madre, no voy á decirte una cosa por otra.

Lola habíase recobrado algo; aquella apreciación de su madre respecto á

Miguelito Cruz, cayó de golpe en el alma de la niña como la piedra que se tira al agua y revuelve el fondo. Serena al parecer, pero temblequeándole el acento, replicó la muchacha débilmente:

—¡Mamá! ¡Permíteme que te diga que obras muy de ligero!... Tú no conoces á Miguelito y no se deben hacer juicios temerarios de nadie ni de nada y mucho menos de lo que aún está por suceder. Yo no creo que te falte al hablar así, pero á mí se me figura que el cariño, muy natural, que me profesas, te pone una venda en los ojos. ¿Qué encuentras en ese muchacho que te haga sospechar que sea una mala persona?

Lola hablaba despaciosamente, con mesura, con una ingenuidad reflexiva. Nada tan extraño ni tan interesante como aquellas palabras henchidas de juicio que salían de la boca juvenil de Lola, y que parecían más serias por el contraste que formaban con los labios adolescentes que las decían. Doña Felipa se quedó un punto desconcertada ante la réplica; el tábano no

esperaba el manotón, pero se le pasó enseguida la impresión del pañolazo, recobróse la buena señora y repuso sonriendo forzosamente:

— ¡Bah! ¡Bah!... ¡Qué cándida eres Miguelito Cruz es de carne y hueso como los demás y hará lo que todos; tú no estás para perder tiempo; esos hombres que son siempre novios y nunca maridos se quedan para las chiquillas...

Doña Felipa se acercó más á su hija, la sonrió, miróla con algo de la fascinación de la araña y la dijo con acento más dulce:

— ¡Mira Lola!... Es menester que sepas tú, que en nuestra clase no se puede andar escogiendo y menos en nuestra posición. Considera que vivimos atenuadas á tu tío, que éste nos da el mejor día un susto y que entonces... No quiero ni pensar lo que sería entonces de nosotras!...

— ¡Pero mamá — repuso Lola interrumpiéndola — no creo que el tío se vaya á morir en seguida!...

— ¡Quién sabe!... ¡Anda muy atropellado el pobre!... Por eso á tí, que digo á tí, á ambas, nos conviene que cortes

tu noviazgo y pienses en un hombre formal, serio, acomodado, que tenga su posición hecha y se pueda casar en seguida. Considera que esa es nuestra única tabla de salvación.

Las palabras de doña Felipa carecían de ese perfume bendito de abnegación que da vibraciones celestes al idioma, todo alma, de las madres; ni una sola vez hablaba en singular, refiriéndose sólo á la dicha de su hija, dejando traslucir ese afán noble del amor sin límites de que refluya el supremo bien sobre la persona querida; no, siempre el nosotras, siempre el yo brutal y egoísta por delante, siempre el instinto de la materia que todo lo quiere para sí. — Lola se sintió lastimada por las insinuaciones de su madre: su corazón generoso, postrado de rodillas ante ella, tuvo impulso de levantarse, y sin poderse contener replicó sorbiéndose un buen tropel de lágrimas:

— ¡Dí eso, dí que de que yo me case depende nuestra felicidad (y pronunció el *nuestra* con repugnancia, como si le abrasara la boca) pero no afirmes que Miguelito es así, porque no le co-

noces más que por fuera, y para apreciar á las personas hay que llegarlas al corazón.

Doña Felipa comprendió, á pesar de lo brumoso de su entendimiento, que había resbalado más allá de donde se proponía ir, pero su falta de tacto la colocaba en una situación más franca y favorable, y en vez de desvirtuar su imprudencia exclamó sin compasión:

—Pues bien, Lola; hablemos claro. Miguelito Cruz será todo lo formal que tu quieras; te habrá dado mil palabras que pensará cumplir, por más que esas promesas de jóvenes son música celestial y se olvidan siempre; pero tú no puedes esperarle. Tú necesitas un hombre más hombre, que no se deje llevar de un capricho; que sea algo; que te ofrezca una posición desahogada, porque eso de pan y cebolla es menester que sepas tú que es una filfa inventada por el demonio. Pues ese hombre existe, Lola, y vive pendiente de tus labios y está dispuesto á ofrecerte cuanto es y cuanto tiene. ¿No sería una locura que despreciaras su felicidad, una proporción tan ventajosa como esa, que

sabe Dios si volverá á repetirse? Una persona tan decente, tan bien mirada del comercio... ¡no!... Es menester que sepas tú que yo no sería buena madre si consintiera en que por un devaneo de chicos, rechazases un cariño tan seguro como el de Demetrio.

Lola aguardaba el nombre, pero la crueldad con que le pronunció su madre la arrancó un sollozo del pecho que no llegó á salir, bien así como la quina que aunque la tomamos á sabiendas de su amargor nos produce siempre un estremecimiento.

Luego con la voz húmeda por las lágrimas, exclamó:

—¡Pero yo no quiero á Demetrio, mamá, y sería una indignidad hacerle caso!...

—¡Bah bah!... dijo doña Felipa con una procacidad rayana en el cinismo. ¡Como si el amor entrase de sopetón!... Eso es cuestión de tiempo. El trato engendra el cariño!... Créelo.

—¡No mamá, no, el amor es como los manantiales, no se sabe por qué brotan!...

Lola guardó después silencio, pero

sus palabras respiraban tanta resolución que doña Felipa no se atrevió á insistir y levantándose de la silla y echándose la mantilla al brazo dijo mal humorada é iracunda:

— Tú harás lo que quieras, pero nunca podrás decir que yo no te aconsejé como buena madre lo que más te convenía. — Y doña Felipa salió de la habitación.



CAPÍTULO XVII

El idilio de la escalera continuó desarrollándose, favorecido por el callejeo de doña Felipa, sin otro paréntesis que los eclipses que ocasionaba el astro opaco de la buena señora, cuando no salía de casa, interponiéndose así entre aquellas dos almas en conjunción. En cambio, en las tardes afortunadas, desquitábanse los dos novios de los días tristes y en cuanto la madre de Lola se iba, zampábase en el portal Miguelito Cruz y detrás de él echaba el perro de la portera, que sabía que aquel señor "gastaba" terrones de azúcar en los bolsillos... y se los daba á los canes con

mucha finura. ¡Como que una vez "sin pedírselo nadie" le regaló un terrón á él después de rascarle, al pasar, la cabeza!... Desde entonces, el faldero dejó de mirar con desconfianza á aquel señorito, que "parecía que se proponía hacer algo malo" según lo receloso que entraba en el portal. El ama del perro, humanizada por alguna que otra pes-tilla que Miguelito Cruz le daba "para horchata" por supuesto sosteniendo una lucha titánica con la portera que "tapaba" el charloteo, no por interés (y en cuanto atisbaba la peseta, se quedaba sin ojos) sino por simpatía; el ama del perro, en cuanto veía al joven, decía para su pañolón: "el de la del tercero" y le sonreía al contestar á su saludo. Miguelito Cruz subíase los escalones de cuatro zancadas, escoltado del perro que se sentaba en la plataforma inmediata, sin quitar ojo al joven y gruñendo á cuantos oía; llegaba al descanso del piso tercero y tosiendo con marcada acentuación de voz, en guisa de señal, asomábase Lola al ventanillo y se entablaba un charloteo de pájaro á través de la alam-

brera de aquel confesonario del amor.

Una tarde, días después de la explícita declaración de doña Felipa, respecto á los amores de Lola, Miguelito Cruz entró en el portal en cuanto la cicatera mujer dobló la esquina, pero no es lo bueno que entrase sino que no saludó á la portera que cosía en su cuchitril, y lo que es peor, no hizo una castañeta al perro que le miró con asombro, ladrándose para sus lanas: ¡vaya una cara de pocos amigos que trae hoy este hombre!... Miguelito Cruz mostraba, en efecto, en su semblante esa palidez sombría, que á la manera de las cerrazones precursoras de la tempestad en la naturaleza, anuncia las turbonadas del espíritu. Impaciente, anheloso, fuera de quicio, se tragó todos los tramos hasta el tercero, saltándolos de dos en dos y llegando anhelante al piso de Lola; pero en los ojos del mozo no reverberaba el sol intensísimo de la alegría, el deslumbramiento de que se llena la retina cuando se va á ver á la mujer amada, sino el fulgor de lumbre de muchos relámpagos contenidos y algo también

como restos de lluvia de lágrimas que le hubiesen escaldado los párpados.

Miguelito Cruz tosió, mientras el perro se acostaba cerca de él, esperando su terrón de azúcar, y se sintió á Lola que descorría la puertecita de bronce del ventanillo poniéndose á mirar por entre los arabescos de la celosía dorada; luego se oyó la voz fresca de la muchacha, diciendo con un acento que dejaba adivinar el resplandor celeste de una sonrisa.

—¡Que agitado estás!... ¿Por qué subes la escalera tan deprisa?... ¡No me gusta que hagas eso!...

El corazón de Miguelito Cruz pidió comunicación telefónica con su lengua, y la ordenó que respondiera á su novia que él se echaba al colete las escaleras, de una embestida, por verla antes, por no perder ni un minuto de palique, por oír cuanto más tiempo le fuera posible las frases de la niña, henchidas de ternura y que venían á ser como inyecciones hipodérmicas en su espíritu para aliviarle los dolores de la ausencia; todo esto que otras veces decía Miguelito Cruz, debió repetir

ahora escuchando á su corazón, pero su lengua permaneció quieta; quiso hablar sin que le acudieran las palabras, y á su pesar, sin ánimos para sobreponerse á su mutismo, se quedó pegado silenciosamente al ventanillo y abrumado por sus pensamientos como por esas nieblas bajas que ahogan los pulmones.

Lola echó de ver enseguida la pre-ocupación de su novio y preguntó desde la parte allá del ventanillo, con un acento de pájaro asustado:

—¿Qué te sucede, Miguel? ¡Estás meditando!...

Miguelito Cruz no replicó al pronto; la ola de un sollozo que le nacía y le moría sin salir del pecho, como esas corrientes submarinas muy profundas, le cortaba el habla; pero algo había de responder, y haciendo un esfuerzo supremo para dominarle, exclamó con un temblequeo de entonación que desmentía sus palabras:

—¡Nada!... ¡Me duele un poco la cabeza!...

La excusa era tan vulgar y tan torpe, que la penetración exquisita de

Lola venteó algo terrible en las vacilaciones de su novio, é insistiendo en su pregunta, le dijo aterrada:

— ¡Tú no eres franco conmigo, Miguelito!... ¡A tí te pasa algo grave que ocultas por no darme un disgusto!... ¡Dímelo!

Miguelito Cruz titubeó todavía, pero al fin, arrastrado por el torbellino que pugnaba por escapársele, murmuró á borbotones:

— ¡Pues!... ¡Tengo que darte una mala noticia!...

¡Una mala noticia!... ¡Ya se lo figuraba ella!... ¡Dios mío!... Estaba en brasas... ¡Pero á qué andarse con rodeos si al cabo había de confesarle lo que ocurría?... Lola le dijo anhelante á su novio: ¡Habla!... y entonces él, comprendiendo que por mucho que atenuara el golpe no conseguiría quitarle su rudeza, se decidió á descargarlo, y poco á poco, como si quisiera recoger sus propias frases según las iba diciendo, exclamó muy bajito para no oírse á sí mismo:

— ¡Pues!... ¡pues es!... que me voy de Madrid.

Escuchóse en el silencio de la escalera el ruido seco de la tapadera de bronce del ventanillo, que Lola mantenía abierta sosteniéndola del botón de agarre, al cerrarse repentinamente, abandonada por la mano de la niña. Después se entreabrió, de improviso, la puerta del cuarto; Lola apareció en el umbral, con los ojos muy abiertos, llenos de preguntas ansiosas, velados por un celaje de angustia, y, acercándose á su novio y cruzando los dedos como cuando se va á rezar, le dijo con espanto:

— ¿Que te vas de Madrid?... ¡Tú!

Miguelito Cruz no esperaba en modo alguno el arranque de Lola, impulsado por una sacudida de volcán de su pasión. Mil veces habíale pedido en vano Miguelito á su novia que sustituyesen el ventanillo, por el que apenas se veían, por una rendija de la puerta que les permitiría contemplarse; pero Lola no se atrevió nunca á prescindir de aquella celosía tan discreta, que con sólo correr un poco la tapa, si subía gente, poníala á cubierto de las miradas curiosas, y tan eficaz, que velán-

dola el rostro, la daba libertad para decirle á Miguelito Cruz desde la sombra, lo que acaso no le hubiera expuesto á cara descubierta. Por eso, al ver Miguelito Cruz á Lola en el umbral de la puerta como la aparición de un sueño de dicha, se quedó sobreco-gido, mirándola con asombro; después la echó las manos á los brazos, radiantes de alegría; le despejó el ceñudo rostro una suave luz de júbilo que se le esparció por la cara y hundió sus ojos en los de ella, que, cogiéndole por los hombros volvió á repetirle con una angustia suprema,

—Pero es verdad que te vas de Madrid?

El rayo de sol no pudo arramblar con la cerrazón, y el nublado tornó á eslabonarse; el regocijo, brotado un momento en el rostro de Miguelito Cruz, murió antes de nacer la sonrisa y su semblante se ensombreció de nuevo profundamente, replicando con honda amargura.

—¡No tengo otro remedio!... ¡Mi padre ha pedido en la Dirección de Instrucción pública el traslado de mis ma-

trículas á la Universidad de Salamanca y me manda á estudiar allí con mi tío.

Lola se quedó anonadada, sin voz, sin alientos, con dos ascuas en las mejillas, porraceándole las sienas con precipitadas sacudidas de batán, pero con el rostro seco y los ojos enjutos; en su frente se delinearon esas arrugas hondas con que grietean la piel los terremotos del cerebro; llenáronsele los párpados de lágrimas y mirándole á través de aquella lluvia de ternura, silenciosa como el chaparrear continuo de Octubre, preguntó la muchacha á su novio:

—¿Y te irás?

Miguelito Cruz permaneció mudo; conociase que esquivaba la respuesta; pero Lola no le quitaba ojo y murmuró desalentado:

—¿Qué he de hacer?...

Luego, tratando de animar á Lola y fingiendo cierta fortaleza que no casaba con el temblequeo de sus palabras, siguió buscando en vano una sonrisa.

—¡Vaya!... ¡No seas criatura!... ¡No parece sino que nos hemos de morir

mañana!... Yo vendré siempre que pueda, en todas las vacaciones... Además, ¿vamos á dejar de querernos por que nos separemos?...

—¡Claro que no!...—interrumpió vivamente Lola.

—¡Entonces!... Yo comprendo que es muy dura, horrible, la ausencia; pero ¡medrados estaríamos si nuestro cariño no la resistiese!...

Y Miguelito Cruz pronunció sus frases con tal acento de verdad, que Lola, oreada por aquella frescura de rocío de tan dulces palabras, le replicó:

—¡No hay más remedio que conformarse; también la resignación tiene su dicha!... Yo, por mi parte, no dudo un momento de que seremos felices algún día... ¡Quiere decir que mientras tanto viviremos soñando uno con otro!...

Lola, emulando á Miguelito Cruz, esforzabase por aparecer tranquila; pero en uno y otro se conocía la lucha entablada por la voluntad para detener los remolinos de exclusiva de su pena. Aquella tarde charlaron poco;

su tristeza les ahogaba las palabras en el pecho, y tuvieron que violentarse para no quedar callados los dos; en cambio sentían invencibles ganas de suspirar, y experimentaban un ahogo grande, como si les subiese algo á la manera de un hilo de humo á la garganta. Así se fueron las horas, contemplándose con el ahinco del que sabe que muy en breve tendrá que contentarse su retina con los recuerdos formados por la fantasía, sin que á nadie se le ocurriera subir á turbar el idilio, sin acertar á separarse, hasta que las sombras del anochecido, invadiendo la escalera, vinieron á advertirle de que era ya tiempo de dejar el cielo, y ante el temor de que doña Felipa les sorprendiera entróse Lola en su cuarto y Miguelito Cruz se marchó al fin, preocupado y caviloso, seguido del can, que echó tras él gruñendo para sus lanas:

—¡Pues señor, se le ha olvidado mi terrón de azúcar!





CAPÍTULO XVIII

A la postre se levantó una mañana Lola, y en cuanto abrió los ojos y el entendimiento á la realidad, arrancándose al sueño, deseó muy formalmente morir; Miguelito Cruz se había marchado la víspera, dejándola, eso sí, un reguero de promesas al modo de los rayos de sol que calientan el nido antes de esconderse, pero ¡se había marchado! El espíritu de Lola se sintió de repente solo, huérfano, perdido en la sombra; empezaba la noche polar de la ausencia, nada de charloteos, ni de eitas, ni de auroras en la escalera, ni de telégrafos desde el Viaducto; en lo sucesivo iluminaría su vida la luz de luna de los

recuerdos; ahora el símbolo de su ventura sería el recibir con frecuencia cartas de Miguelito Cruz. Como es natural la huyeron el apetito y el gusto para todo; quedóse sin rosas en las mejillas; comenzó á enflaquecer, y tuvo que resistirse á la angustia glacial que la invadía el corazón, como el cuerpo se defiende de la helada que se apodera de la sangre, tratando de adormecerla y congelarla. A consecuencia de esto, Lola se hizo más reservada y circunspecta, huyó de su boca la sonrisa que le doraba el rostro, y como todo le traía á la memoria al ausente, el trapo de señal colgado en la barandilla del balcón y nuncio de que se hallaba franco el paraíso por la *volada* de la madre, las horas de la mañana en que él solía pasar por el Viaducto á tomar *la orden* y el charloteo de por las tardes en el rinconcito callado y misterioso de la escalera... con cualquier motivo y en cualquier ocasión se le llenaban de un tropel de lágrimas los ojos.

Doña Felipa llegó á notar al cabo lo que acontecía; aquel ensimisma-

miento continuo de Lola, aquel éxtasis perpetuo en que vivía, aquella falta absoluta de interés con que desempeñaba al presente cuantos cometidos pesaban sobre ella, llegaron á picarle en la nariz á la buena señora, y se le antojaron extraños. Pronto, á los cuatro ó cinco días de la marcha de Miguelito Cruz, advirtió doña Felipa que el novio de la niña no asomaba como otras veces por todas las esquinas; al principio no dió importancia al hecho; pero muy luego el desmejoramiento de la salud de Lola y el eclipse total del amante cimentaron sus sospechas de que no se hallaba en Madrid, y un día, después de comer y sin andarse en rodeos, la preguntó á su hija bruscamente:

—Oye, ¿está fuera Miguelito Cruz?

Lola vaciló antes de responder, pero al fin había su madre de averiguar la verdad, y la muchacha replicó con bastante laconismo:

—¡Sí, está fuera!...

Doña Felipa no se arredró ante el seco del acento é insistió en sus averiguaciones, volviéndole á interrogar á su hija:

—Y... ¿á dónde ha ido?...

—¡A Salamanca!...

—Pero ¿por mucho tiempo?...

—¡Ni él mismo lo sabe!...

Decididamente Lola no tenía ganas de hablar; contestaba de cualquier manera, sin alzar la vista de la labor. Pero doña Felipa no era persona de quedarse con ninguna clavada, y sin mirar á su hija, á traición, atendiendo toda á la media, la dijo con una brutalidad que cortaba como un cuchillo:

—¡Pues es menester que sepas tú, que eso de marcharse así, no es más que un pretexto para concluir contigo!...

El golpe fué derechamente al corazón de Lola, y la pobre criatura sintió en el pecho el frío de un desgarró. Ella tenía en Miguelito Cruz una fe exaltada, una confianza sin límites; creía en él como en sí misma; no dudaba un momento de que el amor, asendereado por la ausencia, se enciende con mayor ímpetu, como las antorchas que se sacuden en el aire; pero aquella observación graciosa de su madre le produjo el efecto que cuando se atraviesa

la acequia por una tabla que creemos segura y se la siente de improviso crugir.

Doña Felipa no necesitó más para dar por muertos los amores de Lola y Miguelito Cruz. La ausencia los barrería y por si no, allí estaba ella dispuesta á arrancarles sus raíces para que se secaran. Ahora lo que hacía falta es que Demetrio "apretase"; que enviase al cuerno aquella timidez de niño que á nada ni á ninguna parte conducía, que lo que es como le ayudara, ya se encargaría ella de limpiar la mente de su hija de romanticismos y de "ñoñadas" y de convencerla poco á poquito, de lo ventajoso de su boda con Demetrio. El comerciante seguía yendo los jueves por la noche á casa de doña Felipa. Al principio, Lola, sintiéndose molestanda por la presencia del tendero, se retiraba del comedor con cualquier excusa; de ese modo creía ser más fiel desde lejos á Miguelito Cruz; pero á las dos veces que repitió semejante huida, su madre la regañó terriblemente en cuanto se marchó Demetrio, y á punto de acos-

tarse, sin consideración á la hora, empezó á gritos con la muchacha, tildándola de mal educada y grosera, catilinaria que concluyó cuando don Manuel, que volvía del café, tiró de la campanilla. Doña Felipa dió ahora en convidar á su mesa á Demetrio, poniendo los cinco sentidos en que éste fuera haciéndose lado en la casa, mezclándose en la familia... No se sabe si por ignorancia, aunque la brutalidad es maliciosa, dejó solos á Demetrio y á Lola en varias ocasiones, circunstancias que él podía haber aprovechado para hablar de sus cuitas á la muchacha; cuando doña Felipa tornaba al gabinete, comprendía á escape por el rostro sombrío del tendero, que éste no había soltado una palabra, lo que viene á probar que la buena señora se ausentaba capciosamente de la habitación. Generalmente tales cosas acontecían antes de almorzar y de que viniera don Manuel, y mientras doña Felipa se iba á dar una vuelta á la cocina, para que la criada no se descuidase.

Alguna vez intentó doña Felipa catequizar á su hermano á fin de que éste

inclinase el ánimo de su sobrina en sentido de que admitiera las relaciones de Demetrio, pero don Manuel no esperó á que la buena señora le volcara sus deseos y la dijo sin quererla concluir de escuchar: ¡mira, mira, yo no hago eso!... ¡ni en ese particular, ni en ninguno, me gusta torcer voluntades!... Por lo que á mí corresponde, Lola se casará como quiera y con quien quiera, con tal de que sea con un hombre honrado...

La primera carta de Miguelito Cruz llegó dentro del plazo estipulado: á los dos días de marcharse; Lola esperaba al cartero al balcón; le pareció que atisbando la esquina y viéndole acercarse, acortaba la distancia entre ella y el manajo de sobres que traía el empleado en la mano... Cuando el cartero entró en el portal Lola cerró las vidrieras, se fué corriendo á la puerta, y sin dar tiempo á que el hombre llamasé le abrió temblando, abrumada por esa ansiedad que siente el corazón siempre que le llega la dicha... A trompicones entregó al cartero el *perro chico*, avergonzada, casi, de lo exiguo

de tal cantidad... ¡Qué miseria de recompensa para una persona!... La verdad es que debían de cobrar más los carteros. Hasta entonces no había caído la niña en la cuenta; pero no hay nada tan generoso como la ventura... ¡Lo que es si no hubiera estado mal visto darle una monedita de dos reales al cartero!...

Lola se encerró en el gabinete "á solas con su carta"; primero adoró al sobre, le sonrió y le miró y remiró con la veneración con que se contemplan las reliquias; después lo rasgó, los ojos se le fueron por los renglones, leyó la epístola de un vistazo, con tanta comézón que apenas si se enteró de lo que decía, y luego, tomándola otra vez desde el principio, comenzó á deletrear la carta con el alma, párrafo por párrafo.

La epístola de Miguelito Cruz era ni más ni menos que su corazón abierto de par en par; en la primera página decía á Lola que la quería; en la segunda que la adoraba; en la tercera que la idolatraba, y en la cuarta... en la cuarta conociase que venía el beso.

Toda la carta chorreaba cariño y rectitud, y aquellas líneas francas, sin concluir las letras de impacientes y escurridas de galas y alifafes retóricos, trascendían a verdad á la legua; el corazón se asomaba por entre las oes de cada palabra; lo escrito estaba sentido y salía derechamente del alma. Lola contestó á escape á su novio una epístola de cuatro carillas con renglones atravesados, llena de arrullos de ave, aconsejándole multitud de cosas con esa dulzura de madre que tienen las mujeres desde niñas; hizole miles de advertencias sobre cuanto pudiera ocurrirle y no ocurrirle; le recomendó eficazmente que estudiara mucho para que terminase pronto aquel martirio de la ausencia, y por último, dijole á su vez en la primera plana que le quería, en la segunda que le adoraba, en la tercera que le idolatraba y en la cuarta puso otro beso después de recoger el que Miguelito Cruz la enviaba en el papel.

Así se deslizaron los días y así se avecindó el mes de Septiembre. En este intervalo, Miguelito Cruz y Lola

siguieron su correspondencia amorosa con matemática exactitud y largamente, contándose cuanto pensaban y hacían, y escribiéndose por el sólo placer de hablarse desde lejos. Doña Felipa, mientras, no se dormía en los laureles y no perdía ocasión de sermonear á su hija con motivo de la partida del estudiante. El tema de la tozuda señora venía á ser siempre el mismo: que si Miguelito Cruz era un hipócrita que no había tenido valor de descubrirse; que todas aquellas cartas no significaban nada; que es muy fácil el pintar el amor, pero que el caso consiste en probarlo; que la cosa estaba bien vista: él ponía tierra por medio para ir enfriando las relaciones; que Miguelito Cruz aquí, junto á sus padres, no estudiaba jota, y por tanto, que menos estudiaría allí, campando por sus respetos; que no sería nunca nada ni podría casarse con ninguna mujer que Miguelito Cruz estaría ya en amores con dos ó tres chicas *salamanquesas* (doña Felipa pronunciaba el apelativo de esta suerte creyendo hacer gracia); que á ella no le conve-

nia otra cosa que un novio rico y que se casase por la posta; Demetrio, verbigracia; que el día en que desgraciadamente faltase su hermano quedarían las dos, madre é hija, amparadas por un brazo de tanto valer como el del tendero; que... ¡vaya usted á echar cuentas!... Un moscoñeo continuo casi á la oreja, en casa, en misa, en paseo, en todos los sitios y parajes, con un tesón increíble. Semejante tenacidad dió á Lola la medida de lo empeñada que su madre se hallaba en que ella admitiese los galanteos del comerciante, y aunque de sobra sabía el favoritismo de que gozaba Demetrio, nunca pensó que alcanzase un extremo tan decisivo, y el descubrimiento fué un horóscopo terrible para la niña, que presintió la lucha que le aguardaba.

En estas se echó encima el veintitantos de Septiembre, la edad de oro de los membrillos y de las azofaifas, y Lola recibió una carta, de más lectura que las anteriores, en la que á vuelta de mil rodeos y circunloquios decíale Miguelito Cruz que había salido mal de sus exámenes, que perdía el año y

que su padre le ordenaba á rajatabla que continuase en las frescas riberas del Tormes, donde reanudaría sus estudios de Derecho hasta recibirse de abogado, á cuyo efecto sentábase él á escribir de retorno de matricularse en la Universidad.

Aquel golpe inesperado dió al traste con la ficticia pujanza de Lola y le abatió sus débiles vuelos con la fuerza ciega de una embestida de huracán. Semejante suspenso, que venía á ensanchar el paréntesis, siempre eterno, de la ausencia, disgustó grandemente á la muchacha y le produjo esta angustia horrible que engendra el enraquecimiento del alma privada de la fe; entonces dudó por primera vez, no del estudiante, que no cabía tal duda en su pecho, sino de su porvenir y de su felicidad. ¡Oh!... á ella no le importaba ciertamente esperar, y esperar de lejos, dos, tres años, un siglo... su amor era muy profundo y vivía adherido á su corazón con la fuerza de una lapa á la roca... Detrás de la tormenta, por una vieja verdad tan antigua como el mundo, vendría la calma... ella respon-

día de sus sentimientos... y ¿por qué no? respondía también de los de Miguelito Cruz, dotado de una voluntad de piedra y que la adoraba con una constancia indestructible. ¡Pero su madre!... Lola creía firmemente que su madre era incapaz de resistir aquellas relaciones indefinidas... en todos los momentos; siempre que se suscitaba este particular, manifestábase doña Felipa aferrada á la misma idea: la de que su hija no podía ni debía dar oídos sino á un hombre que la llevase pronto al altar.

Lola propúsose ocultarle el suspenso á su madre, y doña Felipa nada supo de las calabazas obtenidas por Miguelito Cruz. Pero entró en sus primeros días Octubre, y como la lenguaraz señora no observó ni indicios de que el estudiante pensara asomarse por los alrededores de los balcones de su casa, preguntóle un día á Lola:

—¿Por fin se queda á estudiar en Salamanca Miguelito Cruz? Porque supongo que cuando yo no le he visto ya haciendo el oso en la esquina, es que no está en Madrid...

A Lola le repugnaba mentir, y como sus palabras hubieran sido desautorizadas por la realidad, repuso sencillamente:

—¡Pues no está en Madrid, en efecto!... ¡Como su tío es magistrado en Salamanca, ha querido que se matricule en aquella Universidad, y por lo menos este curso continuará allí sus estudios!...

Doña Felipa botaba, conforme Lola iba soltando sus frases; cuando la arriscante mujer se enteró de lo que acontecía, se pegó un manotón en un muslo, como enérgico arranque de su mímica, y exclamó con un acento incisivo:

—¡Lo ves!... ¡Si es menester que sepas tú, que cuando yo hablo, sé por qué hablo!... ¡Qué te dije yo!... ¡Ese hombre no se atreve á romper aquí contigo, y poniendo tierra por medio estamos en mitad de la calle!... ¡Ese tío, los estudios, todo es un pretexto y nada más!...

Doña Felipa se sintió satisfecha de su oratoria y juzgó oportuno hacer una pausa y alzar los hombros como para cimentar con el ademán la elocuencia

de sus argumentos. Lola perdió algo la calma al oír á su madre y se desconcertó un poco, pero se repuso enseguida y replicó con fiereza y vivamente:

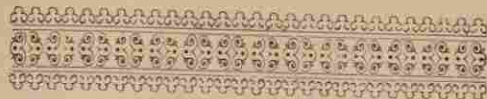
—¡No, mamá, no; no es un pretexto... ¡ese tío no es una invención; vive y existe realmente!...

—¡Pues aunque eso sea!...—añadió doña Felipa, como dejándose convencer por el acento sincero de Lola.—¡El tío se hubiera tenido que contentar con quedarse solo si el sobrino se hubiera empeñado en venirse á estudiar á Madrid!...

La observación no estaba destituida de solidez, pero Lola no la pasó, y repuso con prontitud:

—Eso sería muy bueno si se pudiera disponer de sí y no tuviera un padre á quien obedecer.

Tocóle el turno de callarse á doña Felipa, y así acabó la conversación, sin que el ácido corrosivo que la madre quería verter en el ánimo de su hija, hiciera la menor mella en su cerebro.



CAPÍTULO XIX



Al todo esto los alcotanes que habitan en las alturas del Palacio Real entre las volutas de piedra de la fachada ó detrás de los balaustres berroqueños del emplomado, atisbaron cierta amanecida al salir á tomar el primer rayo de sol á los rafes, una mancha negra que obscurecía el horizonte, como enorme cinta pardusca flotando en el espacio. Los alcotanes suspendieron su despiojeo, y fijándose en aquello oscuro observaron que volaba; entonces, saltando de gozo en los capiteles y en las barandas se graznaron para su molle-

de sus argumentos. Lola perdió algo la calma al oír á su madre y se desconcertó un poco, pero se repuso enseguida y replicó con fiereza y vivamente:

—¡No, mamá, no; no es un pretexto... ¡ese tío no es una invención; vive y existe realmente!...

—¡Pues aunque eso sea!...—añadió doña Felipa, como dejándose convencer por el acento sincero de Lola.—¡El tío se hubiera tenido que contentar con quedarse solo si el sobrino se hubiera empeñado en venirse á estudiar á Madrid!...

La observación no estaba destituida de solidez, pero Lola no la pasó, y repuso con prontitud:

—Eso sería muy bueno si se pudiera disponer de sí y no tuviera un padre á quien obedecer.

Tocóle el turno de callarse á doña Felipa, y así acabó la conversación, sin que el ácido corrosivo que la madre quería verter en el ánimo de su hija, hiciera la menor mella en su cerebro.



CAPÍTULO XIX



Al todo esto los alcotanes que habitan en las alturas del Palacio Real entre las volutas de piedra de la fachada ó detrás de los balaustres berroqueños del emplomado, atisbaron cierta amanecida al salir á tomar el primer rayo de sol á los rafes, una mancha negra que obscurecía el horizonte, como enorme cinta pardusca flotando en el espacio. Los alcotanes suspendieron su despiojeo, y fijándose en aquello oscuro observaron que volaba; entonces, saltando de gozo en los capiteles y en las barandas se graznaron para su molle-

ja:— ¡Toma, pues si son los primos, los grajos, que vuelven en busca de los olivares de Extremadura!

Había llegado el mes de Enero; la sierra no se quitaba su gorro de dormir de punto de nieve, y el acusón del viento del Norte, que todo el invierno se lo llevaba soplando á escondidas, con un hálito sutil y silencioso, cuanto acontecía entre los riscos, las intriguillas de las águilas y los secretos de los pinares, veníase ya hacía el Viaducto con el trotecillo igual y el aliento de alfileres, de la temperatura mínima de la infancia del año.

Por entonces Madrid amanecía siempre como empaquetado en una bala inmensa de algodón, que se ceñía á los edificios y llenaba los huecos de las calles envolviendo la ciudad en un enorme estuche de niebla. En las primeras horas de la mañana el vapor acuoso era tan espeso que parecía que flotaba en la atmósfera una llovediza de fragmentos de granos de arroz cocido; después el sol cobraba fuerzas, horadaba el tupido velo blancuzco abriendo la cerrazón á un lado y á

otro á la manera de las hojas de un libro; la niebla se fundía dejando los tiestos, los bigotes, los árboles de los jardines, el paño de las ropas, el charol del techo de los coches escarchado de un tropel de puntas de aguja que fulguraba, al ser heridas por la luz, como una lluvia de chispas y las casas surgían de la penumbra grises, oscuras, tétricas y chorreando agua. Luego, á la tarde, solía despejarse algo el cielo, asomaban tímidamente por entre los desgarros de la niebla los tibios y débiles haces del sol, que no conseguían endurecer el piso ni secar la tierra, y en anocheciendo tornaban á levantarse las ondeantes gasas tan profundas, que ahogaban y hacían palidecer las ruedas de reflejos del alumbrado, y tan frías y tan cargadas de humedad que se metían hasta en los huesos, fustigando á las articulaciones con la presión de cuña de los dolores reumáticos y ahogando la tráquea con las asfixias del asma crónica.

Don Manuel era un español de muy buena raza para prescindir de su ter-

tulia nocturna en el café con sus compañeros de oficina, porque á las nubes se les antojase volcar la regadera ó al despota del Guadarrama se le pusiese en las crestas barrer con sus rachas las calles. Así, que lloviera ó que soprase el zarzagana, no perdía él su ratito de charla en aquel rinconcejo de El Siglo, tan abrigado y tan cuco, donde se iban las horas sin sentir. Bien es cierto que con semejante atmósfera, rayana en la temperatura del horno, era muy expuesta la salida; pero envueltecito en la capa y chupando el cigarrillo al asomar afuera para que el aire llegara entibiado por el humo á los pulmones, reíase él de las pleuresías y de las heladas. Todo se reducía á un poco de frío... su casa estaba cerca, pero en cambio se llevaba á dormir un costal repleto de noticias.

— ¡Digo!... Como que en la mesa se reunían el portero mayor del Ministerio, que andaba siempre alrededor del "Jefe" y lo oía todo; el auxiliar primero del personal, por cuya mano pasaba cuanto había que pasar en el mundo burocrático... de aquella depen-

dencia; el encargado del Registro, que forzosamente debía de saber mucho, puesto que él daba salida á las cosas, y el escribiente mayor, que inspeccionaba antes de repartirlas entre su gente, cuantas órdenes entraban para ponerse en limpio. De apéndice formaban parte de la tertulia dos ó tres auxiliares de la Secretaría particular del Ministro, que también aportaban su caudal de noticias, y que pertenecían á la mesa del café por amistades con el del personal, aunque el resto de la reunión, funcionarios viejos, miraban con desdén á aquellos señoritos, á los que tildaban de empleados de pega, incapaces de otra cosa que de extender "besa la mano" y escribir cartas, y sin saber lo que es un traslado ó una minuta; en consecuencia, con tal opinión, jamás llamaban los antiguos á los de Secretaría compañeros, y escurriéndose por la edad, decíanles para nombrarles sin ofenderles:

— ¿Y usted que opina, pollo?... ¡Oiga usted, pollol!... ¡Adiós, pollol!...

En aquella mesa se hablaba de política; ¡es claro!... ¡Dónde no se habla de

política en España en habiendo dos personas juntas, y por añadidura si cobran del Estado!... Pero el asunto preferente de conversación en aquel rinconcito era su dependencia, el Ministerio en que servían, "la casa", como ellos le llamaban por antonomasia. Allí se hablaba de todo y se llevaba a la barra cuanto tuviese que ver algo, cosa ó persona, con su oficina. Cada quisque tenía su plan, no rentístico, que no llegaban á tanto sus meollos, aunque capaces eran de enmendarle la plana á Pitt; los de la Secretaría particular, por lo menos, como jóvenes, veían con profundo desdén el sistema seguido en España en las tributaciones, propio "del año 30", según ellos decían, para menospreciarle, asegurando muy orondos que la Hacienda española necesitaba modernizarse, entrar por la senda de los Estados Unidos (al que de seguro no sabían fijamente si estaba en América Sur ó Norte); cada quisque tenía su plan, decía, para organizar de otro modo los servicios, pero la porra era que el plan de unos pugnaba con el plan de otros, y

así se armaban aquellas discusiones, con honores de disputas, en la mesa de los "cuartos", como denominaban los camareros á la de los empleados, por pertenecer éstos al ramo de Hacienda. A la cuenta, el auxiliar primero del personal, pretendía que el Registro y los escribientes estuvieran afectos al personal, centralizados, mientras el Jefe de los escribientes era partidario de que cada sección tuviera "sus plumas" (textual) y "sus registradores" independientes entre sí, y el del Registro opinaba que su negociado debía estar sólo á las órdenes del Subsecretario y servir de distributor de expedientes en las oficinas de la casa; los de la Secretaría iban con el Jefe de los escribientes, porque aquello de descentralizar era modernista, muy modernista... y porque en apuros de muchas cartas, les prestaba el Jefe susodichos dos escribientes que "tirasen bien y largo"; únicamente el portero mayor permanecía impertérrito entre tal oleaje de organizaciones y desorganizaciones, porque á él no le iban ni le venían, ni le quitaban de ser la tercera perso-

na de la trinidad ministerial, el Ministro, la poltrona y el portero mayor...

Con tan fascinadores atractivos, ni el sermoneo de su hermana para que no saliese de noche, al menos mientras durasen aquellas nieblas tan frías, ni la convicción que él abrigaba, de lo mal que caía el relente á su salud, eran capaces de retenerle en casa después de comer, y en cuanto barboteaba el gas de los faroles, parecía que le pinchaban entre las uñas, de impaciencia, por largarse al café. En las mismas horas de oficina, los contertulios de El Siglo visitábanse mutuamente en los despachos respectivos, y siempre había una pompa de jabón en el aire, alguna noticiota de á libra que devorar y que motivaba el que si no podían, por la premura de los expedientes, acercarse á las habitaciones de cada cual á recomendar la asistencia, se enviaban un volantito con la frase sacramental de ¡que no falte usted esta noche!...

Al cabo sucedió lo que no podía menos de ocurrir. La naturaleza quebrantada de don Manuel, combatida

por su asma añeja y terrible, que le tenía siempre en una pura tos, se sintió de aquel trasiego nocturno, y una noche, al regresar á su domicilio, díjole á doña Felipa, con el acento entrecortado por un temblequeo terrible:

—¡Vengo malo!... ¡Tengo un frío muy grande y me duele el costado de una manera atróz!... ¡Haz que me calienten agua para ponerme una botella á los pies!...

Don Manuel venía, en efecto, desencajado y lívido, contrastando la palidez de su semblante con las rosas de fuego que la fiebre le estampaba en las mejillas; respiraba con dificultad, con un movimiento vivo y anhelante, y en su rostro se pintaba una gran revolución interna.

El pobre señor no se libró, á pesar de su situación, de las primeras voces de su hermana. ¡Si lo decía ella!... ¡Si tenía que suceder!... ¡Si no podía menos!... ¡Si él no estaba para tales trotes ni para andar saliendo á tomar frío, sino para quedarse al brasero, leyendo *La Correspondencia!*... Pero no había

hecho caso; los amigotes y la política eran antes... ¡maldita política!... ¡y ahora pagaba su testarudez!... Por fortuna, doña Felipa monologuizaba á la vez que le preparaba todo á su hermano, ayudada de Lola, y entre las dos llevaron á don Manuel á la cama, le acostaron, echáronle encima mucha ropa para que se reaccionase, pusieronle á los pies un tarro de Ginebra lleno de agua hirviendo, y buscando el sudor propinaronle al paciente luego una buena tisana. Aquella noche era casualmente de jueves, y Demetrio haciales la tertulia á doña Felipa y á Lola; la coincidencia fué muy feliz; don Manuel se sentía cada vez peor, y hubo menester llamar al médico, cosa á que se prestó espontáneamente el comerciante, deseoso de sumar méritos á los ojos de Lola. El doctor era amigo de don Manuel; vivía á la vuelta, y Demetrio tuvo la suerte de encontrarle en casa, á punto de recogerse, por lo que á poco se le pudieron dar al enfermo los auxilios de la ciencia; el diagnóstico del médico fué espantoso; los síntomas que don Manuel

presentaba no ofrecían duda á ojos expertos y aun á profanos; el pobre viejo se quejaba sobre todo de un dolor pungitivo y agudo, como si al respirar le metiesen y sacasen un puñal en un lado; don Manuel tenía una pleuresía.

La noche se presentaba de prueba; el estado de don Manuel era grave y no tardó en perder la cabeza y en comenzar á desvariar acometido de gran delirio. Demetrio comprendió el apuro de las dos mujeres, sin nadie que les ayudara ni nadie que saliera á la calle si se hacía preciso, y espontáneamente por noble impulso de su corazón, sin cuidarse en aquel momento de si su rasgo le favorecía ó no en sus pretensiones respecto á Lola, le dijo á doña Felipa un poco confuso por si se le antojaría mucha libertad:

—Señora, yo veo á don Manuel muy malo, por desgracia!... ¡Ustedes están solas!... ¡Pueden necesitar ayuda de repente... salir á la calle... ¡Si no creen que me extralimito y me lo permiten, me quedaré á acompañarles!...

Doña Felipa vió el cielo abierto y en medio de su aflicción sintió que se le exparcía por toda el alma un alivio infinito. Desde que la pobre señora se penetró del estado de su hermano, no pensaba en otra cosa que en lo que restaba de noche, en que se iban á encontrar ellas, dos mujeres, á solas con un enfermo de tanto cuidado y enteramente indefensas; ni se trataban con la vecindad, salvo las del segundo, y para eso de cumplido, ni aquellas eran horas de llamar en ninguna puerta. El ofrecimiento del comerciante vino á sacar de su apuro á las dos mujeres y cada una, según su carácter y su posición cerca del tendero le manifestó, su gratitud á su manera. Doña Felipa, á seguir sus impulsos, se hubiera arrojado al cuello del comerciante y no pudiendo darle las gracias de modo tan expresivo, se limitó á decirle que no se molestara por ellas, y fácilmente y después de estos cumplidos, que en su estrecho criterio creía la buena mujer imprescindibles, cedió manifestando su reconocimiento en un aluvión de finustiquerías y requilorios. Lola fué

más lacónica; apreciando lo noble de la oferta del tendero, no se la rechazó ni aún por fórmula y le dijo con sencilla dignidad pero con el corazón:

—¡Crea usted que no olvidaré nunca este proceder!...

Demetrio se encontró sin saber cómo de patitas en la gloria al oír el cumplido de Lola; como era natural, enseguida se necesitaron los servicios del pobre horterero para ir á la botica y el tal agarró la receta y reventando de júbilo por dentro, aunque por fuera amoldara el rostro á la ocasión, se encaminó á la farmacia, y al fin del mundo se hubiera marchado por oírle de nuevo á la muchacha otra frase por el estilo.

La enfermedad habíale cogido con saña de fiera á don Manuel. Cuando el médico hizo su visita á la siguiente mañana, se asustó de lo alto de la fiebre; el pobre señor tenía una calentura "como la de un caballo", según frase de doña Felipa, y lo que era peor, se le presentaban grandes accesos de tos, seguidos de esputos viscosos, lo que hacía temer en la complicación de la dolencia con pulmonía y con pulmonía

de las que vienen espada en alto, sin detenerse en rodeos ni en períodos prodrómicos; el galeno declaró en vista de tales síntomas gravísimo el estado del pobre don Manuel.

En cuanto "la mesa" de El Siglo se enteró de lo que acontecía, se ofreció como un solo hombre á doña Felipa y se brindó á velar al enfermo por las noches, pero la buena señora, agradeciéndola en el alma, rechazó la oferta por innecesaria, pues Demetrio había declarado, que mientras tuviera fuerzas no se separaría de la cama del enfermo, con lo que doña Felipa no sabía en qué altar poner al honradísimo comerciante. A la verdad, la abnegación de Demetrio no era del todo desinteresada, pero aparte del egoísmo peculiar en el amor, de hacer valer su conducta á los ojos de Lola, guiábale al tendero una intención rectísima y le impulsaba realmente su cariño hacia don Manuel, y su gratitud por la deferencia con que éste le trataba de continuo.

La enfermedad del pobre oficinista había venido á fundir con su triste in-

flujo la frialdad de relaciones entre D.^a Felipa y sus vecinas las de López; ahora ayudaba Luisa á Lola en sus menesteres caseros y por las tardes subían madre é hija á acompañar á la familia de don Manuel, se estaban hasta la hora de la comida y tornaban luego por la noche.

La predilección de don Manuel por Lola se manifestó en seguida en un deseo imperioso de enfermo: el de que la muchacha no se apartase de su lado. ¡Quién sabe si estas manías del hombre cuando cae el cuerpo, responden á que el espíritu se siente atraído por una mano invisible hacia la sombra y se agarra á los seres queridos para no marcharse!... Lola se consagró con toda el alma á su tío; ella se avistaba con el médico, le informaba *ce por be* de los síntomas y de los cambios experimentados por don Manuel entre visita y visita, y sin necesidad de apuntar las horas en un papel, retenía en la memoria cuando había que darle las medicinas, administrándoselas con matemática exactitud. Nadie sabía como Lola arreglarle la cama, ó ayudarle á

volverse, ó limpiarle el sudor; con una paciencia sin límites aguantaba las brusquedades del pobre señor, propias de su estado, y sus caprichos, hijos del bruceo de lumbre de la fiebre; siempre tenía para su tío una palabra de ánimo ó una sonrisa de aliento, y halagado de tal suerte por aquella abnegación continuada de su sobrina, llegó don Manuel á no querer que la muchacha dejase un momento la alcoba, ansiando su presencia con la avidez con que los pájaros buscan el sol. Lola no era para don Manuel una mujer, sino un resplandor, el rayo de luz que arrambla con todos los nublados; cuando Lola se iba entrábale al enfermo un terror infantil, "se miraba en su interior" y le subía una obscuridad tan grande que comenzaba á llamar á Lola para que volviera. Allí no había ni más ni menos que la naturaleza manifestándose en todos instantes; la mujer que es madre aun siendo virgen, y que siempre tiene alas para abrigar la desgracia.

Demetrio seguía de cerca esta conducta de Lola, faltándole ya corazón

para admirarla y siguiendo adorándola en silencio. Su misión de enfermero le permitía hacer ahora vida común con la muchacha, estar junto á ella todo el día, hablarle á cada instante, ayudarla, darle la cuchara cuando se la pedía, echarle agua en la copa cuando la necesitaba. Lola, con su profunda mirada, leía cuanto pasaba en el corazón de Demetrio; pero él callaba sus sentimientos con una discreción exquisita, y tal interés mostraba en su asistencia al paciente, que Lola, aceptando la ayuda en toda su nobleza, concluyó por tratar al comerciante con afable bondad, dulcificando su despego, aunque sin darle cuidadosamente el más mínimo motivo de que reverdecieran sus esperanzas amorosas. Doña Felipa observaba esta aproximación impereceptible de los jóvenes con honda complacencia, y habría bendecido la enfermedad de su hermano, que venía á colocar juntas aquellas dos voluntades como en juicio de conciliación, si la dolencia de don Manuel hubiera tenido un resultado feliz. Pero, por desgracia, los afanes y des-

velos de todos rebotaban contra la enfermedad como en una coraza; las medicinas sucedieron á las medicinas, sin conseguir resultado alguno y parociendo que se volatizaban en aquel organismo encendido por la calentura; el derrame que el doctor temía inició al fin su ataque rudo al cumplir el septenario en que había de hacer crisis la pleuresía, francamente anudada ya á la inflamación pulmonar, y el galeno pidió junta de médicos en vista de lo gravísimo del lance, aunque, en su sentir, y como Dios en su omnímodo poder no obrase un milagro, no había salvación para don Manuel; sin embargo, mientras existiese vida era de obligación defenderla, y acaso sus compañeros hallaran un cable que arrojar al enfermo. La consulta fué larga y detenida, como cumple á personas de convicciones sólidas; el médico de cabecera expuso á sus compinches el tratamiento seguido; enredáronse después en un tirroteo de terminachos, soltando cada cual, á la manera del prestidigitador que come fuego y devuelve una cinta interminable, un rosario de

osis é itis, y tras de tanto deliberar todos convinieron en que don Manuel se moría sin remedio.

El pronóstico produjo en la familia el espanto de la caída de una bomba. Doña Felipa no ignoraba la gravedad de su hermano; constábale el peligro en que se hallaba, pero no le creía tan inminente, y su cariño fraternal rechazaba la idea de una catástrofe; la misma Lola, que seguía paso á paso la enfermedad, alimentaba la esperanza de que su tío la resistiera; pero la naturaleza de éste, comida por el asma, que le cerraba los pulmones, y asendereada por los padecimientos, se doblégó ante el garfazo y no pudo resistir; el propio don Manuel comprendió que se iba, y él espontáneamente pidió los auxilios religiosos, que no recibió más que á medias, porque después de confesarse le entró un delirio horrible, que ya no le dejó hasta morir, y que le borró toda luz de la mente.

El derrame seroso fué la puñalada que acabó con el pobre hombre; hasta que el derrame se precipitó como un alud sobre el cerebro, todos alentaron

abrigando una débil esperanza de salvación, no obstante el considerar ya perdido al enfermo. Pero la mazada del derrame decidió al fin la lucha; cabalmente en la noche undécima de su mal entró el desdichado don Manuel en la agonía, y rodeado de su hermana y de Lota, que gemían silenciosamente arrodilladas al pie del lecho, y de Demetrio y Luisa López, que contemplaban la triste escena desde la puerta de la alcoba, insensible, aplomado sin conocimiento, imbécil por el torbellino de la congestión, espiró el pobre señor á la madrugada.



CAPÍTULO XX



LA "mesa" de El Siglo no podía abandonar á su camarada de congreso, y no le abandonó. Ya en las últimas noches de dolencia, en vista de que de un momento á otro se esperaba la espantosa desgracia, quedábanse un par de amigos en casa de doña Felipa velando al paciente; al auxiliar primero del personal y al portero mayor les cupo en suerte asistir á la defunción de su amigo; apenas murió, y antes de que se enfriara le amortajaron cuidadosamente, depositáronle sobre su misma cama hasta que se

trajera la imperial, y en cuanto rayó el nuevo día se echaron á la calle á disponer todo lo necesario para el entierro.

Uno de los más grandes favores que presta la amistad en la vida es la dictadura provechosa que ejerce en tranques tales, "asumiendo el mando" del hogar, invadido y desequilibrado por la muerte. Los piadosos amortajadores de don Manuel avisaron en seguida á sus compañeros de lo que ocurría, y la "mesa" en pleno se constituyó en casa de doña Felipa, entendiéndose con Demetrio en todo lo concerniente á dar tierra al cadáver, pues aunque Demetrio declaró no ser pariente del difunto, la "mesa" encontró que áquel señor estaba allí igual que en su domicilio propio, y á mayor abundamiento doña Felipa le revistió de omnímodos poderes declarando que "como si fuera de la familia". Los de la secretaría, gente moza y despierta, que si bien consideraban mucho al señor de Domínguez, que de tal guisa llamaban á don Manuel, no le tenían el cariño de coetáneo del resto de la tertulia del

café, menos afectados por la desgracia, se fijaron en la posición de Demetrio y se dijeron para su capote:—¡Este debe ser el novio de la niña!...—Y véase por donde las circunstancias iban empujándole al tendero hacia Lola con sólo que él se dejase llevar por la dirección del viento.

Avisada la Funeraria, en un dos por tres se endilgó el túmulo en el gabinete, y reunidos luego la "mesa" y Demetrio ocupáronse de escribir los sobres de las papeletas de defunción, tarea dirigida de una parte por el auxiliar primero del personal, que sabía las amistades de don Manuel en el Ministerio, y de otra por el comerciante, que había hecho un listín de los conocimientos de la casa, dictado por doña Felipa, después de no pocos ahogos y de torturar la memoria para no dar pretexto con involuntarias omisiones á que los olvidados creyesen que "no se tenía gusto" en que asistieran al entierro. Las papeletas fueron repartidas al medio día, y por la tarde comenzaron á acudir los amigos de don Manuel y doña Felipa á hacer el duelo.

Lola y doña Felipa, sin peinarse, ojerasas, con los ojos encendidos y llenos de lágrimas que la niña se enjugaba en silencio y doña Felipa estruendosamente sonándose á cada minuto con estrépito, rebujadas en oscuros mantones hallábanse, una en el sofá y otra en un butacón; rodeándolas, en corto, hasta diez ó doce señoras enlutadas, procuraban infundirles consuelo con su patabrería vulgar y hueca, exenta de todo punto de calor, sacando á relucir cada cual sus muertos, y estudiando mientras una hablaba y gracias á que no hablasen todas á un tiempo, que sus conatos había, las más íntimas los grados que alcanzaba el dolor de doña Felipa y de Lola, si ésta parecía sentir la desgracia con mayor pena que aquélla, ó aquélla que ésta, si vestían ya de luto, si se habían ó no acicalado, dispuestas á censurar la compostura si se las encontraban peinadas, en tales momentos en que no "hay humor para nada" ó á criticar su desaseo si se las hallaban sin atusar, porque el dolor no tiene que ver con el respeto que se debe á la sociedad y un peine

se pasa enseguida; y las amigas de menos confianza acechaban con disimulo todo esto, y además si la sala estaba bien puesta, si los muebles tenían polvo, la clase de gentes con quien doña Felipa se trataba... Cada persona que entraba dedicábale según era de rúbrica un recuerdo al difunto, exclamando todos los concurrentes lo mismo:—¡Conque al fin!.. ¡Conque el pobre don Manuel!... y otras frases por el estilo que reerudecían el dolor de Lola y de su madre, y provocaban en cuantas señoras había en la sala un movimiento de pañuelos á los ojos. Doña Felipa, en medio de su angustia, atendía á las visitas con serenidad bastante para hacer los honores, y creyendo en su obscuro juicio que obraba muy correctamente, decía á cuantas iban á darla el pésame, antes de marcharse, refiriéndose al difunto y como si se tratara de un objeto de exposición: ¡quiere usted verlo!... Al cabo la noche arrambió con tanto importuno; Lola no quiso que Luisa López se quedara á acompañarles, no era preciso... ella también necesitaba descanso... las

dos mujeres se vieron por fin solas, y á fuerza de ruegos consiguió Demetrio que tomasen un bocado y se acostaran... ¡Lola se resistió heroicamente... no podía abrir la boca!... Pero el comerciante porfió... ¡eso era una niña-da!... ¡con abandonarse no se le volvía la vida al pobre don Manuel!... y á la postre diéronse madre é hija á partido y se echaron sin desnudarse. Demetrio se recostó á su vez en un sofá y á poco se hundieron las piezas en la sombra y sólo el balcón abierto del gabinete echó á la calle por entre los listones de la persiana corrida ese fulgor crepuscular que arrojan las habitaciones donde hay depositados cadáveres...

A las diez de la mañana siguiente volvió á reproducirse en casa de doña Felipa el rumor de marejada que mueve la aglomeración de personas; tornó á llenarse la sala de planideras gratuitas; el carro fúnebre estaba á diez pasos de la puerta, y no en la puerta misma por lo irregular del piso; el continuo rodar de carruajes, en su mayoría de alquiler, que venía á detenerse junto á la casa de doña Felipa, po-

bló la calle de ecos de herrumbre y de golpeteo de portezuelas al bajarse la gente; los amigos que pensaban acompañar al cadáver hasta el cementerio, y los que no pensaban, invadieron los pasillos y la escalera de la morada de doña Felipa, y por fin, bajo la presidencia de Demetrio, que continuaba metido en la familia, del Jefe de su sección en el Ministerio y de los compañeros de la "mesa" del café más antiguos, se puso en marcha el entierro, con su cola de coches, de los que salían rumor de charla, estallidos de risas sofocadas y borbotones de humo de cigarro.

Aquella tarde tampoco le faltó compañía á doña Felipa y á Lola; la noche volvió á arramblar con los visiteros como el aire de la salida de la luna se lleva los nublados que se amontonan por el día en el horizonte; últimamente no quedó en la casa sino Demetrio, á quien Lola y doña Felipa instaron con empeño para que se retirase á descansar—el hombre llevaba semana y media sin desnudarse y sin apenas dormir,—y aunque se opuso por no aban-

donarlas, las razones de Lola, de que no parecía bien que se quedara bajo el mismo techo que ellas sin causa justificada, lo cual daría motivo á hablillas y enredos, le obligó á ceder y á marcharse. Quedáronse, pues, solas con la criada, madre é hija, y sin atreverse á separarse de miedo, contemplando al muerto donde quiera que fijaban los ojos, se acostaron en seguida, alentándoles mutuamente en las tinieblas en que se hundieron al apagar la luz, la idea de que dormían juntas en la misma alcoba.



CAPÍTULO XXI

LA muerte de don Manuel dejábales á doña Felipa y á Lola en situación terrible: en la situación del nido arrojado de la copa del árbol al desgajarse el tronco; ellas no la veían, pero esa mano de hierro de la miseria, abierta como una tenaza, que se va cerrando paulatinamente en torno de las personas á quienes coge, había ya tomado por suyas á las pobres infelices. Lo mismo doña Felipa que Lola consideraban con espanto el porvenir que les aguardaba, privadas del apoyo de don Manuel, que

donarlas, las razones de Lola, de que no parecía bien que se quedara bajo el mismo techo que ellas sin causa justificada, lo cual daría motivo á hablillas y enredos, le obligó á ceder y á marcharse. Quedáronse, pues, solas con la criada, madre é hija, y sin atreverse á separarse de miedo, contemplando al muerto donde quiera que fijaban los ojos, se acostaron en seguida, alentándoles mutuamente en las tinieblas en que se hundieron al apagar la luz, la idea de que dormían juntas en la misma alcoba.



CAPÍTULO XXI

LA muerte de don Manuel dejábales á doña Felipa y á Lola en situación terrible: en la situación del nido arrojado de la copa del árbol al desgajarse el tronco; ellas no la veían, pero esa mano de hierro de la miseria, abierta como una tenaza, que se va cerrando paulatinamente en torno de las personas á quienes coge, había ya tomado por suyas á las pobres infelices. Lo mismo doña Felipa que Lola consideraban con espanto el porvenir que les aguardaba, privadas del apoyo de don Manuel, que

era su único escudo, pero se escondían mutuamente su pensamiento por no disgustarse. Sin embargo, la cosa no ofrecía espera; el difunto, como todos los empleados españoles, no se permitía el lujo de tener ahorros, y gracias á que el médico, amigo desde chico de don Manuel, no quiso llevar nada por su asistencia, á pesar de lo cual apenas si con lo que se encontró en la gaveta del difunto hubo para costear los dispendiosos gastos del entierro; por fortuna don Manuel firmó la nómina antes de caer malo, y así contaba doña Felipa con ese respirillo mientras se trazaba un plan de conducta. Por supuesto que doña Felipa ya sabía cuál era su tabla de salvación: Demetrio.

La astuta señora no dudaba un momento de que el buen comerciante, medido en interioridades de la casa, sabedor de lo que ocurría y dejándose guiar por su corazón honrado, insistiría, ahora más que nunca, en sus pretensiones como medio de salvar á Lola de la miseria; la cuestión era que la muchacha se dejase de romanticismo y de nobvijos y le aceptase. Doña Felipa consi-

deró con tremendo pánico la posibilidad de que al comerciante le faltase valor para seguir aguardando, ó que cualquier contrariedad imprevista diese al traste con sus proyectos... ¿Qué iba á ser entonces de ellas?... La pobre señora no se atrevió á responderse y sintió correr por las venas el frío glacial del vértigo... Apenas si tenían dinero para concluir el mes... faltábales aún lo más preciso para afrontar las primeras turbonadas de la tormenta... los propios lutos no habían podido pagarlos de una vez, y repugnando el pedirselos fiados á Demetrio por lo mismo que era el pretendiente de Lola, lleváronlos de otro comercio y á pagar á plazos... Era menester adoptar una resolución y adoptarla enseguida... á escape...

Una mañana, á los diez ó doce días del fallecimiento de don Manuel y ya más tranquilas ambas, llamó á capítulo doña Felipa á su hija y la dijo temblorosa por la emoción:

— ¡Es menester que sepas tú que así no podemos seguir... tu tío no nos ha dejado nada el pobre... estamos gas-

tando lo que no tenemos y va á llegar el mes que viene, sin que contemos con un céntimo para que el casero no nos ponga de patitas en la calle!...

A su pesar, algún espíritu malo le trajo á la memoria á Lola el recuerdo de un pasado muy próximo, y su mente evocó la remembranza de aquellos derroches y aquel malgastar de su madre y hermana, en vez de procurarse alguna defensa por el ahorro, para el día aciago en que la muerte se llevase á don Manuel, como así había sucedido. Pero Lola no era cruel ni de duro corazón; no dió suelta á semejantes pensamientos y se limitó á contestar:

—¡Ya había yo pensado en ello, pero aguardaba á que me consultases mi parecer!...

—Pues ya lo oyes ¿qué opinas tú que hagamos?...

Doña Felipa esperó impaciente la respuesta; Lola la meditó despacio, al menos tardó algo en explicarse y luego exclamó con aire resuelto y decidido, como el que ya tiene echadas sus cuentas:

—¡Yo creo que lo primero que debemos hacer es mudarnos, buscar una casita barata... para nosotras dos no necesitamos muchas habitaciones é importándonos poco el sitio...

Doña Felipa le atajó á Lola al llegar á este punto, diciéndola con un acento hasta quejoso:

—¡Verdaderamente que lo mismo nos da una parte que otra; pero es menester que sepas tú que nosotras no nos podemos meter en cualquier lado...

Lola miró á su madre con asombro y con pena, y repuso tristemente.

—¡No, mamá, no; no pienso llevarte á ninguna casa de vecindad, por Dios, aunque lo que es como méritos... ¡Más pobres que nosotras!... Pero hay barrios extremos muy decentes... En Chamberí, por ejemplo...

—¡Atiza!... ¿Por qué no te vas más allá?... ¡Eso está muy retirado del centro, mujer!...

Lola se enfurruscó algo, y entre iracunda y sardónica replicó:

—¡Pues tú dirás dónde nos levantan el palacio!...

Doña Felipa se echó á reír, aunque algo forzadamente, y exclamó:

—¡Pero, criatura, para nosotras dos y la criada no creo que sea un arco de iglesia encontrar un cuartito económico más dentro de Madrid!...

—¡Suprime la criada!— dijo Lola.

—¡Ah!... ¿No vamos á tener criada?

—¡Tú dirás con qué la pagamos!...

Los polos de la aguja se hallaban invertidos; la ligereza de apreciación que debiera radicar en el cerebro de adolescente de Lola, flotaba en la sersera vacía de su madre, y el juicio reposado, propio de la edad de doña Felipa, resplandecía en los formalotes ojos de la muchacha. Las palabras de ésta eran de una fuerza abrumadora; doña Felipa se rindió al argumento, pero queriendo capitular con distingos, exclamó:

—¡Corriente!... Prescindamos de la criada... Mejor para hallar un cuartito hacia el centro; porque no nos harían falta tantas piezas...

—¡Desengáñate, mamá,— repuso Lola,— por lo que nosotras podemos sufragar de alquiler, sería preciso que

nos encerrásemos en un piso interior, de habitar donde tú quieres; y yo prefero largarme á vivir á Tetuán con tal de que no me falte, como á los pájaros, aire y soll.. Así, si apruebas mi idea, desde mañana mismo comenzaremos á hacer almoneda, entre nuestros conocimientos, de la mesa de despacho y de los otros muebles buenos del tío, venderemos la cama y la mesa de noche á un prendero, y con lo que nos den ya hay para la mudanza y para el mes adelantado de la casa nueva...

En su interior no dejó doña Felipa de protestar de semejantes ventas; aquel espíritu seco y egoísta, privado de la dulce virtud de la mansedumbre, que es al alma como la brisa á la tierra, se rebelaba contra los golpes formidables de la realidad; sin embargo, la soberbia señora escondió su despecho y no puso el óbice más mínimo á los proyectos de Lola. Una pregunta enorme que doña Felipa ansiaba y temía formular, flotaba en su mente como vesícula de niebla; al cabo se decidió á hundir el cuchillo, y sin poder ocul-

tar su emoción, medio atragantándose, exclamó azorada:

— ¡Bueno!... ¡Nos mudamos!... ¿Y luego?...

Lola no replicó al pronto, miró á su madre escudriñando su pensamiento, y al fin exclamó dulcemente, con adorable resignación:

— ¡Luego!... ¡Dios dirá!... ¡Ya veremos!... ¡Me pondré á trabajar!...

Lola dijo esto último con cierta violencia. La cruz era tan pesada, que por mucho que midiese su abnegación se le conocía á la pobre criatura que el esfuerzo de su voluntad le arrancaba túrdigas del alma.

Doña Felipa botó al oír á su hija, y soltando sus frases con el ímpetu de una arrollada, la dijo.

— ¿Trabajar tú?... ¡Ni lo pienses!... ¡Estás loca!... ¡Confundirte con el tropel de costureras y modistillas. Y ¿para qué?... Para nada... ¡Es menester que sepas tú que eso sería matarse inútilmente!... ¿Te vas á poner á hacer vestidos?... ¿Vas á dedicarte á lo blanco?... ¿Cuánto crees tú que ganarías?... Una peseta, una miserable peseta... y para

eso tendrías que echarte de la cama al amanecer y no levantar cabeza en todo el día de la máquina y reventarte y morirte... ¡Pues buenas chichas gastas tú para andar con tragines!...

Doña Felipa paró la embestida; hasta sudaba al hablar. Lola, abrumada por las razones de verdadero peso, de plomo, de su madre, argüíase en su interior que las palabras de ésta entrañaban la certeza del Evangelio; pero la lucha era imposible; estaba sujeta á la roca y la niña preguntó á su vez á su madre mirándola de frente, con una mirada llena de angustia:

— ¿Pero qué vamos á hacer entonces?... ¡Dejarnos morir de hambre!...

Doña Felipa no se atrevió á encarrarse con Lola; bajó los ojos atisbándola de soslayo y la dijo bruscamente:

— ¡En tu mano está el remedio!...

Lola sintió en el corazón una garfada y en las mejillas como el rastro de fuego que deja al sacudir la punta del látigo; se la arrebató el color, vislumbró el propósito de su madre y no tuvo aliento para hablar palabra al verse cogida.

Doña Felipa continuó con intrepidez:

—¡Mira, Lola, es menester que sepas tú que de tí y de nadie más depende nuestra salvación!... ¡Todo eso de co-ser y sacrificarse es muy bonito para las novelas!... Lo que tú debes hacer, y oye mi consejo, es terminar con Miguelito Cruz; no me castraré de repetírtelo: ese muchacho es muy joven, no se casará contigo nunca... y admitir á Demetrio, que es una persona formal, con su posición hecha, que no tiene que pensar en su porvenir y que ya habrás notado, con motivo de la muerte de tu pobre tío, lo que nos quiere...

Insensiblemente, y sin que lo advirtiera, se le fué asomando á doña Felipa su egoísmo; el yo despótico, que todo lo subordina á sus apetitos, le apareció en la boca como la culebra que asoma su cabeza por un agujero, y al acabar su período no pudo menos la buena señora de hablar en *nos*, obediendo á un invencible impulso. Doña Felipa sabía de sobra la respuesta de su hija; Lola, en efecto, hizo un esfuerzo supremo por dominarse; el turbión

de llanto que se le agolpó á los ojos no salió, y con la voz trémula por las lágrimas, que se volvían al pecho, repuso la niña:

—¡Reconozco que Demetrio es una buena persona, mamá, pero yo no puedo casarme con él porque no le quiero, y soy incapaz de engañar á nadie!... ¡Mil veces te lo he dicho!...

Aquí acabó el diálogo; doña Felipa no creyó prudente tirar más de la cuerda, y no añadió una sílaba á la declaración de su hija.

Desde el mismo día siguiente empezó Lola á gestionar en sus amistades la venta de los muebles de su tío; Demetrio fué uno de los postores, quedándose con la mesa de despacho, que *casualmente* necesitaba, aprovechando la ocasión de adquirir aquélla, que sobre venir á ser un recuerdo, era como á él le gustaba, de esa caoba antigua, maciza y recia, que ya no se emplea en los quebradizos muebles modernos. Lola, sagaz de suyo, vió en el acto del comerciante una manera delicada de facilitar la almoneda y de halagarla, pero Demetrio obraba

con exquisita corrección y dentro de su derecho, y ella admitió la compra como si se tratase de cualquier otro. Doña Felipa puso en las nubes la decisión del tendero y tuvo que hablar de ella quince días. Por fin dieron salida á los muebles escogidos; un tendero cargó con todos los demás chismes condenados á expulsión, y doña Felipa y Lola se mudaron á un cuarto tercero, muy alegre, enclavado á lo último de la calle de Trafalgar.

Ya instaladas, no se podían dormir si habían de librarse de la ola que subía; satisfechos todos los gastos de mudanzas y alquileres, apenas si les restaba un puñado de duros con que defenderse. Pero Lola tenía la fe purísima de la inexperiencia; no se arredró, y con los alientos de todo corazón joven, cogió la mantilla y acompañada de su madre comenzó su calvario, dedicándose á visitar á sus amigos para explorar indirectamente hasta qué punto podía contar con su apoyo. Lola, con su talento ingénito, presentía muchas espinas en su camino, pero no llegaba á creer que se encontrase tantas;

cada día cosechó un desengaño nuevo; puertas que se le franquearon siempre se las encontró cerradas ahora; logró promesas, consejos, advertencias, palabras, palabras, palabras, que dice Shakespeare... Nadie conocía á nadie con la suficiente confianza para recomendar á nadie; pero en cambio si ninguno le tendió una mano generosa, todos la abrumaron con frases vanas de que ¡no se desanimase!..., ¡de que con constancia se consiguen las cosas!... Lola soportó sin quejarse este martirio... los que gozan son míopes de corazón... pero la muchacha llevaba una herida oculta que le punzaba más que todos los contratiempos de la suerte. Lola se sentía abandonada por su madre; doña Felipa no la ayudaba. En total, habían visitado á una docena de personas, como quien dice, y la buena señora no encontraba nunca ocasión favorable ni familia á propósito á quien acudir; ésta no haría nada... porque no haría nada; con aquella no había confianza y no se interesaría; la otra era una gente muy encopetada y vanidosa. Lola llegó á

comprender que sus gestiones encontraban en doña Felipa el mayor enemigo, y le acometió á la muchacha un gran descorazonamiento. Pero no en vano Luisa López se llamaba amiga de Lola, y aunque á espaldas de doña Felipa, que no quería que sus exvecinas supiesen su situación, Lola confió á su amiga cuanto pasaba, y una tarde le sorprendió á la muchacha un aviso de Luisa López notificándole que ya tenía costura en cierta camisería, para cuyo dueño le acompañaba dos letras de presentación, pues ya él, contaba en principio entre sus oficialas á la niña. Lola, vió de golpe hasta el último rincón del cielo; se avistó con el amo de la tienda y obtuvo lo que deseaba: traerse á casa labor; aquello era una invasión de felicidad; con semejante refuerzo, y portándose bien, jamás le faltaría trabajo y podría esperar á que Miguelito Cruz concluyese su carrera.

De todo lo que acontecía en su ausencia, aunque no en su completa latitud, hallábase enterado el estudiante. Las cartas de Miguelito Cruz, henchidas de fuego y respirando de continuo

el mismo cariño sano y profundo, habían mantenido siempre el equilibrio de sus amores. El estudiante escribía preguntando á Lola por cuanto pensaba y hacía su madre, temiendo el golpe imposible de parar desde lejos; su novia no le ocultaba en absoluto lo que ocurría, pero se lo atenuaba para no alarmarle; así le notificó la muerte de D. Manuel y la mudanza de casa; pero de un lado por no herir el espíritu de Miguelito Cruz con amarguras innecesarias, que él no podía remediar, y de otro por el rubor que produce siempre el confesar la escasez, ocultó Lola á su novio que se hallasen á lo último de esa escala de la desdicha, que fatalmente se hunde en la miseria como en un terreno blando y llovido.





CAPÍTULO XXII

GRACIAS á la eficaz recomendación de Luisa López, no le faltó desde entonces costura á Lola; afortunadamente conservaba ésta la máquina que en otros tiempos prósperos les servía para hacerse sus trajes, y que había excluído, pensando en utilizarla, de la venta y espurreo de muebles que acometieron al mudarse de domicilio. No era, pues, nuevo el tal artefacto para la niña, y aunque al principio no corrió lo que esperaba, impúsose pronto en su labor, y arremetió con las camisolas; la delicadeza habitual de manos de la muchacha no le faltó en tal lance; el tendero no la dijo palabra, callándose su juicio con esa dureza hija acaso de la falta de edu-

cación ó del roce continuo con la desgracia que entumece el sentimiento; pero se le conoció al honrado "Calígula" una gran complacencia al examinar las prendas. Lola sintió renacer su confianza; mientras cumpliera no carecería de trabajo y podía tirar hasta que Miguelito Cruz terminara su carrera. Al reflexivo entendimiento de Lola no escapó lo terrible de la lucha que iba á emprender; todas las subidas son penosas; aquella de aguardar á su novio prometía ser de prueba, mas para eso tenía en su esperanza un manantial donde *beber* ánimos. En seguida comprendió la muchacha que necesitaba reducir sus gastos más aún de lo que estaban, llegar á una economía máxima; empezó por no poner cocido sino tres veces en semana, reservando caldo de un día para otro; suprimió el postre y suprimió el desayuno, á cuyo fin adelantó la hora del almuerzo, y así consiguió algún ahorro nuevo estirando un poquito el jornal.

Lola se acomodó á escape á tan extremada escasez; ella misma se imponía el sacrificio, pero con Doña Felipa

no rezaban semejantes virtudes. Con la muchacha no se podía contar ya para las faenas de la casa, que harto hacía la pobre criatura con llevar corriente su labor; alguien tenía, pues, que encargarse de los asuntos domésticos y este alguien fué inexcusablemente doña Felipa. A la egoísta señora le supo á hiel el verse precisada á ir á la compra, á fregar, á lavar la ropa, y como era natural en su genio, protestó... ¡Cualquier día se quedaba ella sin protestar!... Claro que no tuvo otro remedio que humillar la cabeza pero se le avinagró el humor de una manera espantosa, suspiraba á cada momento, no volvió á reírse, tan pronto se mostraba iracunda y fiera, riñendo por la cosa más mínima con tal coraje que se la adivinaba en el fondo del pecho una ira terrible oculta, como se manifestaba desesperada, sin fuerzas para resistir, deseando morir, y á todo esto no perdía ripio ni cesaba de sermonear sobre lo mismo, de machacar acerca de que la única salvación que les restaba era el comerciante, de acusar á su hija de ser *causanta*.

de cuanto les acontecía y de no quererlo remediar... Lola aguantó mansamente tan continua imprudencia y halló fuerzas en su corazón para resignarse y sufrir, pero no en vano producíale tal herida quien menos debiera habérsela abierto. La infeliz muchacha sabía á qué atenerse respecto al cariño que la profesaba su madre, pero no conocía en toda latitud su egoísmo; la desgracia servíale de piedra de toque para aquilatar el afecto de aquella mujer, punto de origen de su vida y las contrariedades diarias fueron revelando á la niña, que se quedaba moralmente abandonada; que perdía el amor de su madre, horrible descubrimiento comparable sólo al que produce la conciencia del terremoto que viene á quitarnos la tierra que nos sostiene.

Doña Felipa no tardó en descubrirse del todo, sino lo que tardó en llegar la primera crisis; ésta aconteció dos meses después. Lola cobraba su jornal todos los sábados; un día se le rompió la máquina y aunque la compostura fué fácil se vió precisada á llamar al mecánico para que la arreglase; este

gasto, con el que no contaba, trastornó sus planes y la faltó dinero á fin de mes. La pobre muchacha se machacó los sesos haciendo combinaciones, pero por más que le dió vueltas al magín, no halló ninguna salida á aquel callejón, ni encontró manera de resolver el problema... Un medio se la ocurrió: pedir adelantada la semana que cobraría á los tres días justos, pero no quiso acudir al dueño de la tienda hasta un último extremo. Mientras la necesidad que tiene impaciencia de niño llegó á abrumar á las dos mujeres con verdadera premura; era preciso decidirse... Lola dió la clave salvadora; ella, la virgen inexperta é inocente, para quien el mundo debía de ser en el hervor de primavera de sus años un puro azul!... empeñar algo...

Doña Felipa puso el grito en el cielo al oír esto; aquel espíritu de piedra se rebelaba contra la desgracia con el despecho impotente de los desesperados; en vez de animar á Lola con el ejemplo, ella que por el peso de la edad debiera de haber sido el símbolo de la paciencia, continuó hostigándola con

queja eterna é insufrible; siempre estaba lamentándose de la vejez que le aguardaba, obligada á trabajar á sus años—y apenas hacía cosa que las faenas del hogar—cuando todo el mundo descansa, sin tener en cambio una palabra de piedad para aquella pobre hoja de rosa, que sostenida por su virtud sabía amoldarse á su desdicha con sacrosanta mansedumbre. La proposición de Lola provocó en su madre una tormenta terrible; su amor propio exagerado y siempre despierto se rebeló contra la idea del sacrificio, y en su espíritu viciado por el ácido carbónico del egoísmo no cupo la abnegación, como en las cuevas profundas no crecen las plantas abrumadas por su atmósfera enrarecida. Doña Felipe lo disimuló pero dejó traslucir la repugnancia que le producía el desprenderse de cualquier alhaja de las suyas, y Lola entonces le dió las únicas joyas de valor que poseía, un par de pendientes con perlas y un anillo de oro que el pobre tío le había regalado á la muchacha en el día de su santo.





CAPÍTULO XXIII

DEMETRIO continuaba visitando á doña Felipa y á Lola, y por virtud de la confianza adquirida desde la enfermedad de don Manuel, el comerciante iba ahora á casa de sus amigas casi todas las noches, dejando al dependiente mayor al cuidado de la tienda. Como era natural, á Demetrio no se le ocultó la situación apurada de las infelices mujeres; la mudanza de domicilio y la venta de muebles hablaban ya con bastante elocuencia; á mayor abundamiento observó que al marcharse á Chamberí había

prescindido doña Felipa de la criada. Demetrio sabía sobradamente que don Manuel no dejó capital alguno ¡qué capital podía transmitir á su familia un pobre empleado!... y que ellas no contaban con el auxilio de ninguna pensión que les diera para atender á su sustento. Demetrio se preguntó aterrado qué sucedería en aquella casa; qué iban á hacer dos mujeres, solas, abandonadas á su suerte, sin recursos. Bien pronto obtuvo la respuesta. Una noche encontró á Lola cosiendo con afán, devorando con los dedos una camisa de hombre; el comerciante no le habló á la muchacha de este particular ni le dirigió la alusión más mínima; fué discreto y se calló; doña Felipa reveló en su rostro gran contrariedad y se la conocieron deseos vehementes de soltar la lengua, pero Lola le volvió al cuerpo las palabras de una mirada y siguió trabajando, sin dar la explicación más ligera, ni por fórmula, de lo que hacía. Estaba aclarado el enigma; Lola creció á los ojos apasionados de Demetrio y el influjo de su virtud reavivó aquel rescoldo siempre encendido de

su pecho. ¡Cuánto vale esa mujer!... pensó Demetrio... ¡Ya me figuraba yo que ella era capaz de salir adelante!... Pero el buen hombre tenía sus ojos en la cara y pronto echó de ver el desmejoramiento de Lola, la palidez sombría que dan al rostro las noches en vela, el color quebrado que origina la mala alimentación, la falta de ejercicio, el exceso de trabajo la bruma de tristeza de que llena la desgracia la vista... el comerciante adivinó allí la marca de la escasez siempre en su flujo, pero cuidadosamente oculta: presintió el combate ignorado de todos los días; conociendo el carácter de Lola se figuró el martirio cruento de la pobre criatura y entonces, impulsado por la piedad de su buen corazón tanto como por su cariño profundo, persuadido de que no se atrevería á dirigirse directamente á Lola, se propuso descubrir su pensamiento con entera claridad á su madre y suplicar á ésta que hablase con su hija, que moviera su ánimo á favor de él y que inclinase su voluntad para que aceptara su amor, cuanto era y cuanto tenía; Demetrio no ignoraba

la complacencia con que doña Felipa le distinguía, y aún aún, á pesar de su bonachona candidez—la buena señora no era muy reservada, que digamos—había llegado á vislumbrar que la madre de Lola, veía sus pretensiones con buenos ojos. Por esto sentíase animado á “declararse” á doña Felipa, ante la cual no experimentaría esa turbación que le anudaba la lengua, en cuanto á Lola, esperando las palabras de él, clavaba en su rostro aquellas miradas serenas que le hacían encenderse como á un colegial.

Pero Demetrio necesitaba hablar á solas á doña Felipa para comunicarle sus propósitos y el pobre tendero no sabía como diablos componérselas, dado que Lola estaba siempre presente cuando él las visitaba. Demetrio pensó en expiar á doña Felipa, estudiar su ruta al ir á entregar el trabajo y salirle al encuentro cualquier anochecho, aunque le repugnaba tratar de cosas tan serias en la calle. La casualidad le favoreció; una noche se quejaba Lola atrozmente de la cabeza; estaba muy pálida; tenía los ojos car-

gados y en las sienas sentía un porra-
ceco terrible de martillo; á duras penas
concluyó su labor y como Demetrio
era persona de confianza en cuanto la
terminó se metió medio loca en la ca-
ma, buscando la obscuridad y el si-
lencio.

Demetrio experimentó honda lásti-
ma de la pobre criatura, pero á la vez
se alegró de su retirada. ¡Por fin!... La
ocasión que tanto apetecía se le pro-
porcionaba espontáneamente... había
que atraparla por los cabellos... No
contaba con su ingénito encogimiento;
la muchacha se marchó acompañada
de doña Felipa que, con permiso, fué
á la cocina por el receptáculo del espí-
ritu de vino para hacer á Lola una
taza de café, mientras, el comerciante
se decidió á desembuchar sus proyec-
tos; la buena señora volvió al comedor
con el artefacto de hojadelata; prendió
el alcohol... y nada, lo de siempre; el
cerebro del comerciante era una gri-
llera y no sabía como empezar su de-
claración.

Doña Felipa en tanto que Deme-
trio callaba y poniendo al fuego un

tarrete con agua, exclamó sin dirigir-
se al tendero y más bien monologui-
zando:

—¡Vaya por Dios con la jaqueca!...
¡Ya se vé Lola no estaba acostumbra-
da á semejante vida!

Demetrio vió un portillo por donde
colarse y aprovechándolo dijo con
acento de pesadumbre:

—¡Lola trabaja demasiado!...

Doña Felipa tomó del paquete del
café molido que había sacado del es-
tante del aparador, una cucharadita
de Moka que vertió en el agua hirvien-
do, y á la vez repuso:

—¿Y qué va á hacer la pobre?

Luego, doña Felipa, como obede-
ciendo á un arranque imposible de do-
minar, con la fuerza del vapor que
levanta la válvula y se escapa cuando
llega al maximum de presión, le dijo
al comerciante:

—Lola necesitaría para ponerse bue-
na no ocuparse de nada, pasear mu-
cho, comer cosas de alimento, y es
menester que sepa usted que eso no es
posible... ¡A qué negarlo!... Primero
que á usted se le puede considerar de

la familia y segundo que lo está usted viendolo...

Tales palabras exentas de malicia, hicieron el milagro. Demetrio se encarriló por ellas y exclamó al fin, balbuciente y á borbotones:

—¡Mire usted doña Felipa, ha tiempo que deseaba hablar con usted de esto mismo... Aunque ustedes no me han dicho nada porque euesta trabajo confesarlo cuando uno viene á menos... yo sé lo que pasa porque se necesitaria ser ciego... Lola se está matando y yo no puedo consentirlo!... Usted ya lo habrá notado porque las coge al vuelo, pero yo no se lo he manifestado de palabra!... Yo quiero á Lola para casarme con ella. ¿Oye usted? El mismo día en que se tomaron los dichos Juanita y su marido, la dí una carta con la que se ha quedado y no me ha contestado oste ni mostel... por eso no me atrevó á dirigirme á Lola y me dirijo á usted para que influya con ella, y le haga cargo de su situación... y á ver si así se ablanda y me admite... yo le juro á usted, doña Felipa, y ya sabe usted quien soy, que quiero á su hija

como no la quiere nadie en el mundo.

Demetrio hablaba desatinadamente, sudando á toda prisa, como el que desea concluir pronto, perdiendo á lo mejor el hilo, muy colorado; pero sus palabras le salían de la boca con esa fuerza convencitiva que sólo tienen las frases arrancadas del corazón.

Doña Felipa le escuchó emocionada, sin interrumpirle y cuando él acabó, le dijo con verdadera sorpresa:

—¿De modo que Lola no ignoraba que usted la quería?

—¡No señora!... Ya lo ha oído usted, replicó el tendero...

—¡Pues bien—siguió doña Felipa—á franqueza, franqueza y media!... ¡Es menester que sepa usted que yo á mi vez me presumía ese sentimiento... y me alegraba de él... ¿Qué más podía yo ambicionar para mi hija que un hombre honrado, con su posición hecha, y del cual tengo la certeza de que la haría feliz?... ¡Pero es menester que sepa usted que no creía que Lola estuviera en autos!... yo le prometo hablarla mañana mismo, trasmitirle lo que usted me ha dicho y... ella es muy

juiciosa y muy buena y casi me atrevo á asegurarle que no le dará un feo... ¡De sobra conoce á Lola y acaso no le contestó á su carta para asegurarse de que era verdadero su cariño!...

Doña Felipa soltó su retahila como le fué brotando en el entendimiento, sin pararse en considerar su conveniencia ni en si cuadraban en sus labios ciertas declaraciones; aquel cerebro liso, privado del regulador de la discreción, se desbordó hasta volcar cuanto contenía y gracias á que el café concluyó de hacerse, quemado y muy quemado, porque la charla distrajo á doña Felipa y se le pasó el punto, y cortó la excesivamente espontánea confesión de la buena señora; no trataron más del particular; Demetrio se retiró pronto para que doña Felipa atendiese á Lola y aquella noche ni Demetrio durmió ni la madre de la niña, que se pasó en claro las horas dando vueltas y más vueltas en la cama, meditando como se las arreglaría para convencer á Lola.

Doña Felipa no pudo tener escondido mucho rato su pensamiento; la bue-

na señora era siempre el agua, el agua buscando un agujerito por donde escaparse. En cuanto Lola más aliviada de su jaqueca aunque no curada, se sentó á coser le espetó doña Felipa *ce por be* lo dicho por Demetrio, y con este motivo la acusó de no confiar en ella, en su madre, se la mostró quejosa y ofendida, la tildó de ingrata, todo porque había callado lo de la carta y luego volvió á repetirla el emésimo sermón sobre lo que más le convenía, tornó á aconsejarla que de buena manera, sin necesidad de reñir, cortara sus relaciones con Miguelito Cruz exponiéndole la imposibilidad de seguir en sus amores, la pintó las excelencias de Demetrio, su madurez de juicio, el profundo cariño que la profesaba, su posición hecha (ya iba á olvidarse de su posición) y concluyó repitiendo, que en el estado á que llegaban las cosas no *les* quedaba otra salvación sino que ella accediera á los deseos del comerciante; por milagro no sacó á relucir doña Felipa su vejez, pero no hacía falta pues en equivalencia acabó su período pluralizando.

Lola oyó á su madre con el espanto instintivo con que el reo escucha la voz del juez. Aquellas reflexiones frías, aceradas, calculadoras, sin entrañas pero ciertas, eran la realidad, la horrible realidad que tiraba de ella hacia abajo, hacia el fondo, diciéndola con la implacable elocuencia de los hechos: ¡es en vano que luches!... no pienses en trabajar si tu madre no te ayuda... así no puedes seguir viviendo en un infierno, no tienes otro camino que ceder... ¡La paz es tan necesaria al hogar como el aire!... Todo lo que su madre la exponía habíalo ya devorado en sus soledades y sin embargo se horrorizó su pensamiento al verse reflejado en la luna de espejo del de doña Felipa. Lola le dejó hablar á ésta y luego encendida, alterada, con los ojos brillantes, exclamó:

—¡Pero mujer, qué cosas tienes!... ¡Pareces una niña de cuatro años!... ¡A nadie más que á tí se le ocurre aceptar semejante embajada!... ¡No comprendes que es indigno de una madre el servir de correo al pretendiente de su hija!... ¡Qué habrá dicho Demetrio!.....

—¡Qué ha de decir!...—repuso amoscada doña Felipa—nada absolutamente... ¡En primer lugar, que no se trata de un desconocido, sino de un amigo de toda confianza, y luego, es menester que sepas tú que en este mundo nadie obra con esos requilorios de espíritu puro!... ¡Ave María!... ¡Pues estaríamos frescos!...

—¡Y de fijo habrás quedado en darle respuesta!...—preguntó Lola sin contestar á la rociada.—¡Y hasta le habrás prometido un desenlace satisfactorio sin contar conmigo!...

Doña Felipa no se atrevió á replicar que así era y tomando una actitud de enfado evadió la contestación, y repuso queriendo aprovechar las circuns-

—¡Ave María!... ¡Aunque yo no soy una sabia como tú, también á mí se me alcanzan las cosas!... Pero ¡él me preguntará y algo he de decirle!...

Lola intentó resistir aún; no se había formado su plan. ¡Quién sabe! ¡Todavía esperaba, sin explicarse el qué!... ¡Quizás el porvenir, lo desconocido, la reservara algún asidero á qué agarrarse ¡Así contestó con irresolución:

—Pues le dices... que no has podido hablarme del todo... que sólo has tenido ocasión de insinuarme el asunto... que yo me he callado... que esperas una oportunidad para insistir... ¿Qué sé, yo?... Lo que se te ocurra...

Doña Felipa se quedó fría, pero en vano apuró á su hija para que la diera una respuesta más categórica, y tuvo que contentarse la buena señora con escribirle á Demetrio por el correo interior, según lo pactado entre ella y él, que no había podido hacer otra cosa que "tirarle una puntada" respecto á su asunto; que insistiría sin dejarlo de la mañana, añadiendo piadosamente y de su propia cosecha doña Felipa, que no parecía que la cosa presentase mal aspecto.



CAPITULO XXIV



los pocos días, un lunes, recibió Lola cuatro letras de su amiga Luisa López, en que la notificaba que el sábado era el santo de su papá, y que con tal motivo tendrían reunión por la noche, rogándola que asistiese sin excusa de ninguna clase, para lo cual la avisaba con tiempo. El primer impulso de Lola fué ocultar la carta, y sin que se enterase su madre contestarle á Luisa; pero quiso la mala suerte de Lola que doña Felipa, que estaba en aquella sazón en la calle, llegara á la puerta del cuarto en el preciso momento en que el cartero se marchaba. Lola entonces no

tuvo otro remedio que mostrar la epístola, y en cuanto doña Felipa se enteró dijo con la mayor naturalidad y sin poder ocultar su regocijo.

— ¡Supongo que escribirás á Luisa que iremos!...

La muchacha esperaba esta explosión que precisamente quería evitar, guardándose la cartita, y tal cara puso al oír á su madre, que doña Felipa exclamó sintiendo pasar por su ánimo como una racha de ventisca:

— ¿Qué vas á despreciar la invitación?...

Lola titubeó; conociásele como miedo de hablar, y como si le asustase el chispeo que fulguraba en los ojos de su madre; por fin dijo la muchacha temblequeando:

— ¡No es que desprecie la invitación, mamá, es que no podemos asistir; es que yo dejo el trabajo rendida y sin ganas más que de acostarme... luego no tengo guantes, mis vestidos se me han quedado antiguos; aunque la tertulia sea de confianza. Por el cargo que el papá de Luisa López ocupa en el Ayuntamiento, no faltará gente, y

para ir hecha una cursi y servir de irrisión, más vale no ir... Yo se lo diré así á Luisa y se convencerá de que no es falta de gusto el no aceptar su obsequio...

Los razonamientos de la muchacha, no podían ser más juiciosos; "sudaban" mesura y buen sentido, pero doña Felipa no se rindió, y repuso con su aspereza de siempre y enrojeciéndose de furia:

— Lo que eres tú es una rara, y esto no puede continuar así... ¿Crees que vas á adelantar algo metiéndote en un rincón?... Es menester que sepas tú, que no veo yo que tus vestidos estén tan cursis como á tí te parece; de noche, además, todos los gatos son pardos... Y los guantes... ¡pediríamos un adelanto al de la tienda!... Un par de guantes poco importa... Y aunque importase; es menester que sepas tú, que antes de quedar como unas puercas con Luisa, á la que debemos lo que trabajas, es preciso hacer todos los sacrificios..

— ¡Luisa es muy formal, y posee muy buen sentido para incomodarse por

eso, sabiendo la causa... dijo Lola interrumpiendo á su madre.

—Será lo que tú quieras, pero el no ir, si que es una falta de educación!

Doña Felipa luchó por convencer á su hija, con un entusiasmo singular; diríase que la buena señora combatía por ella, y que lamentaba por cuenta propia, el no concurrir á la tertulia; pero Lola se mantuvo inflexible, escribió á Luisa López la verdad del caso, y no fué á la reunión. La cicatera señora, había alimentado la esperanza de triunfar al fin; cuando se convenció de que no se salía con la suya, pilló una sofoquina tremenda, se incomodó terriblemente con Lola, y concluyó por no dirigirle la palabra, sino para darle los buenos días, más bien con un gruñido que con una frase.

Doña Felipa se estuvo sin hablar á su hija una semana seguida; semejante furia, motivada por causa tan baladí, le produjo á Lola un gran desaliento; experimentó algo como cierta asfixia en el alma; era imposible vivir así, y no había otro remedio que ceder. El

recuerdo de Miguelito Cruz, siempre grabado en la mente de la niña, resplandeció ahora en su memoria como el fósforo cuando se restriega en la obscuridad; quién sabe si los recuerdos son efluvios de las personas al modo de la luz del sol; ello es que cuando el viento de la desgracia se lleva la parva de venturas que la felicidad ha formado en el corazón, todas las remembranzas de la dicha perdida cobran alas y abaten el vuelo en el pensamiento. Lola recordaba uno por uno los episodios todos de sus amores, le repercutían en los oídos todas las palabras de su novio y se sabía letra por letra todas sus cartas... ¡Ah!... ¡nunca le había parecido tan hermosa aquella felicidad que la sonreía desde lejos!...

Demetrio continuaba yendo por las noches á casa de doña Felipa, y no pudo menos de notar que algo acontecía entre madre é hija aunque Lola disimuló cuanto pudo. Respetó, sin embargo el misterio, pero angustiado por si sería éi la causa del disgusto, esperó á doña Felipa en la calle y la interpe-

ló sobre el particular; doña Felipa charló punto por punto lo ocurrido y más tranquilo ya el comerciante, rogó á su futura suegra que insistiese de nuevo acerca de su hija y la recordase la respuesta pendiente. Para facilitar la acometida convinieron en que Demetrio escribiría á doña Felipa y que ésta enseñaría la carta á Lola.

Así lo hizo el comerciante y un día recibió doña Felipa por el correo interior la carta pactada, que entregó á Lola fingiendo gran sorpresa y diciéndola á la vez:

—¡Mira lo que me escribe Demetrio!... Tú harás lo que te plazca puesto que nunca te vienes á razones, pero es menester que sepas tú que te estás portando muy mal con él...

Doña Felipa hablaba con dureza; aun le duraba su mutismo. En cuanto á Lola, al oír á su madre, sintió como el hincamiento repentino de una garra en el corazón; se quedó pálida; conociósele que reprimía algo con un supremo esfuerzo y murmuró:

—¡Que se declare á mi y yo le contestaré!...

Doña Felipa botó al escuchar esta condición y experimentó el mismo susto que si arreglando el aparador viera desmoronársele la cristalería de la tabla de arriba sin poder contener el tropel de copas. ¡Que se declarase él!... ¡Pues si precisamente era lo que pretendía evitar!... Doña Felipa vislumbró que su hija se rendía y rompiendo su seriedad la atacó rudamente para que la contestase algo más explícito, pero Lola se encastilló en su resolución inflexible y su madre no consiguió que cesara en lo más mínimo.

Cuando aquella noche llegó Demetrio, doña Felipa salió á abrirle la puerta, y le transmitió la dura noticia, aunque suavizándola algo con la añadidura de que la muchacha no parecía hallarse mal dispuesta. El comerciante se quedó frío al enterarse de que no había otro remedio que dar por sí propio la batalla; esta idea le produjo un acobardamiento tal que apenas se atrevió á mirar á Lola, mostróse distraído y se marchó al concluir la tertulia, sin atreverse á insinuar á la niña lo más mínimo acerca de sus pretensiones,

porque el pobre hombre no era capaz de improvisar una declaración y como no esperaba el lance no se había traído preparada ninguna.

A la mañana siguiente, en cuanto Lola se levantó, llevóse el desportillado tintero al comedor, cogió la caja del papel y se dispuso á escribir; daba miedo verla. En su semblante descolorido se la conocía el paso de una de esas fiebres terribles que se llevan el sueño y pueblan la mente de angustia como las nieblas mortíferas que arranca el sol á las lagunas y llenan el aire de miasmas corrompidos; parecía una estatua andaba con cierta vaguedad de sonámbula, y se movía con algo de rigidez. Doña Felipa le salió al paso, y extrañando su actitud la preguntó:

—¿Qué vas á hacer?... ¿A quién vas á escribir?

Lola se sentó, preparó la falsilla y repuso con honda tristeza, conociéndosele que se empeñaba en dominar su emoción á fuerza de voluntad, como esos buques desarbolados que aguantan el temporal á fuerza de máquina:

—¡Voy á mandar á Miguel la última

carta, concluyendo nuestras relaciones!...

Doña Felipa no esperaba la respuesta; dió un voleo en la silla, que crugió toda, violentada por el embite de la gruesa señora, y la cara de ésta se arreboló de tal manera, que diríase que su sangre se le agolpaba al cerebro, pidiendo la propina por semejante noticia; pero en aquel momento doña Felipa no conceptuó necesario "llamar abajo", y dejó que continuara el alboroto por arriba. ¡Cómo!... ¡Era posible semejante felicidad!... ¡Dios santo!... ¡De suerte que al fin se venía Lola al buen camino; al fin escuchaba los sanos consejos de su madre!... ¡Si no podía menos! ¡Si la tal locura de las relaciones con Miguelito Cruz tenía que concluir alguna vez, pasado el capricho!... ¡Si hasta el refrán lo decía: "Amor de niño, agua en cesta!"... ¡Ea! ¡ahorá á recobrar el tiempo perdido, á querer á Demetrio y á no acordarse más del otro!... ¡Ah!... ¡Si ella no hubiera sido testaruda no habrían llegado nunca á situación tan apurada!... ¡Pero la juventud... la juventud!... Doña Fe-

lipa pronunció estas palabras con un énfasis grandísimo, y luego, quieras que no, se empeñó en dictarle á Lola la carta para Miguelito Cruz; la dijo que debía mostrarse dura para que él no insistiera en sus pretensiones; exponerle la verdad: que como él no era nada, y llevaba camino de no serlo nunca, ella no estaba en el caso de esperarle años y años para que luego él la diese *mutis*... y así qué se yo cuántas barbaridades más por el estilo. Lola no la hizo caso, y doña Felipa entonces, arrebatada por un impulso convulsivo, tocó las castañuelas con los dedos y se puso á bailar una jota, retirándose después á la cocina á espumar el cocido.

Lola se quedó solita en el comedor, escribiendo, hundida en sus penas con cierto gozo, pero sin llorar, con el rostro enjuto, en el momento terrible de la tormenta que precede á la lluvia; á la verdad, es enorme cortar por propia mano ese cordón umbilical irremplazable, por el que nos sentimos unidos á la dicha; la muchacha permaneció buen rato dudosa sin saber por donde empezar; sólo se le ocurría poner: ¡te

adoro y seré tuya ó de nadie! y precisamente debía escribir todo lo contrario, pero las fuerzas del alma son fatales é irresistibles como las de la naturaleza, y no encontraba en las sinuosidades de su pensamiento ni un hilo de luz que quisiera guiarla en tal extremo. Por fin la necesidad le puso la pluma entre los dedos y fué volcando en el papel sus angustias, sus temores, sus zozobras, sus amarguras, cuanto la ocurría; con todo el desorden de la verdad en el estilo, llenó tres carillas de quejas, y luego... luego no supo lo que hacía ni cómo lo hacía; tembloroso, ilegible, desatinado, estampó al final de la carta cualquier cosa, un pedazo de corazón, casi un párrafo dando por concluidos, irremisiblemente, sus amores, y aquello no resultó un período, ni un conjunto de oraciones, ni nada, las palabras parecían gritos, y las letras se quedaron borrosas, descosidas y como avergonzadas...

En estas volvió al comedor doña Felipa, aviada para salir á la calle; realmente no tenía precisión de ir á ningún lado, pero pretextó cualquier asunto

para arramblar con la carta y llevársela al correo. Comida por su impaciencia no tuvo la discreción de ocultarla y preguntó a su hija:

—Qué... ¿has escrito ya eso?...

Lola se sintió lastimada por aquella prisa brutal; tuvo un instante de desfallecimiento; en su corazón no cabía ni una gota más de amargura; el oleaje de su dolor, contenido por su voluntad, saltó por encima del acantilado con que el espíritu le contenía; los ojos se la llenaron de lágrimas, pero nada del turbión brotó afuera; Lola se impulsó al torbellino, escribió las señas en el sobre y entregó la epístola a doña Felipa, que se marchó diciendo:

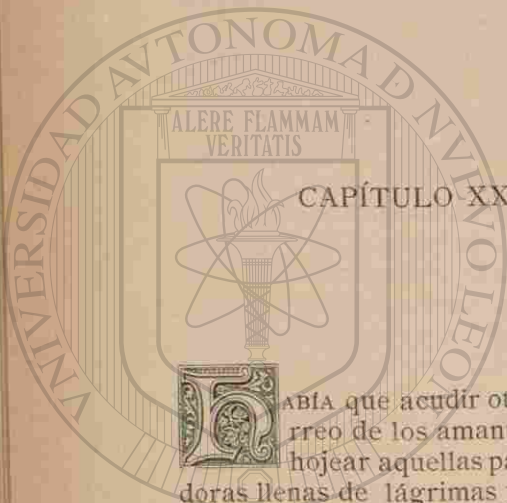
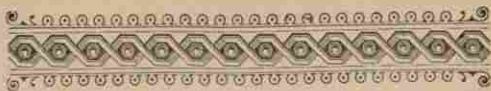
—¡En un periquete estoy aquí!...

Apenas salió su madre, Lola dejó caer de golpe el rostro entre sus manos abiertas, y sobre la tabla de la mesa del comedor; todo aquel inmenso dolor se le amontonó sobre el corazón, cerrándole al llanto la salida, como esas montañas de témpanos de hielo que tapan en el polo los estrechos del mar libre, y ahogada por sus lágrimas y cogida de través por el vértigo, su

cabeza caída se ladeó, perdió el equilibrio y se quedó sollozando sobre la mesa.

Mientras doña Felipa volaba calle de Fuencarral abajo, entró en un estanco, púsole al sobre los sellos correspondientes y cinco obleas de lacre rojo, y tomando luego el tranvía, para tardar menos, llegó a la Puerta del Sol, se encaminó al Correo y certificó la carta de Lola para que no se perdiera.





CAPÍTULO XXV

QUABÍA que acudir otra vez al correo de los amantes; volver á hojear aquellas páginas salvadoras llenas de lágrimas y suspiros y capaces de enternecer al corazón más duro; Demetrio guardaba cuidadosamente el precioso librito, atrapado al chico de la tienda, en el fondo de la cómoda y en una caja que contenía varios papeles de interés, la cédula personal, el recibo de la contribución y el escapulario de hermano de la archicofradía. La noche en que doña Felipa transmitió al comerciante la respuesta

de Lola, se la pasó el pobre Demetrio dando vueltas en la cama, sin poder coger el sueño, y atarazado por la idea de que no tenía otro remedio que declararse por sí propio á la muchacha. Lo primero que se le ocurrió á Demetrio fué escribir de nuevo á Lola, pero aun á su caletre vulgar se le antojó ridículo repetir su carta, teniendo ocasión de hablar desahogadamente á la niña y esperando ella la conferencia. Pero... ¿cómo salir del atolladero?... El comerciante se sabía de memoria el formulario; todo él estaba escrito en forma epistolar... ¡Ah!... ¡Magnífico!... ¡Eso es!... ¡Nada más sencillo!... Todo se reducía á combinar los párrafos más salientes de tres ó cuatro declaraciones y á endilgar con ellos una sola, que se aprendería de cabo á rabo. ¡Sobervio!... La impaciencia se apoderó del espíritu del pobre hombre. ¡Cuánto deseó aquella noche que amaneciera!... Sin embargo, se levantó más tarde que nunca, dadas las nueve, con gran escándalo de los dependientes, que, acostumbrados á que él abriera la tienda, subieron á preguntar si el principal se

hallaba enfermo... Nada le ocurría, gracias á Dios, sino que pensando en levantarse tempranito, le acaeció lo que siempre acontece: que se quedó dormido á la hora en que se proponía echarse fuera de la cama.

Aquel día no estuvo visible para nadie; se encerró en su cuarto; buscó afanosamente en el librito amatorio las epístolas más tiernas; señaló con lápiz sus períodos de mayor grandilocuencia, y paseándose por la habitación como una fiera en su jaula, leyendo los párrafos escogidos, cerrando luego el folleto, no sin dejar metido entre las páginas un dedo, en guisa de señal, y repitiendo ó procurando repetir los trozos de memoria, se le pasó la mañana y llegó la hora del almuerzo sin que el bueno del hombre se hubiera dignado bajar por la tienda. ¡El, que no se apartaba del mostrador!... ¿Qué le pasará al amo? se preguntaban absortos los dependientes. Alguno más caviloso se le ocurrió decir: ¿Si estará en quiebra?... tal idea les dejó á todos espantados; y como la mesa incita á la confianza, el dependiente ma-

yor se atrevió á interrogar á su jefe si le había pasado alguna desgracia. Demetrio comprendió entonces su falta de recato, y más encarnado que la grana balbuceó una excusa, que no satisfizo á su gente.

Pero por la tarde fué más precavido, tomó el sombrero y se marchó pian, pian á las alturas de la Moncloa; allí, solo, sin otros testigos que los saltamontes; se enfrascó en su estudio y si alguien pasó casualmente por aquel sitio, acertaría á ver un caballero, que repasaba muy ensimismado alguna lección de suma trascendencia, devorando con los ojos un folleto con facha de cartilla y pegando fuertes manotadas al aire. Semejante paseo en día de trabajo concluyó de escandalizar á los dependientes.

El desdichado Demetrio no contaba, sin embargo, con su timidez invencible, señora imperiosa y despótica de su lengua. Dos noches seguidas entró en casa de Lola decidido á no marcharse sin declarararle sus cuitas, y las dos noches no acertó ni á desplegar los labios y se pasó entera la velada

sin hacer otra cosa que mirarla y suspirar, y cuidado que doña Felipa se durmió como si le corrieran por las venas regueros de opio. El comerciante se retiró á su casa nervioso, desesperado y maldiciéndose á sí mismo... ¡Y tan bien como se acordaba de la declaración aprendida!... Una noche se decidió por fin; de aquella no pasaba; él había oído decir que el aguardiente daba un valor extraordinario y al ir á ver á Lola se entró al paso en un café y se bebió una copita de triple anís que le escaldó la garganta; eso sí, pero que efectivamente le prestó unos alientos que ni él mismo sabía de donde salían.

Lola había tenido que abandonar por completo la máquina y se dedicaba ahora á bordar por ganar algo; pero como este algo era insuficiente para comer, los empeños y las ventas continuaban desalquilando la casa y llevándose ropas y muebles, Demetrio adivinó lo que acontecía, y bien repasada su declaración y envalentonado por el caritativo anís, llegó aquella noche á casa de Lola, se sentó á su lado

mirándola con un atrevimiento inaudito y en cuanto doña Felipa comenzó á cabecear, acercó su silla hasta pegarla casi con la de Lola y la dijo por lo bajo:

—¡Tengo que hablarla á usted!...

Lola bordaba un pañuelo; al oír al comerciante la tez empalidecida de la muchacha se coloreó con un golpe de sangre; encendióse toda; se le conoció que hacía un gran esfuerzo por serenarse y replicó al fin, balbuciente:

—¡Usted dirá!...

Demetrio se arrimó aún más, y viendo con deleite que doña Felipa dormía con un venerable sueño de canónigo, reconcentró su memoria para acordarse del principio de la declaración. ¡Qué!... ¡Si parecía mentira!... ¡Tenía tan frescos todos los párrafos como si acabase de leerlos!... ¡Y sentía unos ánimos!... ¡Vaya!... ¡Que á él mismo se le antojó inexplicable su timidez de otras noches!... Cierto que le estorbaba en la garganta así á la manera de un nudo, pero... ¡bah!... Tosió dos ó tres veces y se le quitó... Pues señor, había que bendecir á aquel bienhechor aguar-

diente y declararle abogado de los amantes rendidos.

—Lola—comenzó Demetrio un poquito trémulo, con cierto tonillo de muchacho dando lección y siguiendo de memoria el emplasto formado con las cartas del libro—usted, con su claro talento, sabe ya... sabe ya lo que es el amor, esa pasión cruel que reduce al hombre á la simple condición de un niño... El amor, Lola, es... es un volcán, que cuando se enciende en el pecho vomita raudales de lágrimas y suspiros, y que hasta que no halla un eco... un eco en el alma del ser amado, transforma la existencia en una noche sin luna; pues bien... pues bien...

Demetrio paró su carretilla; palideció espantosamente; se le asomó á los ojos un susto terrible; le temblaron los labios; el nudo aquel de su garganta, que había deshecho de una tos, se convirtió en un monte que le tapaba la tráquea y le ahogaba; le entró un sudor frío; sacó el pañuelo, desatentado, se limpió instintivamente y cayéndosele los brazos se quedó convertido en

la estatua del silencio. ¡No sabía seguir! ¡Se le había olvidado el resto de la declaración, pero en absoluto, como siempre, como si le hubieran pasado una esponja húmeda por la memoria!... ¡En vano trató de ensimismarse; en vano volvió á empezar en sus adentros la retahíla; en vano se encomendó á los manes del aguardiente!... ¡Ni una sílaba!...

Lola comprendió lo que al pobre hombre acontecía, y no pudo evitar una sonrisa, que ahogó en el acto, pero no tan pronto que él no la viera, acabando de perder el tino ante la idea de que la muchacha adivinaba su apuro. Su mismo azoramiento le salvó; vinole la reacción; la remembranza de aquella carta entregada el día de los dichos de Juanita, y á la que Lola no había contestado, le acudió á la mente como el rayo de luz que se filtra de pronto en la obscuridad de la cueva indicando la salida; de repente consideró todo lo ridículo de sus palabras; se indignó de haberse dejado dominar por la fantasía; se avergonzó de sí mismo, y con un arranque brusco,

como sacudiéndose de todas aquellas garrulerías falsas y enojosas, exclamó á trompicones:

— ¡Lola... yo no sirvo para estas cosas... yo no sé más que llamar al pan, pan, y al vino, vino!... Hace meses le di á usted una carta, y la suplico que me diga lo que ha pensado, si ha pensado algo, porque de su respuesta depende mi felicidad!

Las palabras sinceras de Demetrio, henchidas de la solemnidad augusta que da al acento la honradez y salidas derechamente del corazón, hicieron en la muchacha el efecto de una quemadura. Lola aguardaba la confesión del tendero: ella misma le había exigido que se declarase; estaba dispuesta á admitirle, pero al oír á Demetrio la faltó súbitamente el valor; lo cruento del sacrificio arrolló su voluntad como esas planchas de los emplomados que el viento abarquilla; tuvo un relámpago de desfallecimiento; fué á caer y una borbotonada de exclusiva, de lágrimas, se le agolpó á los ojos y un sollozo enorme la levantó el pecho; pero la inspiración profunda murió en una ex-

piración silenciosa; el llanto se volvió al roncito de los secretos y de las penas llevándose el suspiro, Lola halló un resto de energía para reponerse y con las sienas ardiendo y la lengua torpe por la sequedad de la fiebre, replicó en voz apagada y despaciosa, como el que cobra alientos de cuando en cuando para subir una cuesta muy áspera:

— ¡Pues sí he pensado algo y he pensado que... que... que por más que no soy acreedora á la distinción que usted tiene conmigo... como quiera que su proceder es el de un hombre leal, sería imperdonable rechazar sus propósitos, y... y accedo á lo que me propone!... ¡Por ahora no puedo decirle otra cosa!...

Las palabras de Lola fueron para Demetrio el hilo de luz que trae la luminosa mañana; el pobre tendero sintió en el espíritu esa complacencia que se experimenta en el templo cuando bajan al oído, desde el coro, las voces suaves de las colegialas como ecos celestes; aquella respuesta afirmativa, que venía á convertir sus ilusiones en

realidades y á dar forma y vida á sus esperanzas, le dejó atontado; sólo acertó á contestar con el alma entera: ¡Gracias!... Casi le dió rubor de mirar á la niña, y menos mal que á esta sazón despertó doña Felipa de su profundo sueño, y algo más espabilada volvió á tomarla con la calceta. Demetrio, dominado por su cortedad, apenas si cruzó dos ó tres frases con Lola, y únicamente al marcharse se atrevió á estrecharle con fuerza la mano. Doña Felipa comprendió á escape que Demetrio había roto al fin el hielo, pero no se atrevió á preguntar nada la cicatera señora, contentándose con figurarse lo ocurrido por el rostro apenado de su hija, y enseguida que el comerciante se ausentó acostóse doña Felipa, rabiando de curiosidad, más sin hablar palabra del caso.

En cuanto Lola se quedó sin testigos sacó del bolsillo una carta rugosa, la última que había recibido dos días antes de Miguelito Cruz; el estudiante escribíale á su novia una carta iracunda y desesperada, llena á la vez de quejas y reconvenciones, destilando

toda ella el amargo goteo del desengaño y acusándola de débil y desleal... ¡Desleal!... Este calificativo, brotado derechamente del alma, y que tenía en sus trazos algo de sollozo, se clavó en el corazón de la muchacha y le produjo una angustia inmensa. ¡Desleal!... ¡Ella, que no había dejado un momento de adorar á Miguelito Cruz, y que le querría siempre, á pesar de todo!...

Lola volvió á leer la carta á través de un turbión de lágrimas, pensando con hondo desconsuelo que no había de volver á escribirle, ni aun para reivindicarse. ¡Ah!... ¡Qué nobleza respiraban aquellos renglones, henchidos de abnegación, pero exentos de toda sensiblería!... ¡El le perdonaba el daño producido, la perdonaba y la deseaba que fuera muy feliz!... ¡Dios mío!... ¡Feliz sin él!... Así estuvo leyendo en silencio largo rato, y luego, enjugándose, con una cinta de lumbre en la frente y en las sienes, desolada, se entró á acostar á la alcoba, en la que ya repercutían los ronquidos de órgano viejo de doña Felipa.



CAPÍTULO XXI

CARTA de Juanita!—dijo la buena señora entrando en el comedor;—el cartero la ha dejado abajo, en la tienda.

Doña Felipa era otra desde que había realizado el sueño de toda su vida: ver á Lola casada con Demetrio. El mes que llevaba aposentada en su nueva mansión de la calle de Postas, entre aquellas telas, que ya consideraba suyas, puesto que pertenecían á su hija, y de las que podía disponer á su antojo, se le conocía á la cicatera mujer en lo lustroso y remozado de su cutis, en lo encendido y rozagante de sus mejillas, en el júbilo que irradiaban sus ojos, en lo satisfecho de toda su persona; diciéndolo gráficamente, cho-

reaba de sí contento y satisfacción... Ella misma lo proclamaba á voces: lo menos pesaba cuatro kilos más que antes...

Lola, muy pálida, con esa palidez mate que da la tristeza y que es como el anuncio de la hipocondria, endilgaba no sé qué labor de *crochet*; al ver á su madre con el sobre en la mano, la preguntó:

—¿Le has abierto?

—No—replicó doña Felipa;—es menester que sepas tú que precisamente subo para que me hagas el favor de leerme la carta; yo ya no veo bien; si he de hablar con franqueza, no sé, como siempre, dónde he puesto las gafas, y no ignoras, además, que las letras de pulga de Juanita no fueron nunca para mis ojos...

—¡Pues trael!... ¡Calla!... ¡Escribe á los dos!... ¡También á mí me envía cuatro líneas!... Leeré primero la tuya...

Así lo hizo Lola en voz alta; la epístola de Juanita reducíase á una protesta de cariño de hija á madre, y como carta de mujer la muchacha refería esos mil detalles adorables, pero nimios,

que son las luces de brillante del carácter femenino; que no ocurría novedad; que se hallaban bien de salud desde la última; que el clima le probaba á pedir de boca; que se ocupaba en hacer una colcha de algodón; que en el pueblo, donde Pepe era secretario del Gobierno, la consideraban más que á la reina; que cómo se componía la compota de cabello de angel; que le enviara la receta de la gelatina... ¡qué sé yo!... ¡un atestado de niñerías!... ¡un tropel de recuerdos y de esperanzas saliéndose del corazón y metiéndose solitos en el sobre!...

Lola terminó con la carta de su madre é imprudentemente, con la mayor inocencia, sin ocurrírsele á su espíritu tenue y diáfano que las cuatro líneas de su hermana pudieran encerrar nada que no fuera transparente y luminoso, comenzó á leer lo escrito por Juanita. Al principio todo marchó bien; los primeros párrafos eran sentidos, llenos de amor fraternal y sin pizca de secreto en sus oraciones; pero otros ojos menos opacos y miopes que los de doña Felipa, hubieran notado en seguida

que, como á la mitad de la carta, Lola se detuvo un momento, vaciló, hizo una pausa de indecisión, se arrebató toda, fingió que había perdido el hilo, y agitada, procurando vencer su temblequeo, titubeando, continuó luego su lectura con un extraño tono y un acento indeciso, como si inventara lo que iba diciendo... Pero doña Felipa no advirtió nada; acabó de oír la epístola de Juanita, y murmurando dos ó tres veces ¡vaya... vaya... me alegro que esté buena!... se volvió á la tienda á sentarse detrás del mostrador, su constante desvelo, mientras almorzaban los dependientes.

En cuanto Lola se vió sin testigos, tornó á leer afanosamente, á puñados, la carta de su hermana, y al llegar al párrafo que había sustituido por otro de su invención delante de su madre, las letras le comenzaron á bailar en el papel á la muchacha. Decía así Juanita: "Sé que voy á causarte una dolorosa sorpresa, Lola; en mis dos anteriores no te indicaba una palabra de ello y ahora te producirá mayor efecto... Pues sábelo: ¡no soy feliz!...

¡Cuántas veces me he acordado de tus prudentes reflexiones y cuantas me ha pesado ya no haberlas oído á tiempo!... Y no es que me falte nada, no... ¡Me doy una vida de reina!... Pero mi marido no es lo que me había figurado, ni lo que aparentaba en esa!... Se ha entregado al juego de una manera atroz, hace vida de soltero, siempre anda de comilona y de bulla con amigos... ¡Se emborracha, y hasta le he sorprendido una carta de mujer!... ¡Lola, esto es lo que más me ha llegado al alma!... ¡En plena luna de miel!... Y Dios me libre de quejarme... Cuando yo le arguyo se enfurece y me pone como un reverendo trapo... No te exagero; me mira un poquito más arriba, pero nada más que un poquito, que al asistente... Lola, tú eres mi hermana, y para tí no guardo secretos... ¿Por qué no he de escribirlo, si se me escapa del corazón?... Nadie tiene la culpa de lo que me sucede sino mamá, ella, que en vez de quitarme de la cabeza mi locura y de abrirme los ojos, me los cerró por completo, me lo pintó todo de color de rosa y me empujó al

matrimonio, como... ¡libreme Dios de que sea verdad!... pero como si quisiera quedarse sola... No lo dudes... ¡Mamá me ha hecho desgraciada para toda la vida!...“

Lola no continuó; una turbonada de llanto le nubló la luz de las pupilas con un tamiz de lágrimas, y la pobre criatura murmuró con honda pena:—¡Ella también!... Luego se enjugó con premura los párpados y guardó la carta; su marido llegaba; cerca, por la escalerita de caracol que comunicaba la tienda con el piso y que se abría junto al comedor, oíanse pasos de personas que subían despaciosamente los escalones, y la voz de Demetrio, que exclamaba:

—Buen humor tiene usted hoy, mamá Felipa!... ¡Cómo se conoce que ha recibido usted carta de Juanita!

Y el acento fatigoso de la errabunda señora, que tornaba por emésima vez al cuarto y que replicaba, satisfecha, con su tonillo sentencioso de siempre: ®

—¡Es menester que sepas tú, Demetrio, que una madre es siempre dichosa cuando son sus hijas felices!...

JEN
OTE